This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

ROMANCERO ESPAÑOL.

ROMANCERO ESPAÑOL

COLECCION

DE

ROMANCES HISTÓRICOS Y TRADICIONALES

ESCRITOS POR LOS SEÑORES

BOCCHERINI, CABIEDES, CLARK,
LARRAZA, CASTILLO Y SORIANO, MUÑOZ Y RUIZ,
NAVARRO Y GONZALVO,
OSSORIO Y BERNARD, VERA, Y OTROS

MADRID
LIBRERÍA DE ALFONSO DURAN
C.ra de San Jerónimo, 2

1873

PUBLIC LIBRARY
DEC 19 1870
NEW-YORK

AUTORES

CUYAS COMPOSICIONES FORMAN EL PRESENTE TOMO.

D. Alfredo Bocherini y Calonje.
Luis Bonafós.
José Cabiedes.
José Castillo y Soriano.
Jaime Clark.
José Cuenca.
Pedro Larraza.
Nicolas Muñoz.
Francisco Muñoz.
Manuel Osorio y Bernard.
José Roldan.
Luis Viñas Deza.

AL LECTOR

Es el romance entre nosotros la verdadera poesía nacional. Por su índole y estructura viene á ser la más adecuada y sencilla manera de describir los hechos históricos, cantar las gloriosas hazañas de los héroes, ensalzar las virtudes de nuestros antepasados, y narrar las tradiciones cristianas y caballerescas á que tanto se presta nuestra historia. Como ninguna otra nacion, la nuestra, registra en sus preclaros anales multitud de leyendas tiernas, sencillas y poéticas, en su mayor

parte relacionadas con la historia y la religion, llenas todas de interes y fecundas en saludables enseñanzas. El favor divino manifestado ostensiblemente en las silenciosas y ásperas montañas de Covadonga, en cuyas soledades se dió principio á la reconquista nacional; la sobrenatural aparicion del apóstol Santiago en la batalla de Clavijo; la de San Isidro Labrador en la gloriosa jornada de las Navas, con otras mil venerandas tradiciones que la inquebrantable fe de los cristianos respetó siempre; la devocion á las imágenes de María aparecidas unas y descubiertas otras despues de dilatados años de ocultas, todo esto ha contribuido poderosamente á que el pueblo, inflamado de un santo entusiasmo, acometiera y llevára á cabo, con éxito feliz, atrevidas empresas que se tendrian por inverosímiles si no estuviesen debidamente justificadas. Hable sino la heróica Zaragoza, que no contando con otras murallas que los esforzados y leales pechos de sus hijos, al amparo del sagrado nombre de su Patrona,

hizo retroceder en el primer sitio, y morder el polvo en el segundo, á las huestes más formidables y aguerridas de las edades modernas.

Los poetas y juglares, por medio del romance en los tiempos del feudalismo, han venido de unos en otros cantando afamados hechos de los grandes capitanes y caballeros, resorte eficacísimo para dar á conocer al pueblo una parte de su historia y tradiciones, y para mantener vivo y ferviente su entusiasmo.

En los pliegos sueltos y relaciones que se conocen desde el último tercio del siglo XV; en el cancionero de romances; en las silvas y analogías publicadas á mediados del XVI hasta los primeros años del XVII, se demuestra el importante papel que este género de poesía ha representado en la historia de nuestro país, á la vez tambien que el haberse conservado lo más genuino del romance popular; la primitiva, aunque ruda, poesía de la Edad Media, y los esfuerzos hechos por el

lenguaje, á fin de alcanzar su perfeccionamiento facilitando el vuelo de la imaginacion. Aun cuando estas composiciones no registran nombre de autor, ni fecha, créese por los eruditos, que en su mayor parte son anteriores al siglo XV, á cuya centuria pertenecen igualmente los romances que tratan de correrías y encuentros entre moros y cristianos.

Los romances impresos en los siglos XVI y principios del XVII, pueden considerarse como antiguas historias trasmitidas verbalmente de padres á hijos. A la incansable laboriosidad de Sepúlveda y Timoneda se deben muchos de estos arreglos, en los que procuraron conservar el gusto y sentimiento de su primitiva construccion. Otros ingenios, tales como Laso de la Vega, Lúcas Rodriguez, Pedro de Padilla, Alonso de Fuentes y Juan de las Cuevas, se dedicaron á esta clase de arreglos, poniendo en romance los principales acontecimientos de la historia. Conocido ya entre nosotros el romance mu-

cho ántes de la expulsion de los árabes, es indudable que despues de la reconquista se extendió con rapidez este género de poesía, llegando á su completo desarrollo, no sólo por la riqueza del habla de Cervántes, cuanto por el fecundo ingenio de Lope y la alta erudicion de Góngora.

Hoy dia el romance sigue siendo el hijo predilecto del pueblo y empleado con preferencia por los más aventajados ingenios para cantar amores, ensalzar altos hechos, describir batallas, narrar fábulas, leyendas, historias y tradiciones.

Clasifícanse los romances en caballerescos, moriscos, fabulosos, históricos y tradicionales. La riqueza publicada que de esta clase de literatura llegamos á poseer, ha ido desapareciendo de tal manera, que hoy es casi imposible hallar un solo ejemplar, de modo que á no haber sido reunidos y clasificados convenientemente por el ilustrado D. Agustin Duran, acaso de nuestro país hubieran desaparecido por completo. Por este

género de poesía se viene en conocimiento, que representa en su mayor pureza la índole especial de sus inventores y la sociedad en que vivieron, no debiéndose olvidar que á estos embriones del pensamiento se debe la gloria de haber sido los fieles guardadores de nuestras sencillas tradiciones, ó sean los fundamentos de la historia, donde se reflejan, como en bruñido acero, los tardos pasos que fué dando nuestra cultura durante una larga serie de vicisitudes por que ha venido atravesando la nacion española. ¡Quién habia de presumir que despues de haber llenado el romance tan noble y fielmente su mision, llegaria entre nosotros á rebajarse tanto, y á ser tan mal empleado como indigesta es su lectura, y más que indigesta, perjudicial! Esa serie de coplas, que ya en puestos ambulantes, ya por calles y plazuelas, vemos diariamente vender, encareciendo los livianos amores de groseros galanes, las fábulas absurdas consideradas como milagros, las falsas historias y leyendas imposibles, cuyos héroes no

han existido, y lo que es peor aún, las tristes celebridades de famosos bandidos, contrabandistas y guapos, cuyas hazañas se procuran enaltecer y áun conseguir que se imiten, son por lo regular los dignos ejemplos que, unidos á otras ideas vertidas en determinadas publicaciones un dia y otro dia, se pretende inculcar en el ánimo del pueblo para su educacion, que, por lo mal dirigida, tarde le hará salir de una menor edad abandonada y díscola.

En vista, pues, de tan malas semillas, esparcidas con más objeto de lucro que sanas de intencion, varios escritores, amantes de la buena literatura y entusiastas por las glorias de la historia y tradiciones patrias, concibieron el pensamiento de publicar una serie de romances históricos y tradicionales, cuyas composiciones en su mayor parte constituyen el presente tomo. Si objeto tan laudable, llevado á cabo con más buen deseo que acierto, con más entusiasmo que beneficio, no ha producido por el pronto la idea que sus au-

tores se propusieron, quédales al ménos la satisfaccion de haber sido los primeros en iniciar un pensamiento, cuyos resultados al cabo tendrán que ser beneficiosos.

V. P. y T.

EL
MEJOR PREMIO DEL ARTE.

(ROMANCE TRADICIONAL.)

A Madrid desde Sevilla
camina á cortas jornadas
gallardo mancebo, henchido
de risueñas esperanzas.
Lleva por únicos bienes
una mujer que idolatra,
dos niñas de su amor prendas,
ardor que á luchar le inflama,
los consejos de un anciano
pintor y sus enseñanzas,
noble ambicion en su mente,
recomendatorias cartas
para Olivares, ministro

ante el cual se inclina España,
la bendicion de su padre
y en su pecho fé cristiana.
Poco los años le pesan,
mucho la ambicion le arrastra.....
él logrará la victoria
y honra será de su patria,
porque sabe que los triunfos
luchando con fé se alcanzan
y el Arte guarda coronas
para quien sabe ganarlas.

I

(1623)

Enfrente de San Felipe
curiosos grupos se paran,
á contemplar en pintura
las facciones del monarca.
El lienzo en que está su efigie,
más que fingida animada,
obra es de un pintor oscuro
que en él cimenta su fama.
Y á fé que quien tales muestras
da de sí en edad temprana,
harto su valor denuncia,
que es empresa temeraria
hollar por la vez primera

una senda nunca hollada.
Quién, al mirar el retrato
mudo admira su gallarda
ejecucion; quién prorumpe
en elogios y alabanzas;
quién, á su paso siguiendo
su costumbre involuntaria,
se descubre con respeto
creyendo ver al monarca.
Unos recuerdan los triunfos
de los pintores de fama
y á Blas de Prado y Pantoja
quieren conceder la palma;
pero sus voces se pierden
y sus razones se apagan
ante el general murmullo
que contra ellos se levanta.
Circula de boca en boca
un nombre y entre alabanzas
por do quiera lo repite
la muchedumbre entusiasta.
No muy distantes del grupo
en que á Velazquez se ensalza,
otro mas pequeño forman,
siguiendo animada plática.
el Duque del Infantado,
Castel Rodrigo y Saldaña,
con los Carpios, los Ucedas,
los Castillas y los Vargas.

sus efigies soberanas.....
y lo que en Grecia fué Apeles
Velazquez será en España.
—Hizo en ello el soberano
justicia mas bien que gracia;
pero ¿es cierto?
—Lo asegura
quien ha inclinado al monarca
á la merced.
—¿El ministro?
—El mismo que viste y calza.
—Prenda es de arrepentimiento.
—Dios le ha tocado en el alma.
—De seguro va á morirse.
—¡Tal pienso yo, y se prepara
para cuando sus acciones
pese Dios en la balanza,
haciendo una cosa buena
á cuenta de muchas malas!

Así ocupaba á la Córte
de Velazquez la llegada;
así logró en breves dias
lo que solo el génio alcanza,
que príncipes y magnates
su voz al pueblo agregaran
para ir tegiendo al artista
la corona de su fama.

II

(1656)

Entremos del régio Alcázar
en un lujoso aposento
que encierra en sí los primores
de la riqueza y del genio.
Entre cortinas de seda,
ricos tapices flamencos,
bajorelieves y estátuas,
memorias del arte griego,
lienzos manchados, apuntes
que mas ó menos ligeros
muestran vigoroso estilo
y de la verdad el sello,
destaca un cuadro que roba
los ojos y el pensamiento,
á la voluntad arrastra
y esclaviza los deseos.
En él su propio retrato
dejó el pintor, sorprendiendo
la verdad en otros tipos
que honran su claro talento.
Describirlos minucioso
fuera temerario empeño;
quien las *Meninas* no ha visto
nunca podrá comprenderlo.

La princesa Margarita
vive, en mengua de los tiempos,
en ese cuadro que el Arte
imita y nunca con éxito.
Los bufones, los enanos,
que en él acusan riendo
con sus deformes facciones
á un rey, un siglo y un pueblo,
viven tambien ocupando
lugar propio en aquel lienzo;
y hay entre aquellas figuras
de ambiente y de luz portentos;
y los encajes se palpan;
brillan joyas y aderezos
y el espectador pregunta
al mirar cuadro tan bello:
¿Es ficcion solo del Arte?
¿Es verdad lo que estoy viendo?
Quiero medir la distancia
y un lienzo plano tropiezo;
me aparto y el lienzo busco
y solo el espacio veo.....
Mas, dejando digresiones,
á nuestra historia tornemos
y á la habitacion que vimos
y al cuadro que es nuestro objeto.
Una persona á su lado
lo mira y admira á un tiempo:
otra, en silencio se aparta

varios pasos con respeto.
Es la primera el monarca
que rige el hispano pueblo;
rey, cuya débil cabeza
no puede sufrir el peso
de la maciza corona
que ciñeran sus abuelos,
y poco á poco en pedazos
ve cómo salta su cetro;
monarca, de cuya vida
fué la Historia juez severo
y al que las Artes alzaron
admirables monumentos,
porque un corazon de artista
sintió latir en su pecho;
sintió animarse en su alma
mil osados pensamientos,
que no tradujo en victorias
sino solamente en versos.
La otra persona es Velazquez:
claro lo denuncia el fuego
de sus ojos, la melena
que en rizos le baja al cuello,
y el ondulante bigote
que espontáneamente enhiesto
marca á sus facciones puras
majestad y atrevimiento,
—¡Pardiez! esclama Felipe,
su rostro al pintor volviendo;

siempre he creido, Velazquez,
que son sublimes tus lienzos;
pero en este, á tu buen nombre
pusiste remate y sello.
—Señor.....
—Lástima que el cuadro
de tantas bellezas lleno,
tan rico en todas sus partes,
tenga tambien un defecto.
—Señor, para corregirlo
siempre me hallará dispuesto;
vuestra Majestad me indique.....
—No tal: corregirlo quiero
yo mismo: así tendré parte
en los aplausos que luego
tributarán á esta obra
en los siglos venideros.—
Y el rey, tomando en su diestra
el pincel, llegóse al lienzo;
el retrato del artista
contempló mudo un momento,
y sobre la negra ropa
pintó con pulso sereno
la cruz roja de Santiago
al lado izquierdo del pecho.
Cayó Velazquez de hinojos,
Felipe le alzó del suelo
y en estas nobles palabras
completó su pensamiento:

—No es merced la que te otorgo
ni justicia que te debo:
es que reparo un olvido
y que corrijo un defecto.
Noble por tu cuna, noble
por la voluntad del cielo,
que en tu mente encendió un dia
la sagrada luz del genio,
tú la nobleza encerrabas
en lo interior de tu pecho,
y yo al esterior la saco
porque la aprecien los necios.
Tú la ganas, yo la pinto,
¿cuál hace mas y cuál menos?
Tú con mi trabajo ganas
hábito de caballero:
yo gano más, de otros siglos
ganaré aplauso y aprecio;
pues cuando ensalcen tu glor
dedicarán un recuerdo
al monarca que ha pintado
la cruz roja de ese lienzo.

O.

LA
VICTORIA DE LEPANTO.

I.

Sabe el rey de toda España
que hay otro rey en el cielo,
y una cruz por homenaje
en la corona se ha puesto.
Llena de poder su diestra,
fuerte su voz como el trueno,
velando está sobre el mundo
por legado y no por dueño.
La nave escogida surca
un mar de escollos sin puerto,
y prevenido á abatirla
blandea un rayo el infierno.
..... ¡Llegó el dia! En su carrera
los destinos de dos pueblos,
como dos mares rivales
empujados á un estrecho,

frente á frente Europa y Asia,
dispútanse un hemisferio;
y para avanzar un paso
les falta á las dos terreno.
La luna es que de Bizancio
vió el occidental imperio,
como la lívida antorcha
que sombrea un rostro muerto.
La fé cristiana sucumbe,
y el abismo abortó un genio
para borrar en la tierra
los pasos de Godofredo.
Alá es el Dios de los crímenes;
la virtud y el fin supremo
esas deidades que llevan
el paraiso en su cuerpo.
Despeña sobre la Europa
su carro triunfal, sirviendo
de pompa, hogueras nutridas
con sangre de hermanos nuestros.
La piedad y el infortunio
se refugian en los templos,
donde vibran como preces
los suspiros de los pueblos.
¿Se habrá perdido el aroma
de los angustiosos ruegos,
entre el rumor de los hombres
que mueven guerra al Excelso?
Aun resplandece una aurora

sobre la tiara de Pedro,
dorando con la esperanza
las tumbas del sufrimiento.
¡Oh, esparce una gota mística
de la sangre del Maestro,
y lavadas nuestras almas
guia, que al Gólgota iremos!
Se alzó el Prelado de Roma:
—«Hijos, esclamó, el averno
»ha arrojado sus cadenas
»por la faz del universo.
»Inmolad vuestros rencores,
»vestid el cilicio negro,
»y la segur de la muerte
»ceñid al flanco guerrero.
»Vos, don Felipe de España,
»Dios os llama, acudid presto;
»la herencia de Covadonga
»tócaos por fé y por derecho.»
¡Iremos! los muertos claman
sus losas estremeciendo,
y los príncipes repiten
de la cristiandad ¡Iremos!
España, Roma, Venecia
y Austria, el mar cubren de remos.
¡Dios presida la batalla
del Coran y el Evangelio!

II

7 de Octubre de 1571

Selim segundo, el caudillo
de sangre y conquistas ébrio,
á Alí-Bajá y Barbaroja
de su audacia aventureros,
con trescientas treinta y cinco
galeras, del mar portento,
ordena que le conduzcan
de toda Europa los restos.
No han manester mas falanges
que su espada ambos guerreros,
ni mas terror que sus nombres,
ni ponzoña que su aliento.
Llevan cautivos limando
con sus lágrimas sus hierros,
venturosos si otras costas
recogen su adios postrero.
En el golfo de Lepanto
ya ven centellar dispuestos
los cañones de su patria
dirigidos á sus pechos.
En batalla está la flota;
Doria en el flanco derecho

con naves y voluntarios
españoles y estranjeros.
Las venecianas galeras
rige á la izquierda Veniero,
y el núcleo de los navíos
españoles forma el centro.
Ricos de amor y esperanza
desde Mesina salieron;
la flor de cuatro naciones
unió tan sagrado empeño.
Caudillo aquel don Juan de Austria
fruto del amor y el génio;
pues tal padre le dió vida,
su hermano el rey le da el cetro.
Por si la suerte inconstante
con su desden carga el peso
de la injusticia, don Alvaro
de Bazán marcha tras ellos.
Angustioso el mar respira,
como un impaciente seno
de la mayor esperanza
en el solemne momento.
Rodando vienen las ondas
á estrellarse en los maderos
donde en girones estienden
sus sudarios macilentos.
Ruidos que angustia derraman
turban horizonte y piélago,
y en pos de sus hijos llegan

todos los ayes maternos.
La cruz se alzó por bandera
sobre el castillo soberbio
de la esbelta capitana,
entre los himnos de un rezo.
Ya da el fatal cañonazo
don Juan, su espada tendiendo
sobre todas las cabezas
como un metéoro sangriento.
Contesta de cien mil voces
un grito entusiasta, y luego
se oye el clarin moribundo
de nave en nave á lo lejos.
Cruje de la artillería
el acre rechinamiento,
balancean los costados,
sigue un ansioso silencio.....
.....¡De la eternidad á cuántos
separa un solo momento,
y sorberá un mar vertido
de las fuentes de sus pechos!
Por las venecianas bordas
estalla un horrible estruendo;
la primer nube levantan
treinta cañones á un tiempo.
Avanzaba en media luna
la escuadra infiel; sus lamentos
muestran en fatal destrozo
pulverizado un estremo.

Sin que aquel ímpetu deje
para responder esfuerzo,
encarnizadas las iras,
y las distancias sorbiendo,
en escuadras divididos
fatigan bronces y remos,
y el combate se propaga
en una zona de fuego.
Un grande fragor aturde
como el choque de dos cerros
vomitados por volcanes
al saltar de sus cimientos.
¡Se han cruzado las galeras
de don Juan y el agareno,
reventando los cañones
hierros tapiados con hierros!
Brama en sus dos muchedumbres
delirio salvaje, hambriento,
los garfios del abordaje
arrojándose á los cuellos.
Capitana á capitana,
jefe á jefe, cuerpo á cuerpo,
como dos atletas luchan
que se hacen crujir los huesos.
Más que en torrentes, en trombas
de ira, de furor, de vértigo,
hasta blanden moribundos
troncos, de maza sirviendo.
Dos veces son rechazados,

y Alí á un asalto tercero
con voz estentórea empuja
los tigres de sus desiertos.
Doria en la derecha osado
por tres naves se halla envuelto,
de abordaje y de metralla
más que rendido, deshecho.
La Providencia conduce
entre el plomo á socorrerlos
un galeon castellano,
una pantera rugiendo.
Siente un bravo, ya en la borda
enemiga y casi dentro,
la mano con que aferraba
saltar, partida del cuerpo.
Y al que va á salvarle, dice:
«La izquierda fué, diestra tengo,
»Id Gerónimo de Torres,
»Cervantes no muere de esto.»

. . . . . .

—¡Alá! ¡Alá! entonces resuena
en la izquierda hácia Veniero,
donde están Parma y Urbino
en muerte y terror envueltos.
Y entre centellas y entre ondas,
y clamores y humo denso,
remolinos tumultuosos
tragan navíos enteros.

—«¡Castellanos: en la izquierda
»van á sucumbir los buenos,
»victoria en toda la línea
»por España! ¡A sostenerlos!»
Dijo así Bazán entrando
con sus navíos tan recio,
que la priesa en las descargas
parece un bramido eterno.

. . . . . .

¿Qué se alza en la erguida entena
del Almirante? ¿Qué férvido
clamor de trompetería
interrumpe el cañoneo?
—¡La cabeza de Alí!—gritan.
—¡Alí-Bajá ha muerto!—¡Ha muerto!
—¡Viva don Juan! ¡Adelante!
—¡Vírgen, el Océano es vuestro.
Rojo está el mar como el alba,
de sangre y despojos grueso;
toda la riqueza de Asia
le hizo un pantano de cieno.
Batida la espuma en polvo
el sol turba, inflama el viento,
y en un cáos se confunden
los astros y los avernos.
La derecha avanza, avanza
la izquierda, arremete el centro,
y don Juan lleva en la proa

la señal del escarmiento.
Barbaroja huye, sus naves
rompen sus naves, corderos
que ante el lobo en remolino
se matan en su atropello.
Otro implacable enemigo
vengador se alza en su seno;
y los cautivos combaten
quebrando su cautiverio.
¡Sol hermoso de la patria:
benditos caigan tus besos
en los ojos de los libres
y en la frente de los muertos!

III

Cantemos al Señor, que en la llanura
venció del ancho mar al trace fiero;
la piedra de David fué su palabra
dirigida á la frente del soberbio.
Subió la noche tenebrosa al globo,
y en redor al sepulcro del Cordero
agitaba su túnica y vertia
sobre la luz inmarcesible, el sueño.
Los fuertes ¿dónde están? En hecatombe
ofrecidos á un ídolo de hierro.
De este creciente Océano sin playa,
¿quién será el dique, quién batirá el puerto?

El Húngaro cayó, cayó Dalmacia,
Babilonia y Egipto sucumbieron;
Salamina arrojó desde sus rocas
su llanto al mar, con sus laureles yertos.
Clavó ya un pié en Europa el homicida:
nuestras vírgenes trae en cautiverio
y le guia una luna que despide
una sulfúrea luz de los infiernos.
Puesta en silencio y en temor la tierra
ocuparon del piélago los senos:
primaveras surgidas por la sangre
de España y Roma, cubrirán los yermos.
¡Sálvanos, Religion! Unico oasis
celestial que en este árido desierto
convida á los cansados peregrinos
á reclinar sus corazones huérfanos.
¡Sálvanos, muro del eden cristiano
que guardan los arcángeles de fuego!
Llenó á Jerusalen clamor maldito,
y sus jardines el corcel guerrero.
¡Atrás la noche! La pureza emana
del virgíneo rosal que brilla en medio,
y entre mártires palmas ha crecido
Concepcion del Sublime Pensamiento.
Contra el hijo profano arma su diestra
el Padre, y llama en su redor al trueno;
tú, Jóven de Austria, vé, tú que al torrente
pusiste osado el generoso pecho.
Llorad, naves del mar, que es destruida

vuestra vana soberbia y ardimiento,
y ya en su altar vuestras banderas pisa
el que cubrió á Ismael de sangre y miedo.
Ya no son los monarcas de los mares,
como Cain, errantes bandoleros
fugitivos del Astro que en el golfo
los tragó como arista seca el fuego.

J. C.

EL CRISTO DEL SOCORRO.

(ROMANCE TRADICIONAL.)

I

Duerme Toledo en la cumbre
de su gigante montaña,
cual águila soñolienta
que en blando nido descansa.
La luna esparce sus rayos
sobre las toscas fachadas;
las misteriosas molduras
proyectan sombras fantásticas.
Y tanto al sueño convidan
la soledad y la calma,
que hasta del Tajo se mueven
con más pereza las aguas.
Junto á una plaza espaciosa,
desafiando al Alcázar,

blancos adornos descubre
de un edificio la entrada.
Mansion de un noble es sin duda
por su severa arrogancia,
por sus hermosos calados,
por su riqueza y sus armas.
Tras de una reja, una niña
con espresion delicada
al cielo mira, que el cielo
es norte de su esperanza.
Dicen que un jóven la adora,
que todas las noches se hablan,
que allí se truecan sus cuitas
en ilusiones gallardas.
Pero que son sus amores
bálsamo dulce que mata,
pues, si un Mendoza la quiere,
un Carbajal le rechaza.
Del tronco de la nobleza
rivales son las dos ramas,
y todo un Dios es preciso
para que venga á enlazarlas.
.....
Ya son las doce, y ya ansiosa
con impaciencia le aguarda,
y ya tambien á lo lejos
se ve una sombra que avanza.
Un embozado se acerca,
junto á la reja se pára,

y en diálogo cariñoso
sus corazones enlazan.
—¡Mendoza!
—¡Elvira! ¡Angel mio!
¡Sol que en la tierra descansas!
Deja que mire en tus ojos
el fuego con que los bañas.
—Mucho el galan esta noche
se descuidó, y amor manda
que, quien bien quiera, no tarda;
y, quien bien quiere, no tarda.
Y un triste presentimiento.....
—¿Presentimientos?
—Es tanta
mi desventura, que á veces
en sueños mil me acompaña.
Oyeme y juzga: Ayer noche
á solas con mi esperanza,
soñé que estaba á tu lado,
que contemplándote estaba.
Despues de breves momentos
nos separamos; las auras,
de tierno amor portadoras,
nuestros suspiros cambiaban.
Cruzaste la calle; luego
se oscureció mi mirada;
del hondo abismo se alzaron
dos sombras, ó dos fantasmas;
A tí sus brazos tendian,

quise llamarte, y estática,
sentí una mano de hierro,
miré en tu pecho una daga.
Lo que despues ocurriera
ya no lo sé; con el alba
se despertaron mis ojos,
¡sola en mi estancia me hallaba!
—¿Y un sueño infunde temores?
—Un sueño no infunde nada;
mas si ese sueño algun dia
á realizarse llegara.....
—¿Qué dices?
—Que yo no quiero
perderte nunca, y con ánsia
maldigo tu amor y el mio,
si de perderte son causa.
—Descuida, mi bien, descuida,
que quien de noble se jacta
ni á espectros teme, ni nadie
le puede robar su dama.
Desecha esas inquietudes;
tus negros dolores calma,
y entre sonrisas y halagos
tus alegrías renazcan.
Dos elocuentes suspiros
siguieron á estas palabras;
los intranquilos pesares
plegaron al fin sus alas.
Y en éxtasis delicioso

quizás la noche girara,
á no escucharse de un timbre
dos notas acompasadas.
Dieron las dos, y sonaron
en el reloj de sus almas
como el quejido de un sueño,
que sus encantos apaga.
Que ya de partir es hora
lo dicen bien sus miradas;
que mueren dos ilusiones
mejor lo dicen dos lágrimas.
Y tras de dulces promesas;
tras de promesas lloradas,
en sus adioses postreros
eterno amor se consagran.
Y al poco rato la calle
volvió á quedar solitaria;
mientras Mendoza se aleja.
Elvira reza en su estancia.

II

Guarda Toledo una calle
en cuyo triste sendero
con blandos sones se marcan
del Tajo fiel los acentos.
Allá en el fondo sombrío
se mira un arco arabesco;

arco, que enlaza arrogante
dos edificios modestos.
El uno guarda empotrado
un crucifijo; á un estremo
pende un farol; tosca piedra
debajo sirve de asiento.
Junto á una esquina, en voz baja
discurren dos encubiertos:
oigámosles, que sus labios
harán traicion á sus pechos.
—¿Con que esta calle es el sitio
mas conveniente?
—En efecto.
—¿Y no pudiera esta noche
tomar un rumbo diverso?
—¿Por qué causa?
—Porque dicen
que Dios protege á los buenos;
y francamente, esa imágen
pudiera bien protegerlo.
—¡Trabajo la mando!
—El caso
es que otro Cristo en Toledo,
de un juramento testigo,
atestiguó el juramento.
—¡Cuentos de viejas!
—Pues yo
ni lo afirmo, ni lo niego;
mas corre de boca en boca

de hidalgos y de plebeyos.
—¡Vanos escrúpulos! sabes
que se nos paga á buen precio.
—Eso sí.
—Pues lo que importa
es un buen golpe, y *laus Deo.*
Y si despues nos descubren
habiendo, quien hay, por medio
al conservar su cabeza
las nuestras no corren riesgo.
—Y el amo ¿por qué motivo
quiere tan mal al mancebo?
—Por los amores.
—¿Amores?
Si fuera un rival, comprendo;
pero un.....
—¡Silencio!
—Me callo.
—Cautela, cautela, Pedro,
que á veces oyen las tapias,
y no es prudente hablar recio.
Torna la calma á sus lábios,
y en aparente sosiego,
á cuantas dudas conciben
responden sus pensamientos.
La luna, en tanto, resbala
por el azul de los cielos;
¡ojo de Dios, que en la noche
vela del mundo los sueños!

El ruido de unas pisadas
suena de pronto, á sus ecos
se alzan en pié y vacilantes
preparan mortal acero.
Del corazon los latidos
ahogar prentenden soberbios;
ignoran que es la conciencia
que está punzándoles dentro.
Más cerca se oyen los pasos,
más cerca aun; aun más ciertos;
ambos se miran y en ambos
se ven miradas de fuego.
—«¿Quién vá?» con fuerza prorumpen
dos voces á un mismo tiempo.
—«Quien libre el paso ambiciona,»
contesta una voz de hierro.
Y sin dejar que siguiera
quien habla con tal imperio,
sobre él se arrojan ansiosos
poniendo á sus labios freno.
En vano resiste; en vano
quiere luchar cuerpo á cuerpo,
para vencer á traidores
el más valiente es pequeño.
En torno mira, y no hallando
quien le proteja sincero,
en Dios su esperanza pone;
«¡Socorro!» grita cediendo,
Y al caer en tierra abrumado

de sus contrarios al peso,
tras de la piedra se oculta
lanzando el último esfuerzo.
Allí se agitan dos dagas;
allí envenena el aliento;
¡quién sabe si entre las sombras
le está el Señor protegiendo!

III

Hermosas galas descubren
doquier se vuelven los ojos;
de Carbajal el palacio
semeja un mundo ilusorio.
Vénse galanes sin cuento
de cien bellezas en torno,
y en medio á todos, Elvira
junto á su jóven esposo.
Nunca más lujo ostentara;
nunca más bellos adornos;
nunca más gracia en sus sienes
ni más ventura en su rostro.
Los que á la fiesta concurren,
con entusiasmo y asombro,
de un crucifijo un milagro
comentan de varios modos.
Muchos hallaron señales
en una piedra, y atónitos

afirman que los aceros
hundieron allí su enojo.
«Sí, el desposado les dice,
»sin fuerzas ya, en mi abandono....
»de aquella efigie al amparo
»dejé mi cuerpo afanoso.
»Y solo en mis desventuras;
»con miserables tan solo,
»traidoras diestras ví alzarse
»de la impaciencia en el colmo.
»Toda la sangre á mi frente
»sentí agolparse de pronto;
»mi vista al punto nublóse;
»despues faltóme el apoyo;
»Y en tierra ya, cuando quise
»rendirme cuenta á mí propio,
»á no encontrarme en el suelo
»juzgáralo un sueño todo.
»Que el cielo á entrambos perdone
»igual que yo les perdono,
»hoy que al placer me convidan
»los brazos del bien que adoro.
»Mendozas y Carbajales
»guardaban profundos ódios;
»mas mueren al enlazarse
»dos ramas de un mismo tronco.
»De rodillas, caballeros,
»que indignos fueran mis votos,
»si antes de abrirse unos brazos

»no me encontrase con otros.
»¡Socorro! ¡Socorro! á gritos
»pedí en el trance angustioso.....
»Quien tiene fé al cielo acude.....
»¡Gloria al Cristo del Socorro!»
Todos se inclinan; el cielo
recibe el ruego de todos;
son lágrimas de ternura
las que desprenden los ojos.
Tambien Carbajal las vierte;
mas al rodar por su rostro
parecen, más que de dicha,
de algun tormento despojos.

A. B. y C.

JAQUE AL REY.

(ROMANCE HISTÓRICO.)

(1406)

I

Por su denuedo en las lides,
por su fortuna en amores,
al gentil Yussuf llamaban
flor de galanes y nobles.
Era terror de la vega,
era orgullo de la córte,
y en zambras, cañas y toros,
ganaba los corazones.
De cristianos caballeros
pobló mazmorras y torres,
pues sus moros en el campo
siempre fueron vencedores.
Y el pueblo al ver la grandeza
de sus ínclitas acciones,

«feliz Granada, decia,
cuando por emir te goce.»
Pero cuando más fundados
son la fama y los honores,
mas pronto envidia despiertan
en pechos bajos y torpes.
Yussuf tenia un hermano
menor en años y en dotes,
menos valiente en la lucha,
menos dichoso en amores;
pero en intrigas experto
y en artificios innobles;
altanero y ambicioso;
y Muhammed era su nombre.

Dividido estaba el reino
en enemigas facciones,
y de esclarecidas venas
la sangre en Granada corre.
Vasto campo de discordias
era aquel verjel, en donde
á manos llenas el cielo
vertió pródigo sus dones.
Porque tal es la malvada
triste condicion del hombre,
que en la tierra siembra espinas
donde el cielo sembró flores.
Fomenta Muhammed el ódio

de los sediciosos nobles,
esperando que sus iras
su ambicion soberbia colmen.
Los instiga, los seduce,
y sus ánimos feroces
con insidias y promesas
contra su hermano dispone;
contra Yussuf generoso
que heredó trono y honores
del padre á quien dieron muerte
desventuras y traiciones.

Es la hora en que su manto
el crepúsculo descoge
sobre la tierra dormida
por que en su seno repose,
y sumida en blando sueño
galas y brío recobre,
y olvide penas del dia
en soñadas ilusiones.
Tan solo turba el descanso
de la aletargada noche
el murmullo lastimero
del Genil que lento corre,
ó la brisa que vagando
por los perfumados bosques,
del naranjo el dulce aroma
con leves alas recoge.

Silencioso está el alcázar
y oscuros sus corredores,
y las guardias vigilantes
en pátios, puertas y torres.
En su recóndita alcoba
sobre blandos almohadones,
bordados de seda y oro,
detrás de las gasas dobles
que discretas y celosas
la dicha de amor esconden,
entre los brazos de Zaida
cual sobre lecho de flores,
de las fatigas del dia
y el bullicio de su córte
Yussuf tranquilo reposa
sin recelo de traidores.
Pero quiere el hado adverso
que entre dudas y visiones
la sien que ciñe corona
de entera dicha no goce.
En el regio dormitorio
estruendo de armas y voces
se levanta de repente,
y el hondo silencio rompe.
—«Hasta en sueños, dice el moro,
»me persiguen los rencores
»de mis súbditos rebeldes;»
y aparta los eslabones
con que amor le tiene asido,

y desnudando su estoque,
se arroja del lecho á tiempo
que en la estancia los piés ponen
los secuaces de su hermano,
que respeto no conocen.
Parando con sus adargas
del rey los furiosos golpes:
«Yussuf, ríndete, le gritan;
»tu ceño altivo descoge,
»que Muhammed reina en Granada
»y de prenderte dió órden.»

II

Cerca de las Alpujarras,
clavada en la dura roca,
se levanta Salobreña
con almenas por corona.
El sol de la Andalucía
sus erguidas torres dora
cuando los primeros rayos
sobre la montaña arroja;
y sus muros resplandecen
como radiante aureola
cuando cárdeno se pone
y deja la tierra en sombras.
Aquellas torres y muros
á Çid Yussuf aprisionan,

que perdidos para siempre
libertad y cetro llora.
Triste estado el de cautivo;
pero al alma generosa
ni la rinde la desdicha,
ni los pesares la agobian.
Era el alcaide Abenámar
de alma leal aunque tosca,
endurecida en las luchas
con las fronterizas hordas.
El usurpador emir,
en premio de una victoria
que alcanzó sobre las huestes
de los cristianos de Ronda,
del alcázar y la torre
de Salobreña famosa
le hizo alcaide, y de su celo
fia tan ingrata obra
cual es la de ser custodio
de un inocente con honra,
á quien para ser monarca
prendas y derecho sobran.

Bajo bóvedas de jaspe,
y entre paredes de aljófar,
sobre cojines de seda,
cautivo ilustre reposa
Yussuf, y en plática triste

cuenta las pesadas horas
con el valeroso alcaide,
que sus desdichas deplora.
Nada falta á su regalo,
ni sus doncellas hermosas,
ni su Zaida, más fragante
que el aliento de la aurora.
Solo libertad le falta,
y sin ella todo sobra,
las gracias de sus mujeres,
seda, y perfumes, y joyas.
Si tender no puede el vuelo,
siempre es esclava la alondra,
que al fin entre rejas de oro
tierno dueño la aprisiona.

Es una tarde de estío,
y en lumbre cálida y roja,
cruzando el sol por el cielo,
cielo y tierra abrasa y dora.
La encorvada palma apenas
mueve sus lánguidas hojas,
y de las flores marchitas
la brisa esencia no roba.
En espacioso aposento
donde la luz y la sombra
disputar mudas parecen
la dicha de estar á solas,

se vé á Yussuf reclinado
sobre la pérsica alfombra,
jugando con el alcaide
al ajedrez largas horas.
A su fin iba tocando
la partida silenciosa.
Piensa Yussuf en la reina
si la toma ó no la toma:
cuando con rostro turbado
y empolvada la marlota,
bañada la negra barba
de sudor en gruesas gotas,
entra un hombre, se detiene,
ante el príncipe se postra,
y al alcaide entrega luego
con actitud misteriosa
un rollo de pergamino,
diciendo: «Lee sin demora.»
Abenámar á su frente
lleva el rollo y lo desdobla;
y al ver Yussuf, quien atento
observa la escena toda,
la turbacion que al semblante
del alcaide luego asoma:
—«¿Qué te manda el buen Muhemmed
»que te causa tal congoja?
»¿Trata de mi muerte acaso
»carta que tanto te asombra?»
Así pregunta. Abenámar

le mira con faz ansiosa,
y sin despegar los lábios
pone en su diestra la hoja.
Yussuf la lee, luego exclama
sin asombro ni zozobra:
—«Pide tambien mi cabeza.
»¿No le basta mi corona?
»Cumple alcaide su mandato:
»mi cabeza al punto corta:
»solo por merced te pido,
»si á su fin mi vida toca,
»que el seno estrechar me dejes
»á mi Zaida cariñosa.
»Así te guarde el profeta,
»y Alá te dé vida y gloria.»
Y el arraez le responde:
—«Ilustre Yussuf, perdona:
»para volver á Granada
»tasadas tengo las horas.
»Si no entrego tu cabeza
»antes que ese sol se ponga,
»fuerza será que la mia
»ante el rey Muhammed responda.»
—«Sea pues, Yussuf replica.
»Y en tanto que el hierro apronta
»torvo el verdugo, permite
»que acabe el juego en buen hora.
»Siéntate, alcaide, y juguemos,
»que te amaga una derrota.

»Bien: jaque al rey con mi torre.
»Sálvate de él si lo logras.»
Siguieron los dos jugando
la partida silenciosa.
El alcaide conmovido,
con mirada inquieta y hosca,
no acierta á mover las piezas
con la mano temblorosa;
las levanta, las retira;
y sin tino las coloca.
—«¿Qué haces alcaide? le dice
»Yussuf en tono de mofa.
»Defiende bien la partida,
»quiero ganarla con honra.»
Ya está en la sala el verdugo;
desnuda su limpia hoja,
y el arraez impaciente
á despachar los exhorta.
Vuélvese Yussuf, y dice
con la sonrisa en la boca:
—«Un instante más y gano;
»luego mi cabeza toma.
»Doy jaque al rey, y ahora mate.
»Gané, alcaide, la victoria.»

Pero, ¿qué estruendo retumba?
¿Quién en la sala se arroja?
¿Cuya es la voz que resuena

ébria de alegría y ronca?
Era Tarfe, el fiel amigo,
que ante el príncipe se postra,
diciendo: «Dáme licencia
»para besarte la orla
»de tu aljuba, y referirte
»la noticia salvadora.
»Vengo, Yussuf, de Granada,
»volando en mi yegua torda,
»que es más lijera que el cierzo
»cuando más airado sopla,
»para decirte que ciñas
»nuevamente tu corona,
»pues por su emir hoy te aclama
»Granada y la gente mora.
»Muhammed tu ambicioso hermano
»bajó al reino de las sombras.»
—«Alá es grande,» Yussuf dice,
y humilde la frente dobla.

C. S.

EL MULATO DE MURILLO.

(ROMANCE TRADICIONAL.)

(1656)

En el taller espacioso
de la morada que habita
Murillo, el pintor ilustre,
en la ciudad de Sevilla;
estrañas esclamaciones
se oyen y tal gritería
que nuncio parecen ser
de una ocurrencia inaudita.
Y á fé que para el tumulto
hay razon, pues los artistas
discípulos de Murillo,
que á España honraran un dia,
juguete son hace tiempo
de estupendas maravillas.

Ya Isturiz, en cuyos cuadros
el amarillo prodiga,
de la noche á la mañana
halla variadas las tintas:
ya Gutierrez, que á la tarde
cuidadosamente limpia
su paleta y los pinceles
sucios los ve al otro dia:
ó Garzon por las mañanas
de su lienzo en las esquinas
descubre con gran asombro
caprichosas figurillas;
ó Antolinez enmendadas
las proporciones y líneas
vé de un San Juan que bosqueja;
ó Meneses clama y grita
encontrándose borrados
todos los cuadros que pinta.
Siempre esto pasa de noche;
y es lo extraño que vigila
durante ellas un *mulato,*
esclavo del gran artista,
que el asombro de los jóvenes
nunca de otro modo esplica
que atribuyendo á algun duende
que invisible se desliza
en el taller, los portentos
de que su mente se admira.
Mas lo que en esta mañana

tal algazara motiva,
es que Gutierrez, que ansioso
el descendimiento pinta
de la Vírgen, bosquejadas
encontróse las divinas
facciones; más con tal gracia,
con tan delicadas tintas
y espresion majestuosa,
que asombro y respeto inspiran.
—¿Lo veis?—á sus compañeros,
lleno de confusion grita;—
lo que en vano mi pincel
intentó á la luz del dia
en las sombras de la noche
el duende logró.
—¡Me admiras!
dice Garzon ¿Por ventura
tú en el duende creerías?
—¿Y quién sinó el mismo, Isturiz
y Antolinez le replican,
pudiera pintar de noche
con tal gracia y maestría?
—Qué se yo... el maestro acaso.
—¡Capricho en verdad sería!
Pero él llega, y enterarle
de lo que ocurre precisa.
Acudid, señor Murillo,
mirad. Y al punto la vista
dirigiendo el gran maestro

al lienzo que se le indica
esclama, retrocediendo
un paso:—¿Esa maravilla
de quién es obra, decidme?
¡Qué degradacion de tintas
tan dulce en esa cabeza!
¡Qué toques! ¡Qué valentía!
¡Qué empastado! ¡Y sobre todo
la espresion pura y divina
de los ojos! Quien bosqueja
de tal modo podrá un dia
darnos lecciones. ¿Gutierrez,
acaso fuiste el artista
que ejecutó esa cabeza
que á mi pincel honraría?
—No señor.
—¿Quién de vosotros
entónces?... ¡Callais! me admira
vuestro silencio. Y que un duende
no la hizo es cosa sencilla.
Aguardad: pronto sabremos
la verdad clara y precisa.
¡Sebastian! grita llamando.
Y á muy poco ante su vista
acude humilde un mulato,
que en la tarea mezquina
de moler color estaba
en una pieza contigua.
—Dí, bribon, en el taller

no duermes por órden mia
todas las noches?
—Sí, mi amo.
—¿Y en la pasada vigilia
no entró aquí nadie?
—Ninguno.
¡Mientes!—con cólera grita
Murillo.
—Señor, lo juro
por mi padre, de rodillas.
—Pues bien, álzate; mas sabe,
por si tu pellejo estimas,
que has de decirme mañana
quién es el nocturno artista
que entra en el taller y anoche
pintó esa Vírgen María.
No repliques. Averígualo
ó pobres de tus costillas.
Y saliendo del estudio
con el rostro ardiendo en ira,
dejó Murillo al *mulato*
la vista en el suelo fija
y comentando el suceso
á los jóvenes artistas.

II

Es de noche y una lámpara,
que arde con incierto brillo

rasgar á intervalos logra
la sombra en que está sumido
el taller del gran artista
Don Bartolomé Murillo.
Al fantástico reflejo,
los sin iguales prodigios
á que su pincel dió vida,
toman movimiento y giro.
Mas la luz avergonzándose
sobre el cuello alabastrino
de una Inmaculada, muere
de sus pupilas al brillo
y va á besar de sus plantas
el calzado diamantino,
las alas rozando humilde
de algun jugueton espíritu
á quien dió color la aurora
y el sol á sus ojos brillo.
En medio á aquel mar de sombras
vivientes, derecho y rígido,
cual maniquí abandonado,
vése á un jóven, casi un niño
por cuya faz bronceada,
entre angustiosos suspiros,
una lágrima deslízase
como plomo derretido.
Es Sebastian.—¡Desdichado
de mí!—murmura.—El alivio
que mi esclavitud endulza

va á faltarme.—¡Qué delito
cometí para encontrar
en vez de caricias, grillos
al nacer, y un ancho campo
de tormentos infinitos!
No me amedrenta por cierto
el prometido castigo,
mas ser tal vez arrojado
de esta casa, en que el divino
arte de mi amo presta
á mi sufrir lenitivo,
es una idea que abate
la entereza de mi espíritu.
Si confesase.... ¡oh, jamás!
De ese modo no consigo
en premio de mi osadía
sino aumentar el castigo:
y no tocar los pinceles
ya mas, es peor martirio.
¿Qué hacer? Sufrir y callar
pues que lo quiere el destino.—
Y doblando la cabeza
queda en su pesar sumido.
Mas ya el alba en el Oriente
muestra su semblante tímido
y con sus blancos cendales
cubre el firmamento límpido:
al verla el pobre *mulato*
lo olvida todo; el castigo,

su pesar, el porvenir,
el mundo y hasta sí mismo;
y dirigiéndose al cuadro
de Gutierrez, decidido
toma el pincel, la paleta,
mezcla colores distintos
y va á dar un diestro toque
en los ojos peregrinos
de la Vírgen, cuando siente
que su pensamiento herido
por un poder invisible
el ofrecido castigo
le recuerda, y el terror
turba con fuerza su espíritu.
—¡Oh, no—esclama; imágen pura,
con profundo pesar mio
acabarte no es posible!
Mas..... ¡qué idea! ¿mi delito
perdonarian borrándote?....
Tal vez.... ¡ánimo! Y ya impío
coje una brocha animado
á tan duro sacrificio,
cuando fijando la vista
en el semblante divino
de la Vírgen, retrocede
gritando:—¡Ténte, sacrílego!
esa cabeza respira,
tienen vida, luz y brillo
sus ojos, y de sus lábios

si no estoy loco, Dios mio,
siento el hálito escaparse
de un congojoso suspiro.
¡No, jamás! Venga en buen hora
la humillacion, el martirio,
pero borrarla..... imposible!
Si tal hiciera, yo mismo
creeria haberla matado,
vertido su sangre impío:
muera yo, que ella en el cielo
recompensará mi brio!—
Y asiendo el pincel prosigue
el cuadro ufano y prolijo
como si el tiempo y las horas
parado hubiesen su giro,
y sin notar que á su espalda
Murillo con sus discípulos
mudos de asombro, contemplan
aquel estraño prodigio.

III

Sin poderse contener
mas largo tiempo Murillo
esclama:—Por fin, señores,
cayó el duende en el garlito.
Y confuso Sebastian
al mirarse sorprendido
ni aun para hablar tiene fuerzas

disculpando su delito.
¿Quién es tu maestro?—dícele
Murillo.
—Vos.
—¡Yo!
—Vos mismo.
—Mas ¿cuando te dí lecciones?
—Las dais á vuestros discípulos
y me permití escucharlas.
—No las echas en olvido
á la verdad, Sebastian,
repone alegre Murillo.
Y ahora—á los demás volviéndose
¿juzgais que premio ó castigo
merece este jóven?
—¡Premio!
¡premio!—todos sus discípulos
esclaman.
—Pues bien, me hallo
hoy tan contento contigo,
Sebastian, que pronto á darte
estoy cuanto tu capricho
ambicione.
—¡Será cierto!
¿Estoy soñando, Dios mio?
Si me atreviese..... y cayendo
de hinojos, Señor, os pido
solamente que á mi padre
deis la libertad.

—¡Bendito
sea mi patron!—esclama
el gran maestro—y me admiro
de mi ventura, pues veo
que algo mas he conseguido
que pintar cuadros; logré
crear un pintor tan digno
de dar al arte español
con su pincel honra y brillo,
que en libertad con su padre
desde hoy, no como discípulo
juro tenerle á mi lado,
sino como á hijo adoptivo.
Y tendiéndole los brazos
entre llantos y suspiros,
quedaron Sebastian Gomez
y el maestro confundidos.

Hé aquí el génio: brota á impulsos
solo de un soplo divino.
¡Feliz si el renombre alcanza
que *el mulato de Murillo!*

F. S.

MUERTE DE LOPE DE VEGA

(ROMANCE HISTÓRICO.)

I

(27 de Agosto de 1635.)

Hay en la calle de Francos
una casita modesta,
como la pobreza humilde,
como la virtud severa.
Pobres balcones adornan
la fachada, y en sus rejas
se ven las palmas benditas
que el Cristianismo recuerdan.
Hondo el zaguan, ver permite
en la estremidad opuesta
un jardin, que ocupar logra
mezquina porcion de tierra.
Dentro de la casa, triste
silencio angustioso reina,

y la multitud se apiña
en grupos junto á su puerta.
Si quereis saber la causa
que allí á la gente congrega,
escuchad lo que ésta dice
sin misterio ni reserva.

—Lope muere: los doctores
no atinan con su dolencia,
dice un hidalgo á los muchos
que en torno suyo se encuentran.
Pronto su cuerpo achacoso
dará tributo á la tierra,
avara de arrebatarnos
á hombre de tan altas prendas.
—Con él morirá el teatro:
dióle vida y hoy le deja
huérfano de los primores
de su inspiracion eterna.
—¿Pero no queda esperanza?
—Ninguna ofrece la ciencia;
solo un milagro podria
devolverle vida y fuerzas.
El mismo pidió el auxilio
que la religion nos presta,
y ante el notario Morales
hizo sus mandas postreras.
—El rey mandó por informes,
y al saber lo que progresa

su enfermedad, preocupado
y triste vive por ella.
—Guardador de tantas glorias
bien hace en llorar su pérdida,
que un noble lo hace un monarca,
á un pobre en rico se trueca,
mas ¿quién si no el mismo cielo
formar un génio pudiera?
¡Quién si no el cielo envidioso
se lo arrebata á la tierra?
Llámanle *Fenix*, ¡escarnio!
pues, en cuanto Lope muera
no ha de nacer á la vida
Lope que se le parezca!

La plática en otro grupo
sobre igual asunto versa;
pero en él hablan la envidia
y la calumnia grosera.
Emulos del que postrado
en el lecho, acaso cuenta
los segundos que le faltan
para dejar la existencia,
allí á su antojo destruyen,
porque no aguardan defensa,
merecimientos tan altos
que en su pequeñez les ciegan.
—¿Que está enfermo? dice uno:
Que se alivie ó que se muera;

todos enferman y todos
cuando han de morir enferman.
¿Que es familiar? Su familia
es muy justo que le sienta.
Si hija tiene que le llore,
causa gozo á la heredera.
¿Que escribió comedias? Pase.
¿Que no hay quien haga comedias?
Muérase Lope y acaso
ganen con ello las letras.
Lope intenta, Lope dice,
Lope escribe, Lope piensa.....
Con tanto Lope los necios
nos aturden la cabeza.
Máximas hay á lo Lope,
y hay á lo Lope sentencias,
y hay, al estilo del mismo,
pages, rodrigones, dueñas;
libros que á Lope le imitan,
modas que á Lope recuerdan,
y escenas de Lope dignas,
casas para Lope buenas,
frases que de Lope nacen,
otras que Lope tolera,
versos que espantan á Lope
y otros que á Lope sublevan.
A Lope se ve en Palacio:
en la calle se le encuentra:
¿hay verbena? á buen seguro

que allí está Lope de Vega:
en el corral no se diga:
¿hay férias? está en la féria:
¿entra uno en la iglesia? á Lope
ha de encontrarse en la iglesia.....
¿De qué habla Madrid? De Lope:
con Lope de fijo sueña
y está Lope tan al uso
y tanto se le remeda,
que si él muere, han de morirse,
por imitar su flaqueza
los que hoy salud rebosando
por San Fermin se pasean!
—¡Callad! dice al maldiciente
un viejo con voz severa:
respetad á un moribundo
si algo la envidia respeta.
Hombre es Lope, y ya está dicho
que tendrá humanas flaquezas,
pues perfeccion no se logra
mientras se vive en la tierra;
pero hombre es que honra á su patria
y no se llega á su alteza
sin el sombrero en la mano,
sin el respeto en la lengua.—
Replicárale el primero;
pero al ver todos que llega
la parroquial comitiva
que al hombre le abre las puertas

y sabe que aquel convento
guarda un pedazo del alma
de Lope, que fué mancebo,
que fué galan con las damas,
y que casado dos veces
y enamorado otras varias,
hijas tuvo, dos le viven;
una en el mundo casada;
otra, á padecer nacida,
habita en la santa casa
borrando con sus virtudes
del nacimiento la mancha.
Sabe el pueblo que hija y padre
tanto en la vida se amaban,
que han pronto de despedirse
un cuerpo yerto y un alma.
Diéronse cita á la reja
de las monjas Trinitarias,
porque los cielos presidan
aquella escena de lágrimas.
Sor Marcela está en su puesto;
el cadáver mucho tarda:
solo turban el silencio
los sones de las campanas.
De pronto crece el murmullo
que en la calle se levanta:
la inquietud de los semblantes
pronto ha de verse borrada.
Llega al fin la comitiva;

una cruz rompe la marcha:
en la senda de los cielos
jamás una cruz nos falta.
Síguenla el clero, los nobles
fanáticos de su fama,
pobres que al piadoso lloran,
ricos que al amigo ensalzan,
representantes á miles
de las órdenes monásticas,
cofradías, familiares
del Tribunal de la Santa,
poetas, cómicos, artistas,
hidalgos y gentes de armas.
Detrás, en hombros de cuatro,
puede verse ya la caja
que encierra el cuerpo de Lope
abandonado del alma:
féretro humilde y sombrío,
mísero lecho de tablas
en el que, en sueño postrero,
el génio español descansa:
la luz de la inteligencia
que iluminó su mirada,
apagóse cual los rayos
del sol las nieblas apagan.
Llega enfrente del convento:
la comitiva se para
y un grito ahogado se escucha
tras la reja solitaria.

Despues, rumor de sollozos
y acompasadas plegarias,
suspiros que arranca el pechc
y ecos que brotan del alma.
Ruidos ténues que responden
á aquella escena de lágrimas:
que dos corazones ligan
lo que la muerte desata;
rumores imperceptibles
como el beso de dos almas.

Ya sigue la comitiva;
ya la confusion se calma
y se retiran las gentes
de las calles á las casas.
Apáganse los rumores,
cesan á poco las pláticas
y la poblacion recobra
pronto su vida ordinaria.
Ya el cuerpo inerte de Lope
en la bóveda descansa
de la parroquia, y el clero
con sus rezos le acompaña.
Ya marcha la comitiva
con direcciones contrarias,
hablando de las virtudes
del que ha cambiado de patria;
del que estrecho juzgó el mundo
para contener su fama

y en busca de gloria al cielo
logró remontar el ánima.
Pero, al dejarle ya en tierra
de cuantos le acompañaban
¿quién consagrará un recuerdo
á la escena bosquejada?
¿quién piensa en la pobre niña
de las monjas Trinitarias?
Y aquella niña, entretanto
que se pregona la fama
del *Fénix de los ingénios*,
honra de la escena pátria,
y se cuentan sus comedias
y sus primores se ensalzan
tejiendo al poeta difunto
su inmarcesible guirnalda,
delante de un crucifijo
mezcla oraciones y lágrimas:
sabe que el muerto es su padre,
sabe que es hija, y le basta;
que fué pecador, y que ella
en su celda solitaria
con el fervor de sus rezos
puede acompañar su alma!

Lo que ignora sor Marcela,
lo que ignora toda España,
es que Lope en ella vive,
y que en sus postreras ánsias

el *Fénix*, libre del fuego
renace, y posa sus alas
en una apartada celda
de las monjas Trinitarias.

O. y B.

EL LAUREL DE LA ZUBIA

(ROMANCE HISTÓRICO.)

(1491)

I

Alegre la primavera
juguetea con las auras
sobre un ambiente de aromas
de la vèga de Granada.
Alrededor de sus muros
flores mil la vega esmaltan,
que el cielo formó piadoso
tal diadema á tal sultana.
Ayer eran sus vergeles
nido de amor y de calma,
hoy alfombra, do la guerra
con sangre su huella marca.
Por una empinada cima
de las sierras comarcanas

donde podian tan solo
llegar volando las águilas,
subiendo del campamento
aguerrida hueste marcha
con tal lujo que se duda
si es á fiesta ó á batalla;
tal brillan sus atavíos
que vistos desde la Alhambra
forman en torcida senda
una serpiente de plata.
«¿Dónde van? La Zubia sola
está en la cima situada,
y es poca aldea la Zubia
para pensar en tomarla.»
Esto en Granada se dice
y nadie sabe la causa
de que emprendan los cristianos
tan inútil caminata.
Una dama es quien los lleva,
es la reina castellana
que deja su campo y quiere
ver mas de cerca á Granada,
quiere mirar cuánto vale
la joya de su esperanza,
ver..... si hay bastante corona
donde poder colocarla.
Con ella va D. Fernando,
príncipes, pajes y damas,
y el noble marqués de Cádiz

con su gente la acompaña.
Llegan por fin á la Zubia,
todo el cortejo se pára
y ve á Granada la reina
debajo de sus miradas;
y acercándose el de Cádiz
donde está su soberana
con su galante apostura
la dirige estas palabras:
—«Señora, tened mas cuenta;
»con ese sol que ya abrasa;
»mas pronto quema las flores
»cuanto son mas delicadas!....
»Busquemos la sombra amena
»donde en mas cómoda estancia
»veais la *sultana mora*
»si os conviene para esclava.
»Ved aquel laurel añoso
»que os tiende sus fuertes ramas;
»á la reina de Castilla
»siempre laureles la aguardan.
»Y á fé que recuerdo ahora
»una tradicion estraña
»de ese laurel, que en llegando
»la he de contar, si os agrada.»
Al laurel llegó la reina
y halló su sombra muy grata:
dejó el marqués buena parte
de soldados á la espalda

y los restantes los puso
delante, porque formaran
un muro de corazones
entre la reina y Granada.
Volvióse después y dijo:
—«Si es historia ó si es patraña
no lo diré yo, señora;
sólo sé que en lenguas anda.
Ese laurel que os ofrece
fresco pabellon de ramas
há siete siglos que encierra
el destino de una raza.
Cuentan que un rayo del cielo
dejó caer una rama
el dia que en Covadonga
empezó nuestra jornada;
en cinco victorias vuestras
se han desprendido otras tantas,
la pérdida de los moros
es la sétima y ya tarda.»
—Peregrina es la conseja,
tranquila la reina esclama,
que por conseja la tengo
pues que mi fé la rechaza;
y separando los ojos
del laurel, quedó estasiada,
fija en Granada la vista
que la fascina y la llama.
REINA.—La encontrais bastante bella.

MARQUÉS.—Nadie pudiera soñarla
mas acabada y perfecta.
R.—Pues una cosa le falta;
M.—A no ser vos, no adivino.
R.—Poco, marqués, se le alcanza;
falta á Granada una cruz
sobre su torre mas alta.
M.—Pues bien; si ayer Fernan-Perez
del Pulgar logró su hazaña
dejando el «Ave María»
en la mezquita clavada,
dadme licencia, señora,
para que esta noche vaya
y segun vuestro deseo
brillará una cruz mañana.
Este es hierro y este es brazo,
y ó perezco en la demanda
ó juro á Dios que en la torre
tengo que clavar mi espada.
R.—Marqués, yo no doy licencia
para empresas temerarias;
valor en el cerco sobra,
prudencia..... tal vez nos falta;
pensad que en tales empresas
si la suerte os acompaña,
mucho para vos lograis
y poco para la patria.
Pensad tambien que esa cruz
que anhelo ver colocada

no ha de serlo en son de guerra
que en pos de sí sangre traiga;
mirad bien que no repruebo
el noble ardor que os inflama,
que si algo por hoy le cuido
algo espero de él mañana.

Mientras están en la Zubia
en esta tranquila plática,
se nota algun movimiento
en la gente de Granada.
Ven las tropas de la reina
dispuestas como en batalla,
sin saber si es que acometen,
ignorando si es que aguardan;
pero al verlas arrogantes
responden con arrogancia,
que no en vano siete siglos
respiran aire de España.

II

Apenas nota la reina
el confuso movimiento,
ordena que sus vasallos
huyan temerarios retos.....
que llegaron á la Zubia

por un curioso deseo,
un deseo que no vale
la limpia sangre del pueblo.
Reciben este mandato
las huestes, que cumplen luego
quedando inmóviles todas
como fantasmas de hierro.
Y se encuentran frente á frente
los enemigos ejércitos;
cual dos nubes de tormenta
se contemplan en el cielo.
Y hay un momento de calma,
un instante de silencio,
de esos que calla hasta el aire
y aguarda que estalle el trueno.

Rompe el silencio Granada
en confuso clamoreo,
y carcajadas burlonas
conduce á la Zubia el viento.
Es Tarfe el moro que sale
de todas armas cubierto,
que un negro corcel oprime
con sus músculos de acero.
Bravo el bruto se adelanta
en rápidos escarceos,
que ardiendo corre su sangre

desde el acicate al freno.
Brilla en los ojos del moro
lumbre de fulgor siniestro,
relámpago que refleja
la alegría de un infierno;
Que el pergamino que ayer
pregonaba un nombre escelso,
á la cola del caballo
va atado rozando el suelo.
De poco sirvió tu hazaña
Pulgar, si fué para esto;
de aquel timbre de tu gloria
padron de ignominia han hecho.
Todos los ojos te buscan,
tú no te encuentras entre ellos;
pluguiera á Dios que te hallases,
que á tí te toca el remedio.

A las plantas de la reina
llega anhelante un mancebo
ofreciendo el pergamino
si le permiten traerlo.
Mas don Fernando replica:
—«Permitírtelo no es cuerdo,
que aun ha vivido muy poco
tu corazon en tu pecho.....
Jóven eres..... y el valor.....

algo requiere de viejo,
que no ha de ser un relámpago
que brilla y se acaba luego.»
—«Señor, á vuestras razones
he de contestar con hechos,
que un momento vive el rayo
y abrasa en ese momento.»
Dijo; atravesó las filas
y saltando á un potro negro,
lanza en ristre, á toda rienda
á Tarfe se fué derecho.
Salióle al encuentro Tarfe,
juntáronse ambos guerreros,
y saltaron las dos lanzas
en astillas por el viento.
Los brazos despues estienden
y oprimiéndose con ellos,
de los corceles se arrancan
y ruedan luchando al suelo.
Cayó debajo el cristiano;
levanta el moro su acero
sobre Garcilaso, y rápido
desciende sobre su cuello.
Pero el brazo pierde fuerza
y cae desplomado el cuerpo,
que el hierro de Garcilaso
entró la muerte en su pecho.
Su planta al árabe humilla;
alza su brazo el letrero,

y dos gritos simultáneos
se escapan de los dos pueblos.
Dos gritos con que dos razas
pregonan á un mismo tiempo
al David de la edad nueva,
levantando su trofeo.

III

El aguijon de la ira
hirió al árabe en el alma,
y de Granada saliendo
hasta el cristiano se lanza.
Una fuerza irresistible
los subyuga y los arrastra
como arenas impelidas
por un huracan de rabia:
esta fiera acometida
el cristiano no esperaba.
¡Ay! que á su gigante empuje
cejan ya las avanzadas.
Mas, ¿qué es cejar á la flecha
en el arco colocada?
Tomar mas fueza y partir
veloz á mayor distancia.
Tal cayeron los cristianos
con tan potente pujanza
sobre el moro, que rodando
fueron hasta sus murallas.

Y el noble marqués de Cádiz,
al llegar hasta Granada,
lamentó que no tuviera
licencia para tomarla.

IV

Mientras luchaban sus tropas
la reina rezando estaba.
Sublime contraste hacian
el combate y la plegaria,
y es fama que algunas flechas
llegaron hasta sus plantas.
Y es fama tambien que alguna,
viniendo mucho mas rápida,
de aquel laurel de la Zubia
cortó la sétima rama.
La propia mano del árabe
hizo realidad la fábula;
pasaron algunas lunas
y Granada fué cristiana.

Q. N. K.

DOÑA JUANA LA LOCA

(ROMANCE HISTÓRICO.)

(1496 á 1555)

I

Entre arbustos corpulentos
y al través de frescas ramas,
ocultas entre el follaje
que sus abrazos recata,
vetusto y altivo muro
muestra en labores bizarras
blasones de nobles dueños,
títulos de noble casa,
vanidad escrita en piedra
para eternizar hazañas,
cuando es un poco de musgo
bastante para borrarlas.
Tras de los verdes tapices
de la frondosa enramada

se apercibe acompasado
un eco que lleva al alma
murmullos, si está tranquila,
y quejas, si está cuitada,
que tal ilusion produce
el ruido manso del agua.
La luna envuelve su disco
entre vaporosas gasas,
como una vírgen que ciñe
su velo de desposada.
Tibia la atmósfera, el cielo
dormido en dichosa calma,
brindan al dulce reposo
con que las penas se acallan.
Mas no: que las hay tan hondas,
tan tristes, tan solitarias,
que cual las deja la tarde
así las sorprende el alba.
Al pié de un sáuce caduco,
no sé si mujer ó estátua
de mármol, una figura
pálidamente destaca.
Ropaje viste de reina,
actitud tiene de esclava.
Mira y no ve, que en sus ojos
vida sobra, intencion falta.
Parece que andan buscando
lo que en el mundo no hallan,
y á veces con osadía

la vista vuelven al alma;
por eso en ellos se advierten
reflejos de sombra estraña.
Sus descoloridos labios
arquea sonrisa amarga,
y aunque su frente no surcan
los años ni las desgracias,
se ve en su infantil pureza
la contraccion que delata
un pensamiento estraviado,
una traidora punzada
del corazon, un recuerdo,
una perdida esperanza.
¿Qué busca la pobre niña
entre las frondosas ramas?
A escuchar viene los besos
que les prodigan las auras,
dulces recuerdos de amores
que su inteligencia matan.
¿Qué busca la pobre niña
en el murmullo del agua?
Melancólicos suspiros
de firme y tierna constancia;
porque los suyos son tristes,
los de su amado la faltan;
porque está de amor enferma,
tiene de suspiros ánsia.
¿Qué es lo que pide á la luna?
Se goza con su luz, pálida

como sus bellos recuerdos,
como sus dichas lejanas.
¿Y quién es la pobre niña?
Por reina la tiene España;
su noble esposo por loca;
su padre por desgraciada;
y en fin, cortando razones,
es la reina doña Juana,
hija de aquella señora
en cuya diadema irradia
la luz del génio en los nombres
de América y de Granada.
Grande corazon tenia,
de su madre lo heredara,
y en el tesoro de amores
pasion de encendida llama.
Por esposo la ofrecieron
al noble archiduque de Austria,
que en mas de una oscura empresa,
con facilidad liviana,
lisonjas trocó en desdenes
con veleidosa inconstancia.
Tal vez á despecho suyo
su esposa fué doña Juana,
y le cansó mujer propia
mas antes que las estrañas.
Ella le otorgó su mano
al mismo tiempo que el alma;
tan suya fué como el ave

del viento, y el pez del agua.
Flor del valle, que no vive
sino una fresca mañana,
y apenas el sol la toca
marchita sus hojas blancas,
arroyo que va perdido
entre arenas abrasadas
y en vapor vuelve á la nube
huyendo la arena ingrata,
así el amor de la niña
fué flor que ahogaron las zarzas:
manantial evaporado
al fuego de la desgracia,
que en densas nubes oprime
las facultades del alma.
En su corazon de niña
la mordedura acerada
de los celos trocó en fiebre
mortal sus amantes ánsias,
y al asomar en sus lábios,
al traducirse en palabras,
loca está, dijo su esposo:
loca los suyos la llaman,
y ella de dolor transida
sin derramar una lágrima,
sin reposar una hora,
sin norte, sin esperanza,
ni sus ideas coordina,
ni detiene sus miradas,

ni á sí misma se conoce,
ni en su diadema repara,
y así con secreto impulso
entre sus recuerdos vaga
como en inmenso Océano
la astilla de una fragata.
Mientras Felipe el Hermoso
alegre reina en España,
entre fiestas y lisonjas
buscando aventuras gratas,
la pobre reina, sin corte,
sin libertad, encerrada,
al jardin sale á buscarle;
sus penas dice á las plantas,
á los arbustos y al viento
que las recoge en sus alas
y con ecos misteriosos
murmura por consolarlas.

II

En Búrgos fúnebre toque
lanza al espacio un lamento,
vibrante voz de la tierra
que busca camino al cielo.
Luto visten los magnates;
guarda la ciudad silencio;
atropéllanse en sus puertas
emisarios y correos.

¿A dónde van? Nadie duda
que á notificar al reino
como en Búrgos las campanas
doblan por el rey que es muerto.
¿Y en dónde se halla la reina?
La loca ocupa su puesto
de enamorada y de esposa
velando el cadáver yerto.
Ciñe al ataud sus brazos,
lo cubre de amantes besos
y con espresion de dicha,
con semblante placentero
dice: «Ahora sí que eres mio.
¡Que Dios conserve tu sueño!
Blanco estás como la nieve
en la cumbre de los cerros;
no puede ser que conmigo
tu corazon siga negro.
Las manos tienes mas frias
que al deshacerse los hielos:
mas calor no tuvo nunca
para mí tu ingrato pecho;
si para otras le guardabas
mas frio mi bien te quiero.
¿Do está en tus ojos la dicha
que otras lograban con ellos?
Hacen á tu pobre loca
cerrados más bien que abiertos.
¡Bien haya quien me devuelve

mi amor, mi esposo, mi dueño!
Ya no habrá quien me dispute
el bien que contigo tengo.
Yo haré que nadie se atreva
á turbar tu dulce sueño.»
En vano mientras descansa
una hora entierran al muerto,
que al despertar, como el tigre
á quien roban sus hijuelos,
relampaguea en sus ojos
sombrío y terrible fuego:
su tesoro les demanda
con voz semejante al trueno:
lo arranca á la sepultura,
y con fúnebre cortejo
errante va por Castilla
mostrándolo y escondiéndolo,
como quien luce y recata
la causa de su contento.
Por el dia en las iglesias
le deposita, sin miedo
que artera mano profane
la morada del Eterno,
y apenas la noche cubre
de oscuro crespon los cielos,
alumbrada por antorchas
cruza los prados desiertos,
hondos valles atraviesa,
sube á la cima del cerro,

y hasta que luce la aurora,
y encuentra á su paso un templo,
nada concede al reposo
ni un punto se rinde al sueño.
Tal vez penetra en la iglesia
de un lejano monasterio,
y al escuchar de las vírgenes
de Sion el puro acento,
un grito de horror exhala,
cubre el ataud su cuerpo,
y huye de allí recelosa
temblando de ira y de celos.
Dice que lloran las plantas
si pisa el rocío fresco;
dice que lloran las nubes
cuando arrecia el aguacero,
y si entre las zarzas muge
el huracan, riñe al viento;
porque los paños mortuorios
mueve con poco respeto,
y teme que traiga hechizos
para robarla su dueño.
Al cruzar por las aldeas
aquel fantástico entierro,
la lo·a, *la loca*, dicen
los jóvenes y los viejos,
y solo algunas mujeres,
heridas de amor y celos,
con lágrimas la saludan

en elocuente silencio.
Paráronla en Tordesillas.
Un palacio y un convento
unidos estrechamente,
como la reina y el muerto,
á un cadáver y á una loca
cobijaron en su seno.
Allí, detrás de una reja
pasó su vida en acecho,
velando sobre la tumba
como el ángel plañidero
que con sus alas de mármol
protege un sepulcro régio.
Un dia el invicto César
llegó á turbar su sosiego.
A la voz dulce de madre
sintió agitado su seno:
resbaló por sus mejillas
una lágrima de fuego,
y sobre la augusta frente
del hijo estampando un beso
díjole: «Dios te bendiga.
Por tí será grande el reino;
naciste de madre loca,
tienes su sangre y su aliento,
y eres loco, pues te ocupas
en gobernar á los cuerdos.»
Despues le volvió la espalda;
tornó á los dorados hierros

de su tribuna, y en ella
siguió su constante empeño.
Diz que al morir dió señales
de juicio firme y discreto.
¿Quién sabe si fué de gozo,
cercano su fin sintiendo,
si pensó que á Don Felipe
iba á encontrar en el cielo?

J. R.

EL TRIBUTO
DE LAS CIEN DONCELLAS

(ROMANCE HISTÓRICO.)

(846.)

I

Del alcázar de Leon
en un severo recinto,
rodeado de sus nobles
hallábase D. Ramiro.
Lejos, de repente, suena
lúgubre y estraño ruido,
horrendas imprecaciones,
desacompasados gritos.
—«¿Nuevas traiciones?...—prorumpe
el rey, mirando á su hijo:
la corona real de Oviedo
apenas dos años ciño,
y por robarla á mis sienes
mas turbulencias he visto

que moros hay esperándonos
en los campos enemigos.
Solo se irá esta corona
con mi cabeza, y ¡por Cristo!
que no está mal asentada
en hombros de D. Ramiro.»
Mirada rápida y torva
dirigió en soberbio círculo.....
Sólo unos ojos de fuego
en sus ojos halló fijos.
Sorda imprecacion contuvo,
alzó airado de su sitio,
fué redoblando el terror
de los cortesanos tímidos.
Y la voz del que irritado
se encaró con el rey mismo,
murmuró:—«No blasfemeis,
callad, callad, D. Ramiro.
Mal suenan esas palabras,
mal enojo tan altivo,
con esas burlonas músicas
y esos lastimeros gritos.
Salid á dar cien doncellas
en tributo al enemigo;
llevádselas hasta el lecho
de la deshonra y el vicio;
y si doncellas faltaren,
piensa has de llevar tú mismo
tus propias hijas al moro,

en pago de lo ofrecido.»
Quién háblale con tal fuego
y en tan desusado estilo,
era un monge, un religioso,
pobre, anciano, peregrino.
Tosco sayal es su trage,
sus armas un crucifijo,
su vida mision sagrada
y su esperanza el martirio;
y pueblo, nobles y reyes
escucháronle sumisos,
las destempladas razones
de sus mas severos juicios.
—¡Veremundo!—gritó el rey,
duras tus frases han sido.
—Mas duras son tus acciones
y todos las consentimos.
Soldado de Roncesvalles,
¿quién creerá que eres el mismo
que al lado fué de Bernardo,
haciendo temblar los riscos?
¡Oh! si á los ásperos montes
no les eres conocido,
la orilla del Tajo acaso
creyérate D. Rodrigo.
Doncellas, id con el moro,
no desdeñeis el servirlo:
reyes cristianos complacen
sus mas infames caprichos.

Rey de Leon, rey de Oviedo,
leoneses, que estais dormidos,
á Pelayo le faltaran
frases para maldeciros.
¿Ois? á las madres roban
los frutos de su cariño;
quien lamentos de cien madres
oye y no les presta alivio,
no es cristiano y caballero,
moro sí; cual tal, indigno
de llevar en vil escarnio
cruz al pecho y cruz al cinto.
Si sois cobardes, quedaos,
no han de faltar en su auxilio
un pobre viejo leonés
y este santo crucifijo.»
....
Calló el anciano: los nobles
alzaron rumor crecido;
confuso y avergonzado
quedóse el rey D. Ramiro,
y rojo el rostro, temblando
de ira la voz, al fin dijo:
—«Razon tiene.... gran afrenta
los cristianos cometimos;
culpa es del hijo de mora,
de Mauregato el indigno,
moro tambien por lo negro
de su alma y de sus vicios.

¿Qué derecho le asistia
para ofrecer á su arbitrio
un honor que era del pueblo
el mas orgulloso título?
No mas livianos tributos.
¡Veremundo, yo te sigo!
Los riscos de Roncesvalles
conocerán á Ramiro.
¡Guerra al moro!
—¡Sí! responde
con un entusiasta grito
toda la corte, animada
por un sentimiento mismo.
—¡Á la plaza, caballeros!
dice el monge:—ven conmigo,
rey del ejemplo, que acabe
por siempre el tributo indigno.
¡De impuros brazos de moros
salvad nuestro honor mas limpio!
¡A rescatar las doncellas!
¡Que ya se van, hijos mios!

II

Ya sortean las doncellas,
ya se arremolina el pueblo,
ya repican las campanas,
debiendo doblar á muerto.

Inflamable está la atmósfera;
para que estalle el incendio
falta una chispa, y no hay ojos
en que no fulgure el fuego!
. . . . . .
Una madre á su hija estrecha
en el palpitante seno,
balbuceando esperanzas
entre lágrimas y besos.
Tiende hácia el grupo sublime
convulsiva mano un viejo,
que en palo nudoso apoya
débil encorvado cuerpo.
—«¡Adios!—dice—¡contra el moro
lidié y vencí para esto!
¡Para mirar en sus brazos
los solos bienes que tengo!
¡Adios, hija! ¡adios, mi honra!...»
—«No lloreis,—dice un mancebo,
si el rey da lo que no es suyo,
defendamos lo que es nuestro!»
—«¡Ansures, su amante!»
—«Anciano,
por esposa á tu hija quiero.»
—«Vais á morir.»
—«Mas con honra
y cristianos moriremos.»
. . . . . .
Crece el tumulto: ya toca

la ceremonia á su término;
muchas manos convulsivas
oprimen ocultos hierros.
Solo falta una doncella,
cómo palpita su pecho;
su amor, su virtud, su honra
hierven confundidas dentro.
Exhala débil gemido,
la última frase de un rezo
que la madre acongojada
va en sus lábios recogiendo.
¡Pobre Orelia! Con angustia
oprímela largo tiempo
Ansures entre sus brazos,
nervioso, agitado, trémulo;
cual avaro que mirando
su tesoro descubierto,
á él se abraza y contra el mundo
se dispone á defenderlo.
El viejo, fija la vista,
torcido el inmóvil cuerpo,
que está sumido parece
en un momentáneo sueño;
ya no habla, ya no reza,
rígidos están sus nervios,
muy secos tiene los ojos,
¿pero quién no llora al verlos?
Solo falta una doncella,
del tablado un pregonero

por ella baja, la madre
de Orelia sale al encuentro;
va á defender á su hija
cual defiende sus hijuelos
de una caverna en la entrada
la leona del desierto.
A separarla con fuerza
el moro llega dispuesto....
y hácia atrás cae de repente,
brotando sangre su cuello.
Hoja sangrienta en la mano
tiene Ansures, ¡él lo ha muerto!
Saltó la chispa, doquiera
se estiende rápido el fuego;
mas sangre agarena corre,
aumenta el mortal estrépito,
suena el toque de rebato,
se oyen redobles siniestros;
salta el tablado en astillas
con seco rechinamiento,
ármanse brazos desnudos
con los rojizos maderos;
como de selva incendiada
salen las fieras rugiendo,
por las contiguas callejas
llegando va todo el pueblo;
armas las mujeres blanden
que arrancan á los guerreros,
anímanse los ancianos

por un galvánico esfuerzo;
cual desbandadas palomas
van las doncellas corriendo.....
desbordado está el torrente,
¿quién bastará á contenerlo?
.....
Apareció D. Ramiro.
¡El rey! mil voces dijeron:
suspensa quedó la lucha
llegar á la plaza viéndolo;
lleva un monge á la derecha,
su hijo Ordoño al lado izquierdo,
tras él soldados y nobles
de todas armas cubiertos.
¡Justicia! los unos claman;
otros ¡venganza, escarmiento!
—«Rey Ramiro, dice un moro,
ampara nuestros derechos:
traidor ultraje sufrimos;
si tú no pones remedio,
Abderraman, mi califa,
vendrá aquí mismo á ponerlo.»
—«¡Vive Dios! yo iré á buscarle;
dí, en tanto, que no consiento
mas liviandades indignas
de ignominioso recuerdo.»
—«¿Acaso el tributo niegas?»
—«No es legítimo y lo niego.»
—«Rey lo puso.»

—«Rey lo quita.»
—«Faltando á ley.»
—«Por derecho.
Si hubo pastores cobardes,
que al lobo muy cerca viendo,
sus ovejuelas mas blancas
les hizo ofrecer el miedo,
hoy el pastor es Ramiro,
por látigo tiene un cetro,
y los lobos espantados
habrán de ganar los cerros:
jornada que hacer os falta,
y yo aguijonaros pienso
á lanzadas, porque andeis
mas camino en menos tiempo.»
—«¿Tal digo?»
—«Dí: que estas frases
serán mañana mis hechos
y que el honor ya robado
en sangre lo cobraremos.»
Gritos de alegre entusiasmo,
gritos de júbilo inmenso
pueblan confusos el aire
entre un delirio frenético.
Delante del rey se arrojan
ancianos.... madres, guerreros....
sns piés y el polvo que pisan
los cubren de llanto y besos.
. . . . . .

Tributo de cien doncellas,
ya no sereis satisfecho;
¡Cristianos, á la batalla,
tremolando el pendon negro!
¡Sus! sin tregua tras los moros;
corran hasta sus desiertos,
cual puñado de hojas secas
al fuerte soplo del viento.
¡Godos sois! no haya descanso,
sea el botin vuestro premio,
vuestro placer la batalla,
la victoria el amor vuestro.
Del corcel bajo la silla
carne cruda, siempre hirviendo
al calor del duro trote,
os sirva por alimento.
¡A Clavijo los cristianos!
¡Bien hayan del rey los sueños!
Mirad, al campo desciende
el invencible guerrero;
blanco corcel rige airoso.
blande fulminante acero,
bandera de cruz bermeja
desplega flotante al viento.
Dios os guia, ¡guerra al moro
hasta morir ó vencerlo!
¡Sus! *¡Santiago, cierra España!*
¡Avanzad la cruz, á ellos!

J. C. Y S.

ZARAGOZA

(ROMANCE HISTÓRICO.)

(1808 á 1809.)

I

España, la árbitra un dia
de las naciones de Europa,
cuyas armas alumbraba
siempre el sol de la victoria,
aquella cuya bandera
surcando las bravas olas
llevó la cruz del cristiano
á ardientes playas ignotas,
y dió tambien la primera
vuelta al Mundo; la católica,
la que fué siempre magnánima,
noble y digna, victoriosa,
como fué grande, altanera,

invencible en la derrota,
mal regida por pilotos
que afrenta son de la historia,
por hombres que á la escollera
llevaron su nave airosa,
tras estériles campañas
que la desangran y agobian,
tras sacrificios inmensos
y desastres, que abochornan
porque fueron holocausto
al temor y á la lisonja,
hallábase adormecida
como indolente matrona
que ni las dichas le mueven
ni las desdichas le importan.
Entonces, desde la altura
á do su vuelo remonta,
la vió el águila, y, cerniéndose,
chirrió con voz pavorosa;
que el águila carnicera,
ciega de ambicion y gloria,
viendo á España por el suelo
agonizante creyóla,
y aprestó las fuertes alas
y aguzó las uñas corvas
para lanzarse sobre ella
y beber su sangre toda.
Mas temió del moribundo
leon la terrible cólera

y, astuta, fingióse amiga
para ser siempre traidora.

Las aguerridas legiones,
las legiones vencedoras,
las que Napoleon regia
con tal audacia que asombra,
la falaz planta pusieron
en la nacion española,
y entraron, haciendo alarde
de marcialidad fastuosa,
en la hidalga villa y corte
que en sus brazos se abandona.
Pero el vil advenedizo
como dueño se comporta,
por la soberbia impulsado
y por la codicia torva,
y el pueblo que se apercibe
de la red que le aprisiona
con malla tupida y recia,
siniestramente se enoja.
Con torpe engaño, que solo
cupo en conciencias sin honra,
arrastraban mientras tanto
allende del Vidasoa
al rey Fernando que, ciego,
señaba venturas locas

porque el águila imperial
de las nubes se desploma
y se revuelca en el cieno
como alimaña asquerosa.
Y tras él, víctimas siempre
de falsedades notorias,
partíanse para Francia,
al sano criterio sordas,
como tímidas ovejas
todas las reales personas.
Mas ¿cómo verlas partir
en silencio unas tras otras,
si tal silencio los timbres
mas apreciados enlodan....!
—No; Madrid no lo consiente;
se subleva, se alborota,
rompe el dique, y decidido
sobre los coches se arroja:
que es el leon que despierta
rugiendo con justa cólera.....
¡Dia de horror para España!
¡De horror y tambien de gloria!
Que si la muerte con negras
alas á Madrid azota,
si defendiendo á su patria
mueren, en pelea heróica,
Daoiz y Velarde y tantos
como registra la historia,
allí el Capitan del siglo

sufrió su primer derrota,
allí bamboleó su trono
y vaciló su corona.

Aquel «¡Viva España!» fué
rayo que vibró en las sombras,
y de independencia el grito
resonó en España toda;
y los pechos animosos,
con la lealtad por cota,
como leones lucharon
contra la estranjera tropa.
Vencidos hoy, vencedores
mañana, dudas medrosas
nunca de aquellos valientes
en el corazon asoman;
y al fin de Bailen un dia
lució la brillante aurora
y al águila rechazó
el leon en Zaragoza.

II

Allá en la ciudad sagrada,
de la imágen guardadora
que todo Aragon venera
con fé santa y fervorosa,

la impía hueste francesa
quiso entrar y ser señora,
sin pensar que aquella imágen
era faro y era antorcha
de la aragonesa gente
que lo que es el miedo ignora.
Y tras horribles destrozos,
rüinas que se amontonan
y hechos mil que al mundo entero
de uno al otro polo asombran,
Palafox, Lazan y Marco,
Simonó, Calvo de Rozas,
y el cura de Sós valiente
y Agustina Zaragoza
y todos hombres, mujeres,
niños y ancianos, que afrontan
el peligro y que pelean
cuerpo á cuerpo, á quemaropa,
al fin de las calles mismas,
al audaz francés arrojan,
humillando aquella enseña
que hacia temblar á Europa.
Y en medio de tanto escombro
y tanto mal que acongoja,
los que á la paz invitados
por el sitiador, en cortas
palabras «Guerra y cuchillo»
contestaran, sin demora
al júbilo se entregaron

celebrando su victoria;
que es el patriotismo todo
para las almas heróicas.
Aquella noble alegría
eco en las naciones todas
encontró; mas solo España
no ocultó su risa loca,
porque España ante el coloso
la fiera cerviz no dobla.
Y el coloso que, afrentado,
la tempestad bramadora
del furor siente en su pecho
y en mares de ira se ahoga,
—«¡Sus! á sus legiones grita;
¡Sus! que mi prestigio arrollan.
¡A Zaragoza los mios!
¡A rendir á Zaragoza!»
Y legiones tras legiones
sobre ella corren furiosas.
Pero Palafox le espera
como al oleaje las rocas,
y las defensas prepara
y á rudas lides se apronta,
que, aunque de recursos falto,
esfuerzo y valor le sobran.
La artillería enemiga
rompe el fuego atronadora
é innúmeros batallones
cargan con ira impetuosa.....

Casablanca, Buenavista
y el Torrero largas horas
resístense; mas al cabo
abandonarlos importa.
Gazan al Tejar y el Rastro
embiste..... ¡mas no los toma!
Velasco está allí. Sus balas
barren la enemiga tropa,
y en inmensa sepultura
aquel arrabal se torna.
Moncey al notarlo invita
con la paz, y se sonroja
el bravo español caudillo
y le dá respuesta pronta.
—«Sabed, le dice, que nunca
fué rendida Zaragoza
y que el que ser libre quiere
su libertad al fin logra.»
Y desde entonces la muerte,
como la hoz segadora,
vida, amores y esperanzas
destruye, aniquila y corta.
Una cintura de hierro
á la ciudad aprisiona
á pesar de los esfuerzos
con que el sitiado lo estorba,
y cien cañones á un tiempo
contra el recinto maniobran
con estruendo inconcebible

y en confusion horrorosa.
Los flacos muros al rudo
combate se desmoronan,
y, entre el polvo, Renovales,
cuyo valor nada doma,
al descubierto pelea,
rechaza, mata y destroza.
Sin muros y sin cañones
que el enemigo desmonta,
sin parapetos, sin nada
mas que la conciencia propia,
entre una lluvia de balas,
de granadas y de bombas,
del invasor con espanto,
al asalto le provocan
sobre aquel monton de ruinas
izando bandera roja,
en tanto que alegre música
les cantaba en una copla:
«La Vírgen del Pilar dice
que no quiere ser francesa,
pues quiere ser generala
de la gente aragonesa.»
A tal insulto siguieron
cinco asaltos... Mas no arrollan
al aragonés, que luego
palmo á palmo, hora tras hora,
un dia y otro, sin nadie
que le ayude y le socorra,

desdeñando las ofertas
que el jefe francés le otorga,
defiende brechas y calles,
falto de todo, en mal hora,
menos de ardor que la muerte
ni las epidemias postran.
Y del cruel bombardeo
fueron en pos las odiosas
minas, que el francés volaba,
mientras, terribles é indómitas,
el incendio era la estela
de las huestes españolas,
que rodeándose de llamas
tanta fatiga soportan.
Pero al fin, cuando del Coso
bajo el pavimento, prontas
á estallar seis galerías
estaban, como corona
de tan preciada conquista,
la rendicion, pero honrosa,
fué precisa; y se rindió
la invencible Zaragoza,
no al francés, sino á la peste
y al hambre devoradora.

III

Palafox, el incansable
caudillo que al mundo asombra,

en triste lecho yacia
moribundo entre congojas
cuando el galo, que la fé
de lo tratado viola,
entró del héroe en la estancia
con recias voces que asordan.
Allí junto al lecho ardia
una mecha: allí la pólvora
de un hornillo la bravura
de aquel hombre testimonia;
y allí, el francés, de los labios
que la muerte descolora,
supo que no se rendia
quien alcanzó tanta gloria.
Mas no comprendió el villano
lo que aconsejaba la honra,
y con perfidia que solo
cupiera en almas traidoras,
sin respeto al heroismo,
maltrata, fusila, inmola,
atropella, y sin conciencia
jefes y soldados roban.....
¡Baldon para el vil guerrero
que así su pendon enloda!
¡Gloria á la nueva Numancia!
¡Loor eterno á Zaragoza!

P. L.

LA PERLA DE ÁVILA

ROMANCE HISTÓRICO

(1515 á 1582)

I

Dentro del líquido espacio
que recata sus riquezas
de las cristalinas aguas
bajo la bóveda inmensa,
en el fondo de una concha
al esterior ruda y negra,
en rico lecho de nácar
se cria la madre perla.
Submarinos vejetales
con tierno abrazo la estrechan,
y en torno suyo se ciernen,
con voluptuosa indolencia,
peces de variadas tintas,

y brillantes escarcelas
de plata y oro, que esmaltan
luces en color diversas.
Mas llega un dia en que el buzo
burla del mar la soberbia,
y hasta el abismo desciende
para arrancarle su perla.
Entonces al mundo sube,
se incrusta en la real diadema,
y allí el esplendor preside
de las humanas grandezas.
Así de un severo claustro
bajo la bóveda estrecha
la perla de Avila esconden
un hábito y una celda.
Hay de su sencilla historia
en las páginas primeras
indicios de que en el claustro
no es el mundo quien la encierra.
Para agradarle tenia
sangre de antigua nobleza,
carácter dulce y alegre,
ingenio, virtud y hacienda.
Diz que alguna vez el viento
llevó á su guardada reja
mas de un eco enamorado,
mas de una santa promesa,
y aunque siempre recatada
y siempre digna y discreta,

brillaba en sus negros ojos
un alma hermosa y risueña,
lago tranquilo que el cielo
con vivas luces refleja,
espejo resplandeciente
del candor y la inocencia.
Sin duda al mirar al mundo
fijó su impresion primera
toda la luz que le inunda,
la armonía que le alegra,
y el aliento á cuyo impulso
gira por su órbita inmensa
entre mil globos de fuego
que en derredor centellean,
y adormecida al encanto
de las mundanas quimeras
pensó en la vida del siglo
imaginándola bella.
Amaneció un dia oscuro:
llorando á su madre muerta,
gustó la primer ponzoña
de las humanas miserias.
Avaro su padre de honra—
porque su orfandad no fuera
á su virtud un tropiezo—
la cobijó en una celda,
y al entrar le dijo al mundo:
Adios: mi regreso espera,
que tengo una alma harto grande

para cárcel tan estrecha.
Vió acaso allí desde lejos
lo que antes tocaba cerca,
y halló pequeñez notoria
lo que estimara grandeza.
Tal vez al umbral del templo
envuelto en harapos viera
de lágrimas y dolores
vivo y terrible poema.
Acaso allí entró del alma
en las regiones inmensas;
agua bebió de la fuente
de las dulzuras eternas,
y al volver la vista al mundo
le dijo: tu vida es negra,
tus horizontes mezquinos,
adios, no esperes mi vuelta.
La soledad es su encanto,
su dicha mayor la celda,
que allí romper puede el dique
de la pasion más intensa.
De su corazon herido
por milagrosa saeta
brota un torrente de fuego
que el sentido la enajena,
y como sube entre el humo
la enrojecida pavesa,
así con su alma candente
el débil cuerpo se eleva.

A veces postrada, inmóvil,
sin color, rígida, y yerta
parece triste despojo
que á la muerte lisonjea,
en tanto el alma domina
del sol la esplendente hoguera,
las fantásticas regiones
de la luz y las tinieblas,
y tiende tan alto el vuelo
que á lo infinito se acerca,
do vaga como perdida
en su insondable grandeza,
como enmedio del Occéano
flota la astilla pequeña
que en el naufragio de un buque
arrebató la tormenta;
y cuando el color asoma
en sus mejillas de cera,
y sus labios se entreabren
y su corazon alienta,
conserva una luz tan clara
una pasion tan intensa,
que bien conoce ser otra,
que no delira ni sueña,
pues trae señales el alma
que son conocidas prendas
de amor divino, y no es dable
soñarlas sin conocerlas.
Pero ¿qué le importa al mundo

que entre lirios aparezca
la túnica pura y blanca
de una sencilla azucena?
Nada: ni aun recuerdo tiene
de la mujer que en su celda
vive como en el Occéano
la desconocida perla.

II

Llega el tiempo señalado
en que ha de mostrar Teresa
el escondido tesoro
que en su corazon se encierra.
Luce el dia en que se arma
su brazo de fortaleza,
en nombre de Dios blandiendo
todo el poder de su diestra,
y presentándose al mundo
le pide con voz severa
matronas de alto linaje,
la flor de hermosas doncellas,
y suntuosos edificios,
y privilegios y haciendas
para ofrecerlo á María
sobre las cumbres escelsas
del Carmelo, do la Vírgen
sus sacros votos espera.
A los conventos antiguos

con paso firme se acerca
para ahuyentarles el sueño
que sus virtudes enerva,
y sin rendirse al cansancio
va por ciudades y aldeas
sustentando su demanda
con vigorosa insistencia.
¿Quién parará la corriente
de un rio que se despeña?
¿Quién arrancará los montes
de sus raices de piedra?
Una mujer sola, pobre,
abandonada y enferma
es la que á Dios invocando
acomete tal empresa.
Todo el poder del infierno
se vuelve febril contra ella:
arma el mundo sus desdenes,
su compasiva insolencia,
sus burlas y sus denuestos,
y sus infames blasfemias;
mas atrevida y constante
lucha invencible Teresa
y al mundo espantado toma
con la flor de sus doncellas
sus codiciados tesoros
sus casas y sus haciendas.
A su voz se alzan los templos,
los nuevos claustros se pueblan

y se abren á la reforma
de los antiguos las puertas.
Pero aun es poco: es preciso
que su potente voz sea
de muchos siglos oida,
que sus prodigios se estiendan
hasta el hogar no encendido
de las gentes venideras.
Mándanla escribir: se rinde
á impulsos de la obediencia
y al papel confia el fuego
de su inspiracion escelsa.
Aquel papel baja al mundo,
hace gemir á la prensa,
llega al retiro del sábio,
y el sábio admira su ciencia.
Pasa sin arder los muros
de la Inquisicion severa:
bajo la nave del templo
su ardiente elogio resuena,
y al pasar entre las manos
del artista y del poeta,
les inflama, les subyuga;
sus concepciones alienta
y sus obras vivifica
y á nuevos triunfos les lleva.
¿Qué vá en el papel escrito?
¿Qué mágia tienen sus letras?
Secretos del cielo guarda,

encantos del cielo muestra.
Son sus palabras mas dulces
que la labor de la abeja,
mucho mas enamoradas
que las sentidas endechas
con que la tórtola arrulla
al pié del sauce sus penas;
mas blandas que el cefirillo
que entre flores juguetea
besándolas con tal arte
que no las mueve siquiera.
Son mucho mas armoniosas
que el gorjear en la selva
jilgueros, y ruiseñores,
sombra gozando en la siesta.
Sus conceptos esplendentes
mas que el alba en primavera,
sus pensamientos mas altos
que el vuelo del ave reina.
De fuego son sus palabras
y los corazones queman.
Tanto su fé resplandece,
que la trasmite y sustenta,
cual se trasmite el incendio
en mies apretada y seca.
Del corazon los arcanos
tan bien conoce y enseña
que todos dicen: el mio
fué adivinado por ella;

bien los latidos conozco
que un dia me sorprendieran
manteniéndome á mí mismo
su aspiracion tan secreta,
que me arrastré por seguirla,
sin llegar á comprenderla.
Subyuga el entendimiento,
de las almas se apodera
y hasta su Dios las conduce
con irresistible fuerza.
Esto hace el papel escrito:
esta mágia hay en sus letras.

III

Teresa de Jesús muere,
pero no como en la tierra
el poderoso magnate,
cuyo recuerdo semeja
el tránsito de la sombra,
que un humo fugaz proyecta.
Su alma hermosa se desprende
del cuerpo que la encadena,
lo mismo que de la concha
un dia arrancan la perla,
para engastarla en el oro
de la corona de un César.
El mundo que la olvidara
dobla la rodilla ante ella;

porque el sucesor de Pedro
dice á la faz de la Iglesia,
que en la mansion de los justos
entre los santos se sienta,
y mil prodigios confirman
su declaracion por cierta.
Por sus obras los doctores
la reconocen maestra,
en su frente colocando
las insignias de la ciencia.
Alzala Italia una estátua,
Francia, Alemania, Inglaterra,
y en fin, las naciones todas
nos envidian esta perla
de la virtud castellana,
de las españolas letras.
Mas ¡ay! de la España antigua
tan débil recuerdo queda,
que aunque de honrada blasona
de ingrata y de injusta peca
porque á sus hijos olvida
y hasta su nombre desdeña,
si el pedestal de su gloria
guarda en el claustro una celda.

J. R.

LA CONQUISTA DE MALAGA

ROMANCE HISTÓRICO

(1487)

I.

Muchos van los capitanes,
muchos y los mas bizarros,
bien templada la armadura,
mejor los pechos templados.
Y no en esta parte ceden
ni en generoso entusiasmo
los que siguen sus banderas,
muy valerosos soldados.
Tiene su crecido número
en estas cifras descanso:
cuarenta mil los infantes,
doce mil los de á caballo.
Aunque aventaja á esta cuenta

otra que suspende el ánimo,
si por el valor se estiman
ya no es posible contarlos.
Forma una hueste famosa
el sitio mas avanzado;
la flor de la Andalucía
son sus guerreros, por bravos
á los demás aventajan;
su jefe á los mas preciados.
Marqués, le dicen, de Cádiz,
y el mas temido vasallo
de los Católicos Reyes,
la derrota en el amago
de su formidable lanza
cuentan siempre sus contrarios.
Una cruz que el aura besa
sobre el armiño del manto
recamada y roja luce
el gran Maestre de Santiago.
Quizá de los de su órden
sería el mas esforzado,
si no acreciera sus filas
el imberbe Garcilaso,
aunque por la faz bisoño
por el valor veterano.
Va del marqués de Villena
el descendiente preclaro;
su título inmortalizan
de las musas los encantos.

¿Y quién con tal gentileza
monta el corcel mas gallardo?
El de Aguilar que muy luego
le han de hacer mas señalado
las inmarcesibles glorias
del gran Capitan, su hermano.
Rige con fiera arrogancia
á los héroes castellanos
Iñigo Lopez Mendoza,
quien tiene un precio doblado;
á los mas en valentía
supera, á todos por sábio.
Y el conde de Benavente
y el de Cabra y otros varios
que parecieran por grandes
mucho para ser vasallos.
Ante un tan brillante ejército
suspéndese arrebatado
el génio de las batallas
y agota pródigo el mármol;
¡si el capitan es un héroe,
héroe tambien el soldado!
Y á todos guia al combate
el católico Fernando,
por su nobleza, un Alfonso;
por su constancia, un Pelayo,
que, si á cien baluartes osa
con su aliento sobrehumano,
de los cien se enseñorea

á la victoria cansando.
Y á Guadix, Ronda y cien pueblos
que se cubrian del bárbaro
turbante, á todos subyuga;
¡arma el Supremo su brazo!
Mas le resta un baluarte
para herir á su adversario
de muerte, y contra él se arroja.
¡Plaza á los héroes cristianos!

II

Espéjase la belleza
de la encantadora Málaga
en las apacibles olas
que se rizan á su planta.
En su tímido murmullo
sorprende atónita el alma,
el suspiro de una endecha,
ó el propagarse de un arpa,
en la pacífica noche
la débil nota llorada.
Porque al acercarse altivas,
pero en el reflujo lánguidas,
aunque la besen, muy pronto
no volverán á besarla.
Y espéjase en el concierto
que, con sus lenguas arpadas,
las vistosas avecillas

celebran en la enramada
y en la pureza del cielo
el mas alegre de España,
y en las primorosas flores,
con que se muestra engarzada,
y en el perfumado ambiente
y en sus dulcísimas auras.
Cíñese por estremarse
en atavíos de gala
con un collar opulento
de caudalosas montañas,
cuyos dóciles declives
recamados de esmeraldas,
á ningun fruto se niegan,
con toda flor se regalan.
Le hacen las naves atando
su costa á las mas lejanas,
el emporio del comercio
con Levante y con el Africa.
Su poder con dos castillos
todo poder pone á raya;
el colosal Gibralfaro
sobre un monte se levanta;
á toda energía asombran
sus torres, labor titánica.
Tal sobrepuja en medida
la mayor á la mas alta
que cierra audaz el camino
al raudo vuelo del águila.

Mensajeras de la muerte
son las flechas arrojadas,
pero la muerte les hurta
la fatigosa distancia;
tampoco le dan alcance
las imponentes lombardas;
libre, pues, se encuentra al daño
de las impelidas armas.
Los pertinaces arietes
son vanos á herir su fábrica,
y ante su altura flaquean
las atrevidas escalas.
Mas cíñese Gibralfaro
por un lienzo de murallas
á otro castillo mas hondo,
no mas fuerte, la Alcazaba;
y que está en su goce el triunfo
piensa el prudente monarca,
¿mas pondrá su fortaleza
límites á su pujanza?
No, que al pecho de valientes
y españoles mejor cuadran
en la resistencia el llano,
embistiendo la muralla.
Y al horizonte despierta
noventa veces el alba
enrojecida en los fuegos
del sitio su tibia grana.
Y en la lucha los cercados

si rinden una pulgada
de tierra, á los vencedores
para sus muertos les falta.
Que los mas grandes imperios
que en el mundo se agigantan
han alentado á la historia
en cunas ensangrentadas.
No cede un dia sin lucha,
los ánimos no desmayan,
y mientras ánimos quedan
el hierro al hierro no ablanda.
Porque es una lucha á muerte
de dos enemigas razas
cuyo ódio ruge en el pecho
en hirvientes cataratas.
Son dos gigantes que intentan
con indómita arrogancia,
fijar la planta en un suelo
donde no caben dos plantas;
y dan apoyo á dos mundos
sus atléticas espaldas.
El acero y la diadema
del uno la cruz rematan,
que es bien que á la cruz se rinda
lo que por la cruz se gana.
Su rival, un yugo al orbe
ominoso imponer trata;
¡vióse Europa del turbante
al peso bamboleada!

Que empequeñecen la tierra
del agareno las ansias
y la tumba de Pelayo
no sufre agarena marca;
y al reto los dos se arrojan
que es lucha muy empeñada
la del leon de Castilla
con la pantera africana.
Nunca fragor mas tremendo
al despeñarse resaltan,
una avalancha que cierra
al choque de otra avalancha.
.....
.....
.....

III

Un atronador aplauso
por los aires se dilata.
—¡La Reina! ¡Viva la Reina!
Llega Isabel ¡ay de Málaga!
El ángel de la victoria
adonde va le acompaña.
¡Animo! ¡Sus! Al combate
¡Sus! ¡Santiago! ¡Calatrava!
¡La Vírgen y Covadonga!
gritos de la fé cristi ana.
—¡Alá, Alá! ronco el rugido

llevan los ecos en alas
de la legion de Gomeles,
mercenarios que Hamet manda.
Y estrepitosas retumban
las cien mortíferas máquinas,
y en mil proyectiles rompen
de su centro las lombardas.
Responde la artillería
de los muros, y las balas
rasgando el espacio hienden
cotas y pechos taladran.
Rotos en pedazos ruedan
los cascos y las corazas,
á un ¡ay! responde el acento
colérico de venganza,
y por los rajados pechos
la corriente se desata
enrojecida, que rompe
al piélago tributaria.
Revienta en hondo la mina,
al muro el cimiento falta,
y el polvo que se desprende
ciega á los ciegos de saña.
Suena una voz dominante:
—A la brecha las escalas.
Y los guerreros se arrojan:
un paso cejan, cien ganan,
que aunque la muerte allí impere,
ésta no todo lo abarca.

—¡Animo, adelante!—Llegan,
las flechas enarboladas,
los dardos, los arcabuces
con enorme estrago, matan.
Gruesas moles de granito
que el impulso fuerte arranca
de cuajo, ruedan, arrollan,
rompen, derriban, aplastan.
Las pilas de los cadáveres
el foso profundo sacian:
mas no hay quien tenga el torrente
de las legiones cristianas,
que abre un guerrero el camino
al empuje de la audacia,
haciendo presa en el muro
con la vacilante escala.
Se oye un grito. Juan de Ortega
vacila, cae, se levanta
moribundo, en el adarve
los régios pendones clava.
—¡Victoria!—repetir quiere;
la muerte se le adelanta.
Se recrudece el combate
cuerpo á cuerpo en la muralla,
y se cruzan los aceros,
y cruge la cimitarra
en los petos, y en los cráneos
recrujen fulmíneas hachas.
Y una trinchera de hierro

opone á toda esperanza
Requesens, el gran marino,
con sus naves aferradas.
Cede al fin la fortaleza.
En la mezquita de Málaga
pesa la cruz, y se rinde
Gibralfaro á la constancia.
Y un himno entonan al cielo
los Católicos monarcas,
al romper la media luna
sobre las frentes bastardas
Y ven pasmados sus ojos
á la encantadora Málaga,
muy bella del agareno,
pero mucho mas cristiana.

N. M.

EL RASTRO

I

Vaya un poco de romance
entre duro y entre blando,
bien vestido á la española
con hidalguía de antaño.
Y en él estos pobladores
del desierto literario,
prosigan su pensamiento
tan provechoso como árduo.
Nada mas nos propusimos
á lo Quijote y lo Sancho,
que ora en burlas, ora en veras,
poner lo de arriba abajo.
Sin esperanzas de gloria,
sin comisiones de aplausos,
ni mas merced que la nuestra,
ni mas premio que dos cuartos,
y ocultos, como obras pias,
hemos ya romanceado

asuntos de bueno á bueno,
treinta y tres ó treinta y cuatro.
Poniendo ante las conciencias,
como espejo en que mirarnos
recuerdos á falta de obras
por ver si emulaban algo.
No hay en la historia resquicio,
ni oscuridad en los fastos,
donde esta social linterna
no haya dirigido un rayo.
A nuestro acento los héroes
sus sepulcros quebrantaron,
y volvieron las batallas
á resonar en los campos.
Volvieron aquellos dias
en que el amor, niño y casto,
fué vínculo de las almas,
fué un sentimiento y no un pacto.
En que esta tierra fué patria
de aquellos que cultivaron
con su sangre los laureles
de Covadonga y Lepanto.
De las cumbres de la historia,
tiempo es ya que descendamos,
pues no hay varones que sigan
nuestro ejemplo y nuestro paso.
Cese el vigor, cese el númen,
y sentémonos un rato
para limpiar la trompeta

y dar al pulmon descanso.
Si entre col y col lechuga,
nos dice un antiguo adagio,
yo, que encuentro por antiguas
hasta en las canas agrado,
voy á probar si ciñendo
á la máxima mi canto,
entre Granada y Cervantes
hago un sitio para el Rastro.
Volaré como sobre áscuas
sobre estas cosas de fango,
con una pluma que tengo
que para volar ya es algo.
La moral quedará intacta,
pues yo juro respetaros
hasta aquel sesto sentido
que teneis, sin sospecharlo.
Descubrimiento asombroso
con que ahora salen los sábios,
cuando de los cinco antiguos
no quedaba mas que el tacto.

II

Famosa córte de España,
reina que corona un charco
y das tu suelo en tributo
á hijos infieles y estraños.
En busca de tus grandezas

he perdido un tiempo largo;
ó eres mezquina y las guardas,
ó todas te las robaron.
La luz que dicen que tienes
es de rojos fogonazos,
y lo que se oye es mentira,
y lo que se ve es muy malo.
¡Oh: si aun Quevedo viviese
ó el latino del *Beatus*.....
que hallaban ruines los tiempos
de Augusto y Felipe Cuarto!
En vez de sátiras vanas,
yo quiero ver si han logrado
su intencion los que pretenden
no dejar de tí ni *rastro*.
Mas no, que el Madrid moderno
conserva en un lugar clásico,
aquella lengua de tierra
que le une con el de antaño.
Y allí abandonan sus restos
convertidos en harapos,
para pasar á la historia,
los sucesos y los años,
así como á la otra vida
pasa el espíritu humano,
por las sendas del sepulcro
sus despojos derramando.
Venid á ese cementerio,
á ese químico milagro,

mas trasformador de cosas
que el Dios que las ha creado.
¿Cual fué su orígen? se ignora;
la muerte debió fundarlo,
y aun sigue viviendo á espensas
de la vejez y el trabajo.
De antiguo creyóse infierno,
gruta de hombres sin decálogo,
agencia de obras torcidas,
y tierra de picos pardos.
Nadie por allí pasaba
sin el credo entre los lábios,
pues aun el credo corria
riesgo de ser desnudado.
Majas, chisperos, rufianes,
eran, por el tiempo en que hablo,
amen de alguna taberna,
la sociedad del cotarro.
Y los sabuesos de entónces
traidos por el olfato,
de allí dicen que sacaban
caza abundante al juzgado.
Unos sí y otros no, opinan
que por rastrero fué rastro,
estos son hondos problemas,
y..... ¿para que estan los sábios?
A él venid, á ver si encuentro
las banderas de Pelayo,
aquella que soberana

sobre el mar saludó Byron (1).
Y venced preocupaciones,
que hoy por hoy, seguros vamos,
pues ni aquello es ya lo que era,
ni ya es inmoral el ágio.
Es una plaza decente,
digna del tiempo en que estamos,
donde se dá por dinero
desde el pelo hasta el zapato.
Una estrecha encrucijada
no sé si abre ó cierra el paso;
en ella cuenta la historia
que falleció un escribano.
Tal la tradicion respetan,
que aun parece que el finado
segun las cosas que ocurren,
sigue viviendo en el barrio.
Colgadas están las casas
del portal al sotabanco;
no hay resquicio, ni agujero,
que no vomite un pingajo.
En medio de todos gritos,
de toda carga abrumado,
cada vendedor parece
una providencia andando.
Hay quien uno encima de otro,

---

(1) Léase Bairon

y no por presumir de alto,
piramidal de sombreros,
lleva todo un dos de Mayo.
Quien, desde la hoja de parra
hasta el frac reaccionario;
que hoja atras, hoja adelante,
igual va un hombre con ámbos.
Desde la hoja al frac, decia,
hay quien lleva columpiando
catorce siglos de modas
en geométricos retazos.
¡Oh, admiremos cuantas cosas
crió el Señor para darnos!
¿Donde habrá naturaleza
ni arte que produzca tanto?
Entrad por donde parece
que un orbe se está formando,
de las primeras materias
en el hervor embrionario.
Vengan acá los que dudan
que hay supérfluo en el mundo algo,
aunque se incluya lo inútil
y de lo inútil lo malo.
Y entre si es ó no es Barahona,
si es pradera ó es mosaico,
ó el valle del *Rexurrexite*,
henos aquí en pleno Rastro.
Agur señores, cada uno
tire por donde halle paso,

y á los que vivos salieren
al fin de la plaza aguardo.

III

Al Rastro, caballeros;
aquí hay de todo,
el mirar es barato.
—¡Lo has dicho pronto!
Sean testigos
pañuelos que se escapan
de los bolsillos.
Pimientos y tomates
venden en cestas
y con calzas moradas
gallos sin crestas ..
Vino de balde...
peñas dice debajo
son dos verdades.
Una mujer:
—¿Quién pasa
de este alboroto?
¿Quién entiende lo que hablan
tantos demonios?
¿Quién sufre un ciento
de pisadas, codazos ..
y otros escesos?
—Por dos reales tres pares
de calcetines.

—Serán viejos.—¡Señora,
usted qué dice!
—¡Ya se vá el tio
que de perder dinero
se ha arrepentido!
—Paso que mancha!
—¡Un carro
cargado de astas!
¡Horror! ¿Dónde habrán ido
por tales armas?
Responde un viudo:
—Todas se venden.
—¡Cielos,
como anda el mundo!
—Cerillas, jabon, peines.
—Trenzas de moda.
—¡Quién lleva una camisa
para la novia!
Véase la clase.
—¿De camisas ó novias?
—No, de silbantes.
—¡Vaya una hembra por parte
de mañanita!
—¿Cree usté que está arrimándose
á alguna esquina?
—Es que me empujan...
—Pues téngase derecho.
—Y á mí me gusta.
¡Ay del ciego que pasa

cantando coplas,
cuando en sus huecos párpados
lágrimas brotan!
O es un sarcasmo
ó el mundo se divierte
con sus hermanos.
—¡Un reloj por un duro!
—Diga, buen hombre,
¿qué es aquella basura
que está en montones?
—Eso es tabaco,
y mucho mejor clase
que el del estanco.
—¡El retrato de un santo
por dos pesetas!
—¡Ay!... ¡es él! ¡Pobrecito!
¡Quién lo dijera!
—¡*La Nacion*!!!
—¡Hombre!
¡Y esa tambien se vende!
—¿Si hay quien la compre?
—Hija, estos guantes huelen.
—¡Y usted lo mismo!
—Yo queria pequeños.
—Pues al Hospicio...
—¿Y hoy vienes sola?
—Y convido á aguardiente.
—¡Viva la compra!

IV

—¿Llaman á este sitio América
por vergüenza ó por sarcasmo?
Armas tiene enmohecidas,
tiene por dueños gitanos.
Ya lo habeis visto, señores,
os encuentro cabizbajos,
imágen del mundo es esta
y todo es mentira y tráfico.
Noy hay cosa sagrada, ahora
ruedan por súcios pantanos
prendas que ayer recogian
besos de vírgenes lábios.
Esto formaba una dicha,
aquello costó un desmayo,
esa era la mística hoja
de algun poema romántico.
Todo se quiebra y se amasa,
y entre desnudez y escándalo
la degradada miseria
aquí tiene su reinado.
Pero al volver á esa córte
que sonríe un cielo diáfano,
y á la luz de los diamantes
la del sol compite en vano,
de local, no de miserias
cambia sólo el desengaño:

allí cubiertas con oro,
aquí regadas con llanto.
¿Qué es Madrid si no un inmenso
bazar de géneros falsos?
Prendas viejas las virtudes,
desechos del mundo... ¡al Rastro!

J. C.

VILLAMEDIANA

(21 de Agosto de 1622.)

I.

En una estancia lujosa
donde el arte desplegó
para honrar á quien la ocupa
magnificencia y primor;
vése un apuesto mancebo
sentado en rico sillon.
Llámase D. Juan de Tassis
y de su padre heredó,
con un título de conde,
y un cargo de algun valor,
varios censos á pagar
y deudas en profusion.
Conde de Villamediana,
poeta, galan, decidor,
pronto venció las desgracias
y su caudal acreció.

Pero, menos favorable
que las cartas el amor,
vencióle y nunca sus penas
con favores mitigó.
Ingrato el niño Cupido
á la inquieta devocion
del conde, privóle siempre
del triunfo del vencedor.
Desdenes recibió Tassis
donde finezas sembró:
rindióle al amor la vida
y murió por el amor.
Correo fué de Palacio
y tanto y tanto corrió,
que le detuvo la muerte
por su elevada ambicion.
Osado como poeta
no temió la luz del sol:
Icaro quiso volar
y cual Icaro murió.
Que el conde Villamediana
poeta fué, díganlo hoy
sus obras; que fué atrevido
bien claro lo demostró.
Punzante, irónico, injusto,
procaz y difamador,
entre una honra y un aplauso
el aplauso prefirió.
Fueron ajenas flaquezas

fuente de su inspiracion;
y eran las flaquezas tantas
que cualquier murmurador
sin ser conde ni poeta,
viviendo cuando él vivió
tuviera tema abundante
para la murmuracion.
Su lengua fué su verdugo,
su muerte una expiacion,
su defensa... la bondad
infinita del Señor.
En el dia en que le vemos,
una extraña agitacion
domina al conde, y su pluma,
por lo regular veloz,
torpe en el papel resbala...
Sin duda no es su mision
herir honras, que en tal caso
corriera mucho mejor.
Escribe, y escribe versos,
que á veces alza la voz
y los conceptos repite
que ya en el papel grabó.
Dejemos que nos imponga
el papel revelador
en un secreto que encierra
pecado y reparacion.
«Francelisa, cuyos ojos
mi culpa y disculpa son,

dulcísimo laberinto
del que en ellos se perdió:
si no olvida quien bien ama
¿como puedo olvidar yo
desdenes que no escarmientan
porque es premio su rigor?
Vos, pues, de mis males causa
que con negros rayos sol,
haceis á las hebras de oro
afrentosa emulacion...
Permitid que á las cadenas
que tan puro amor formó,
no se les atreva el tiempo
ni la desesperacion.»
Aquí al llegar, un criado
varias cartas le entregó,
diferentes en tamaño,
símiles en la intencion.
Tomó la primera el conde
con alguna agitacion,
deshizo luego el plegado
y así en el papel leyó:
«Apiadado estoy de vos,
conde, aunque sin merecello,
que es vuestra lengua atropello
del mundo, del rey, de Dios.
Mas si á Dios no respetais,
no sé qué fin pretendeis,
porque en la vida que haceis

en peligro cierto andais.»
—Lo de siempre; me castiga,
dice, un poetastro ramplon,
remitiéndome amenazas
que no me inspiran temor.
¿Otro anónimo? Veamos
si merece mi atencion:
con una cruz se encabeza,
ya viendo al demonio estoy.
«Conde, no hay hombre que pueda
frontar la luz del sol:
ciego estais; abrid los ojos,
pedidle perdon á Dios,
que de la vida á la muerte
tan corta separacion
existe, que las confunde
la hoja de un puñal traidor.»
—Sin firma tambien. Mal año
para el cura que dictó
la amenaza, que á cogulla
huele y á misa mayor.
Veamos el papel postrero.
Y abriéndole, así leyó:
«No mireis á los demás
y mirad antes por vos,
que os amenazan parrillas
y os busca la Inquisicion.
Campanas de ajusticiados
lanzan al viento su voz:

condes condenados buscan
para la Plaza Mayor:
justo es que quemado muera
quien compite con el sol.»
Dobló las cartas el conde;
una sonrisa cruzó
sus labios; pero tan triste
cual hija de su dolor,
y en tanto que le preparan
el coche que ya encargó,
á caer volvió de nuevo
en honda meditacion.

II

Tan oscuro como el crímen
la noche tiende su manto:
Madrid, cansado de goces,
ya se dispone al descanso.
Solo algunos transeuntes
se encuentran de vez en cuando,
por las calles de la córte
del rey don Felipe Cuarto.
Las gradas de San Felipe
están desiertas, cerrados
sus comercios, que aunque otoño
no ha sucedido al verano,
y el calor es escesivo,
son muy pocos los que osados

buscan fresco entre las sombras
por evitar un fracaso.
Junto al quicio de una puerta,
y que es Agosto olvidando
segun oculta su rostro
con una capa de paño,
inquieto como el que espera
y algun objeto ocultando,
en la calle de Boteros
se encuentra un hombre parado.
Que es contagioso el ejemplo
(aun de abrigarse en verano)
pruébanlo sobradamente
otros dos encapotados
que la ya citada calle
recorren á grandes pasos,
cual si de espera estuviesen
y el que esperan fuese tardo.
Suena de lejos un coche;
páranse los embozados,
y despues de cerciorarse
de que se va aproximando,
se acercan al primer hombre
y con laconismo estraño:
—Ignacio, está prevenido.
—Bien lo estoy, responde Ignacio.—
Ya llega el coche; le ocupan
Tassis y D. Luis de Haro:
ambos silenciosos, tristes

y meditabundos ambos.
Preséntase de repente
un hombre y le habla al lacayo;
obedientes á la rienda,
las mulas paran el paso.
Se acerca á la portezuela
silencioso el embozado,
fija la vista en el conde,
y con sanguinaria mano
una ballestilla arroja
con brios tan desusados,
que Villamediana siente
clavarse al pecho su brazo.
—¡Traidor! esclama, y á tierra
en un instante bajando
quiere sacar el acero;
mas de sangre y vida falto,
dice: *Esto es hecho*; vacila
y en el humeante charco
de su propia sangre, inclínase,
su último aliento exhalando.
Tuvo la infernal escena
la rapidez del relámpago
y en vano vengar el crímen
pretendió D. Luis de Haro,
pues al bajar á la calle,
con el muerto tropezando,
por San Ginés vió que huian
veloces tres embozados.

Llevóse el cuerpo del conde
al portal de su palacio;
cercáronle en el momento
religiosos y escribanos,
y los pocos transeuntes
la triste escena mirando,
—Dios le perdone, decian,
que harto en su vida ha pecado.—
Supo Madrid aquel crímen;
corrió en lenguas el acaso;
se habló mucho en prosa y verso;
se hicieron mil comentarios;
pero algunos tan opuestos,
todos tan estraordinarios,
que á no haber muerto el poeta
dijérase sin empacho
que eran sin duda obra suya
muchos de sus epitafios.
Quien dijo que D. Juan Tassis
en un público diálogo,
mis amores son reales
afirmó con desenfado,
y que de ello noticioso
el monarca castellano
podrán serlo, dijo un dia;
pero yo los haré cuartos.
Y sobre base tan débil
ya señalaban la mano
del criminal, á Mateo

el ballestero acusando.
Otra voz á Ignacio Mendez
culpó del asesinato;
pero probarse no pudo
porque á muy poco del caso
Ignacio Mendez moria
por su esposa envenenado.
Un cronista mas curioso,
que aquel misterio estrañando,
quiso saber del poeta
por boca de sus criados,
supo que estos, cuatro meses
despues de morir su amo,
siguiéronle á la otra vida
por la Inquisicion quemados.
Quedan del crímen horrendo,
unos versos, que firmados
por Lope de Vega, Jáuregui,
Góngora, Quevedo y varios
escritores mas, corrieron
entonces de mano en mano,
pintando osados y libres
el orígen de aquel caso.
Unos á las nubes alzan
al poeta epigramático;
otros su arrojo censuran
de torpe y de temerario;
quién le aplaude, quién le injuria,
quién juzga proporcionado

á sus culpas el castigo
y á la venganza el agravio.
No copiemos tales versos,
no descifremos su arcano;
quédese á los eruditos
el afan de interpretarlos.
Tassis hirió maldiciente,
sembró enconos á su paso;
quien daños ajenos busca
motiva su propio daño:
la pena sigue á la culpa,
á toda deuda su pago
y el crímen recoge siempre
las semillas del agravio.

O. Y B.

EL SUPLICIO
DE
DON ÁLVARO DE LUNA

(1453).

I

Revuelta andaba Castilla,
roncos clamores de guerra
los espacios atronaban
sin dar al acero tregua.
Cizaña en campo sangriento
recogía por do quiera
don Juan, que siendo el segundo
fué el postrer en toda empresa;
alma templada en un yunque
de tan pobre resistencia,
que en el valor y constancia
no es de hierro, sí es de cera.
Solo mostrar logró al mundo
la virtud de la paciencia,

pues para mandar nacido
todos menos él gobiernan.
Todos, pues, todos se atreven
en la intrigante nobleza,
ganosos de poder y honra,
que es honra alcanzar hacienda,
á revolver contra el trono
su ambicion y sus banderas,
porque el rayo de la ira
no sabe esgrimir su diestra.
A él, de Aragon los infantes
sus primos, le mueven guerra,
y tras de caer matando
los perdona y recompensa;
contra él irguióse el infierno,
pues de su misma soberbia
aborto fué D. Enrique,
víbora de estirpe régia.
Poco cuerdo en sus mandatos,
vacilante en sus promesas,
mártir siempre de la duda
que su decision refrena;
oprimido bajo el férreo
yugo de planta estranjera,
lamentara el castellano
de su valor la impotencia,
si ante las gradas del trono,
de su esplendor puro emblema,
firme escudo de su honra,

baluarte de su existencia,
no hubiera surgido un héroe
que del cielo recibiera,
naciendo en bastarda cuna,
un corazon y una idea.
Con alientos de gigante
él acometió la empresa
de hacer reinar en Castilla
solo un rey, de ciento que eran.
Y si la fortuna próspera
en un principio, en adversa
se trocó cuando veia
su aspiracion satifecha,
cúlpese al rey que olvidando
el peso de sus cadenas
segó una vida, humillándola
á los piés de la nobleza.
Este es D. Alvar de Luna,
el primero en la pelea,
tan brioso en el torneo
como galan en las fiestas:
si es merecida su fama
de buen capitan, lo prueban,
mas que hazañas en Castilla
los laureles de Higueruela,
que tras de aquella victoria
renombre inmortal hubiera,
privando de timbre ilustre
á la mejor de las reinas,

si la envidia de los nobles,
que siempre en su mal conciertan
bastardos planes que él corta
con su espada ó su prudencia,
no tuviera prevenido
arrancarle la existencia
á traicion, esponiendo
honras y vidas ajenas.
Pero la envidia no puede
herir la altiva cabeza,
pues nació para arrastrarse
por el cieno de la tierra;
y es ya el de Luna la sombra
que la majestad refleja,
alma del alma del trono,
ser encarnado en su esencia.
Porque D. Juan, que conoce
su lealtad y grandeza,
ve en el Maestre un hermano
y hasta su altura lo eleva.
Mucho duró su privanza,
grande fué la recompensa;
pero la envidia no duerme
y la ingratitud le acecha.
Y en pecho ruin cayendo
chispa que pronto fué hoguera,
amistad, honra y valía
se llevó el viento en pavesas.
Búrgos vió si en ricos-homes

hubo justicia y clemencia,
y si en corazon de príncipes
virtud anidó ó miseria.
Allí hundióse el Condestable,
allí firmó su sentencia
aquel rey siervo de todos,
si por don Alvar no fuera;
y rendido, respetando
la voluntad que lo ordena,
á Valladolid va preso,
donde el verdugo le espera.

II

Ya ha llegado la mañana,
que todo en el mundo llega,
atropellando á la dicha
el torrente de las penas.
Lúgubre acento de muerte
do quier los espacios puebla,
eco que difunde el bronce
y eco en el dolor encuentra.
Raudal de llanto se vierte,
pues ¡cómo esperar clemencia
si al rey envidia y venganza
mano y voluntad sujetan!
Muchos al fondo del pecho
su pesadumbre relegan;
tras de sus rostros sombríos
hierve un volcan de soberbia.

Y en la inquieta muchedumbre
que en las calles se atropella
por dar un adios postrero
al alma que el cuerpo deja,
pocos hay que manifiesten
satisfaccion de la fiesta;
doquier sepulcral silencio,
llanto y congoja doquiera.
De pronto surcó un murmullo
aquel golfo de cabezas:
lamento de mil gargantas,
¡ay! lanzado entre cadenas.
Y un «ahí está» moribundo
oyóse, como si fuera
lo que alcanzaban los ojos
una pesadilla horrenda.
¡Cuán liviana y deleznable
es la terrenal grandeza!
ayer astro refulgente,
ni sombra suya hoy siquiera.
No rige su férrea mano
el fiero corcel de guerra,
alta mula le conduce
á la espiacion cruenta;
y animoso, resignado,
aunque en su frente serena
late un mundo de recuerdos
y una tempestad de penas,
como en cristal trasparente

brilla en calma su inocencia,
que el fantasma de Vivero
ni le oprime, ni le arredra.
Ni un ¡ay! sale de sus lábios,
ni un suspiro, ni una queja
contra el trono que él sostuvo
y le paga en muerte y mengua.
Nada espera del amigo,
nada del rey, que es de piedra
el corazon de la envidia,
y la envidia le aconseja.
Por eso marcha sereno,
que ante la muerte no tiembla
el que en cien rudos combates
pactó, al parecer, con ella;
y si hoy no puede humillarla
con el brio de su diestra,
porque el pensamiento solo
su lealtad se lo veda;
cual caballero cristiano
dirige, para vencerla
en mejor lid, oraciones
al Dios que castiga y premia.
El padre Espina que marcha
á su lado y que contempla
con admiracion doliente
tanta calma y fortaleza;
con acento acongojado
otros lugares le muestra

donde es verdad la justicia,
donde es la ventura eterna.
El le escucha; mas de pronto
sarcástica voz resuena,
puñal de acerado filo
que en su corazon penetra,
diciendo: «Esta es la justicia
que facer el rey ordena
de este usurpador tirano
de su poder y su hacienda.»
Y siempre que el pregon se oye;
como sangriento anatema,
«más merezco,» dice Luna
inclinando la cabeza.
Ya arriba al lugar siniestro
que há poco lo fué de fiestas,
donde cosechó laureles
por su valor y opulencia.
Allí muchedumbre hirviente
en rude tropel se estrecha;
pavor infunde en el alma
sombra que en medio se eleva;
y al ver impreso en los rostros
dolor mortal, se creyera
que es la agonía de un pueblo
lo que la sombra refleja.
¡Triste verdad! que la muerte
allí codiciosa espera,
entre el tajo y el verdugo,

insegura aun de su presa,
al hombre que en fiera lucha
abrióle al pueblo ancha senda
para llegar hasta el trono,
para sentarse á su diestra.
Brilla en el negro tablado
y entre amarillas candelas,
sobre un altar, puro símbolo
de las cristianas creencias;
y debajo de una escarpia
á grueso pilar sujeta,
se ve un ataud humilde,
que de limosna lo entierran.
De tan lúgubre aparato
el sangriento fin completan
un tajo, un hacha y un hombre,
que aguarda con impaciencia.
Por fin, abriendo ancho surco
lanzas mil que le rodean,
sube don Alvar de Luna
por la empinada escalera.
Toca su planta el tablado
y al crucifijo se acerca,
y humildemente se postra
y el pié lacerado besa.
Dirige despues en torno
una mirada postrera,
quiere hablar, y su hidalguía
hace enmudecer su lengua.

Mas ve á su paje Morales
que lloroso le contempla,
y quitándose un anillo
que fué de su orgullo prenda,
«Toma—le dice—mi amigo,
la dádiva postrimera,»
y á Barrasa, que es criado
del príncipe, y que le observa
con angustiado semblante,
con admiracion suprema,
«Dí á mi señor que no premie
así lo que el rey hoy premia.»
Luego se llegó al verdugo,
que ante tanta fortaleza
y majestad se estremece,
cual si el condenado fuera;
y al conocer el destino
del garfio que allí se muestra,
esclama: «Despues de muerto
nada son cuerpo y cabeza.»
Entonces el padre Espina
le dice al par que le enseña
el cielo: «Esa es tu patria,
nada esperes de la tierra.»
Pónese luego de hinojos
ante el tajo, el cuello entrega,
cruje el hacha, y los gemidos
del pueblo son sus exequias.

F. M.

BAILÉN

(19 de Julio de 1808).

I

Llegó el intruso á la córte
ciñéndose una corona,
hecha de hierros franceses
con que los grillos se forjan.
Se la dió el César su hermano
propietario de la Europa,
el que regala naciones
como herencia de su gloria.
Era hácia el 20 de Julio;
tuvo el sol tiempo de sobra
para evaporar de Mayo
la sangre amenazadora.
Al usurpador rodean
agiotistas que deshonran
la patria donde han nacido,
y el nombre con que se adornan.

¿Quién grabó sobre sus pechos
blasones y ejecutorias
por sus padres conquistadas
palmo á palmo en tierra mora?
Dos títulos castellanos...
(para vergüenza uno sobra)
al rey José custodiaban,
si los traidores custodian.
Y en verdad era imponente
la marcial y grave pompa,
con que una nacion entraba
al vasallaje de la otra.
Allí veíanse aquellos
á cuya presencia sola
se cambiaban los destinos,
se borraban las historias.
Allí los soldados-reyes
que dieron vuelta á las zonas,
entre postores y amigos
repartiéndoselas todas.
Tantos jéfes arrogantes,
tantos próceres de nota,
tanto semidios en suma,
contempla la España atónita,
que deslumbrada vacila
si entre una lluvia de joyas,
mas que cadena de esclava
traénla aderezo de esposa.
Y detrás los batallones

se mueven como las ondas,
que en los sembrados el viento
rumoroso tornasola.
Sus banderas avanzaban
como nubes tempestuosas
sobre el campo donde luego
han de servir para alfombra.
Madrid iba en oleadas,
pero en oleadas sordas,
muchedumbre que no llena
bosque de amarillas hojas.
Pues la fuerza es impotente,
para engendrar una sola
sonrisa en labios sinceros,
flor que del cariño brota.
¡Viva José Bonaparte!
gritan en estraño idioma
los genízaros... el pueblo
no sabe si es nombre ó solfa.
Pero algun héroe de Mayo
traduciéndoselo en prosa
¡viva Fernando! murmura,
¡viva! murmuran cien bocas.
Y aunque es el rumor furtivo,
tanto corre y se prolonga
que al entrar José en palacio
lo resonaban sus bóvedas.

II

Como lucha el buque sólido
batido por agua y vientos,
á quien la tormenta arranca
un pedazo en cada encuentro,
y el capitan embriagado
abandona á todo el riesgo
su gente que al mar combate,
ya bajando, ya subiendo;
y la destruccion repelen
con mas vigor cada esfuerzo,
ganando esperanza y costa,
muerte á muerte, dedo á dedo;
hasta que al fin vencedores
sobre el castillo deshecho,
para recibir la aurora
izan bandera en el puerto,
así fué la patria mia
su libertad conduciendo
á través de tantos golfos
que á tantas naves hundieron.
Mientras al rey por quien lucha
debe tan pobres recuerdos
que á no existir amor patrio
vilezas fueran sus hechos.
Pais donde el sol derrama
oro en su luz, donde el cielo

viste de igual gallardía
los jardines y los pechos.
Donde recuerdan las aves
cantos del edén primero,
y del color de la aurora
son el ambiente y los sueños.
Donde oscilan las estrellas
con voluptuosos reflejos
en las románticas noches,
palacio de los misterios.
Trueca, España, tu vestido
nupcial en arnés guerrero,
y levanta tu estandarte
como el sol sobre tus cerros.
Llegad á la régia gruta
los cautivos indefensos,
que los huesos de Pelayo
son las mazas de sus nietos.
Fernando abdica en su padre
y Godoy empeña el reino;
favoritos y señores
cambian la honra por el miedo.
Nuestros hombres graves ceden,
al incontrastable peso,
como se cede á la noche
que trae la paz con el sueño.
¡Patria mia y te llevaron
con tus ropajes mas bellos
al mejor de tus vergeles

prostituida á extranjeros!
¡Ay del hijo que no acuda
al rescate de tu lecho
y deje manchar la sangre
que le ha nutrido en su seno!
Mas contra ingratos y tímidos
surge la fé de los buenos:
la voluntad de agiotistas
no es el porvenir de un pueblo
Y hasta en su mismo palacio,
solo donde tenga puesto
su pié, tendrá por dominio
el monarca pasajero.
Que á Galicia desde Móstoles
la chispa del sagro fuego
corrió, como si de pólvora
hubiesen sembrado el suelo.
En Sevilla el conde Tylly
y el padre Gil, y el resuelto
Tap Nuñez, de ardiente frase
y de corazon inquieto,
á córtes ofrecen córtes,
contra ejércitos, ejércitos,
y á una España degradada
otra España y otro cetro.
Castaños llega á sus puertas,
acaudillando los restos
de las armas españolas,
y la fortuna con ellos.

Cádiz dá en señal de guerra
los cañonazos del puerto;
rinde una escuadra á su vista:
Francia dió el primer tropiezo.
Asturianos van á Lóndres
guerra y alianza pidiendo:
Lóndres compara en el mapa
su audacia con su terreno.
Y aquella nacion absorta
recuerda un rasgo profético
que oyó al borde de una tumba
como estravío de un génio:
Pitt lo presintió: «Id á España,
»que allí guarda el universo
»el hacha sola que puede
»cortar al buitre su vuelo.»

III

Hombres son, los halló el alba
en medio de sus esposas,
cantando entre el dulce vino
la hermosura de sus costas.
La tarde trajo los ecos
del clarin que los convoca,
y formados en batalla
los vió partir de sus chozas.
Castaños con sus reclutas
á una decision heróica

el Guadalquivir costea
buscando las fuertes hordas.
No hubo mas grito que un ¡muera!
contestado por la bronca
esplosion de cien cañones,
y el ¡ay! de las filas rotas.
Contra Dupont va Castaños,
y sobre Andújar le acosa,
miéntras otras divisiones
el rio en su paso cortan.
En el ímpetu brioso
pueblo y montes desaloja;
Gobert arde por ganarlos,
dá su vida y nada logra.
Cae Menjibar tras Andújar,
se forcea y se zozobra;
Dupont y Vedel replegan
á la ciudad que está próxima.
Y allí, Bailén por testigo,
ruge la batalla en toda
su delirante porfía,
y embriaguez devastadora.
Si una vez los elementos
combatiesen con tal cólera,
la creacion saltaria
fundida en nubes de pólvora.
Las batallas, semejantes
son á la rugiente tromba;
la confusion y el estruendo

envuelven lo que devoran.
Desesperado ya el brío,
despues de terribles horas,
en que los ódios en vano
su carnicería agotan,
los mermados regimientos
Dupont en batalla forma,
levanta el sable y la espalda
de sus trompetas azota.
Y bajas las bayonetas,
todo aquel mar se desborda
al toque de carga... ¡Al mundo
no castigue Dios con otra!
¿Y fué posible que el hombre
sostuviera en pié la bóveda
desplomada en su cabeza?
¡Lo fué! A la segunda tornan
por corage, por orgullo;
los caballos francos tocan
nuestros cañones... sus lanzas,
de carne obstruyen las bocas.
Y otra vez... ¡firmes! y entonces
los nuestros cargan y arrollan
y enseñan que los cañones
con los brazos se desmontan.
El centro francés deshecho,
Cruz con los suizos destroza
la izquierda: Vedel no llega,
y el paisanaje se agolpa.

Y el dia va declinando:
sed, fuego y cansancio ahogan:
Dupont en su rojo sable
bandera blanca enarbola.
¡Oh! aquel orgulloso ejército
vió su primera derrota
y arrojó al suelo sus armas
divorciadas de la gloria.

IV

Fué esta derrota la hoguera
que reunió en torno á su fuego
las naciones sonrojadas
de su indigno cautiverio.
A la hermana salvadora
todos la mano tendieron,
mientras ella devoraba
la flor de todo un imperio.
Y aquí apuraron el cáliz
de la humillacion aquellos
que hechos á rendir millones
los azotaba un labriego.
¿De imponerse aquí por guerra
qué enemigo os dió el consejo?
¿no sabeis que duró la última
año tras de año ochocientos?
Vos que trajísteis á España
la orfandad, el hambre, el duelo,

y las horribles pasiones
de una barbarie sin freno,
si eran así los laureles
de Austerlitz, Jena y Marengo,
¿qué estrañais que á vuestra infamia
Dios este abismo haya abierto?

J. C.

JUSTICIA
DEL REY DON PEDRO

ROMANCE HISTÓRICO-TRADICIONAL

(1357.)

I

Arcediano de San Gil
Don Jofre Diaz de Astorga,
Señor de las quince calles
que el barrio de San Gil for-
usando las preeminencias [man,
de usurpada ejecutoria,
sobre todos sus vecinos
ejerce autoridad propia.
Con los villanos, derecho
de baja justicia goza;
de los mas nobles, tributos
por vía de censos cobra.
Es señor de horca y cuchillo,
tienen sus armas corona,

y *Rey de San Gil* le llaman
las gentes de baja estofa.
Dicen que es traidor al rey,
que es su vida licenciosa,
que es impostor; y que á un crímen
debe su grandeza toda;
pero reprimen sus ódios
hácia tan alta persona,
y el miedo, ante su grandeza,
trueca el insulto en lisonja.
¿Qué hace el rey Don Pedro, en tanto,
que tan vil desman no corta?
¿Teme al noble, ó usa solo
con los débiles su cólera?
Nada sabe: que las quejas
son muchas, mas siempre sordas,
y añade el de San Gil, timbres
á su miserable historia.

II

En el fondo de la calle
del Comendador, grandiosa
se alza una feudal vivienda
con los blasones de Astorga.
De la suntuosa casa
muy cerca, se encuentra otra
pobre y ruin, formando ángulo
con una calleja angosta.

Hay sobre la puerta un Cristo
tallado en la piedra tosca,
por eso del *Ecce-Homo*
su nombre la casa toma.
. . . . . .
Es de noche. Un embozado,
recatándose en la sombra,
avanza rápidamente
hácia el palacio de Astorga.
Ruido estraño, segun anda,
síguele en marcha monótona,
ruido seco y sostenido
cual de dos huesos que chocan.
Destácase un blanco bulto
de la callejuela angosta,
y llegando hasta el incógnito
dice una voz temblorosa:
—¡Para enterrar á mi padre...
buen hidalgo, una limosna!
y los sollozos la embargan,
y las lágrimas la ahogan.
—¿Y no entierran á tu padre
porque es pobre? Tales cosas,
ni suceden en Sevilla
ni las creerá quien las oiga.
—No hay religion, no hay justicia,
aquí, ni misericordia!!
—¡Si el rey todo lo supiera
justicia habria y de sobra!

¿Cuánto há que murió tu padre?
—¡Seis dias!!
—Seis dias?
—Sola
apenas murió, corrí
sollozando á la parroquia:
mi padre ha muerto, esclamé,
sepultadle.
—Y qué?
—Por toda
contestacion dijo el amo.....
¡que le pagase una dobla!
Soy pobre, dije, señor:
por la bendita memoria
de Dios, y de vuestra madre,
enterradle de limosna!
Antes paga, repetia.....
paga siempre!
—Y tú?
—Ya loca
me arrojé á sus pies llorando
y me arrastré por las losas.
Temblad ¡Dios está en el cielo!
le dije al fin, que su cólera
no os alcance!.... Con espanto
salí de vergüenza atónita.....
Y una horrible carcajada
que lanzó su impura boca,
pareció infernal seguirme

á lo largo de las bóvedas.
—Sigue.....
—Una noche á mi puerta
llegó con sonrisa hipócrita.....
¡por sepultar á mi padre
vino á pedirme la honra!
—Dónde está tu padre?
—Aquí.....
Soy huérfana, pobre y sola.....
¡Me han arrojado de casa!
—¿Quién es su dueño?
—El de todas.....
El rey del barrio.
—¿Rey? mientes
tú y cuantos decirlo osan:
en Sevilla no hay mas rey
que D. Pedro, ¿lo oyes, moza?
Silbó y al instante un bulto
de un callejón desemboca.
—Quien vá.
—*Justicia* y *Castilla*,
dijo muy cerca la sombra.
Rompe esa puerta, le dice,
y del Cristo esa luz toma.....
Es para alumbrar á un muerto,
no temas, que no se enoja.
Cedió la puerta al empuje,
franquearon su entrada lóbrega,
cerróse..... y quedó la calle

solitaria y silenciosa.

. . . . . .

Suenan á poco, angustiosos
los ayes de una congoja.....
frases de consuelo..... el ruido
de un cuerpo que se desploma.
Reinó otra vez el silencio;
alúmbrase entre las sombras
por bajo la puerta el suelo
con ráfagas luminosas,
y en su dintél el incógnito
llevando la luz, asoma
y dice al otro que saca
en sus brazos á la moza:
—Cuida de ella: y en San Gil
disponle suntuosas honras
á Zapata, cual Sevilla
jamás haya visto otras.
Vista terciopelo y oro
la iglesia de suelo á bóvedas;
á su puerta, de ocho piés
que abran al punto una fosa.
Calcula que *un rey* ha muerto
y no escasees la pompa,
pues pienso que estas exequias
han de pasar á la historia.

. . . . . .

Luce á poco el alba: á muerto
todas las campanas tocan.....

cunde el asombro en Sevilla.....
Ay ¡Dios sabe por quién doblan!

III

Sevilla entera se agrupa
á las puertas del gran templo
donde por Sancho Zapata
hacen funerales régios.
Suenan solemnes los cánticos
profundos que entonan dentro,
las campanas de San Gil
doblan sin cesar á muerto.
Un sordo rumor alzóse,
que de una calle al estremo
viéronse llegar con priesa
cercados de ballesteros
un rey de armas, secretario,
un escribano, y tras ellos
maese Pero de Chiclana,
verdugo del rey D. Pedro.
Mas á los pocos instantes
trocóse en asombro el miedo
cuando paró ante la iglesia
aquel estraño cortejo.
¿Para qué vendrá el verdugo
á presenciar un entierro?
Cortáronse los murmullos,
se abrió la puerta del templo,

y en dos filas continuadas,
entre el rumor de los rezos,
al pié de la sepultura
fueron llegando los clérigos.
Detrás marcha el arzobispo
llevando al lado derecho
al arcediano, que viste
sus sagrados ornamentos.
Alta la cruz, la manguilla
y el estandarte van luego:
todo avanza..... de los cirios
entre èl resplandor siniestro.
En hombros, con triste pausa,
llevan el suntuoso féretro,
de tela de oro forrado,
cuatro hidalgos escuderos.
Cerrando la comitiva
con manto, corona y cetro
va el rey, seguido de nobles,
infantes y caballeros.
. . . . . .
La caja posan en tierra,
ciñenla cordones negros,
y lentamente en la fosa
va pausada descendiendo.....
Toca rechinando el fondo,
suenan los últimos rezos,
el arzobispo bendice
por última vez el hueco.

Y al irlo á cubrir, sombrio
dice el rey:—Aun no, me temo
que falta algo—sus ojos
en el rey de armas poniendo.
Saca éste un pergamino,
desarróllalo en silencio.....
percíbese la anhelante
respiracion de los pechos.
Palidece el arcediano,
ansioso se agita el pueblo.....
y se oye de real sentencia
el rutinario comienzo.

. . . . . .

Ya llega al final: «*Nosotros*
dar una prueba queriendo
de justicia..... y enfrenar
tan horribles desafueros,
Mandamos que por los crímenes
de impostura, sacrilegio
y vil traicion, Pero Sanchez,
(que es su nombre verdadero)
enterrado vivo sea
juntamente con el muerto
á quien por pobre ha negado
sepultura, sin derecho.»
Callaron todos, y solo
de aquella ansiedad en medio
resonó del arcediano
el desesperado acento:

—¡Señor ¡he sido un infame!
¡que el hacha corte mi cuello!
¡Maténme vuestros soldados
y me vereis estar quedo!
¡Pero no me enterreis vivo!—
Y á las plantas de D. Pedro
se arrastraba con angustia
su vesta talar asiendo.
—Arcediano de San Gil,
dijo con terrible acento;
asesinaste á tu hermano
para subir á su puesto;
profanaste los altares
sin ordenarte de clérigo,
y á las preces de la Iglesia
pusiste mísero precio.
¡Impostor! ¡has mancillado
cuanto hay de mas santo y bueno.....
por honrarse con tu alma
está impaciente el infierno!
Las sagradas vestiduras
arráncale, sin respeto,
tembloroso el arzobispo
ayudado por su clero.
Apodérase el verdugo
al instante de su cuerpo
y en la fosa le derriba
á pesar de sus esfuerzos.
Ya no pudo el arcediano

articular ni un acento,
convulsa, helada su lengua
la dejó el terror y el miedo.
Saltó á la fosa el verdugo,
púsole un pié sobre el pecho,
con el azadon la tierra
empezó á arrojar al hueco.
Una maldicion impía
quedó ahogada bajo el peso
de la tierra que agitaron
terribles sacudimientos.
Vaciló á tan brusco empuje
verdugo..... irguióse luego
y en los bordes de la fòsa
apoyo buscó su cuerpo.
La espesa capa de tierra
revolvióse unos momentos,
palpitantes asomaron
por ella crispados miembros.
Y á medida que el verdugo
iba mas tierra añadiendo,
menos marcado..... mas leve
se hacia aquel movimiento.
Al fin cesó, y los presentes
llenos de pavor intenso
en monton de tierra negra
vieron convertido el hueco.
. . . . . .
El rey montó en su caballo,

abrióse el cordon estrecho
de ballesteros y lanzas;
desfiló aterrado el clero;
los nobles se dispersaron... .
siguió tras ellos el pueblo.....
todos para sí decian:
¿Es cruel ó justiciero?

J. C. Y S.

ALVAREZ DE CASTRO

ROMANCE HISTÓRICO

(1809 á 1810)

I

Quién rige, potente el brazo,
las águilas del imperio?
¿Quién pone en fragor la tierra
con tan pavoroso estruendo?
¿Quién sobrepuja en las armas
á los mas famosos genios
desde el romper de la historia?
¿Es el huracán su aliento?
¿Tiene la fuerza del rayo
en el vibrar de su acero?
¿Qué le impele? ¿Acaso intenta
en su vanidad soberbio
anticipar el destino
señalado al universo?

¿O en su ambicion desatada
por los delirios de un sueño
se arroja á enclavar el mundo
de su diadema en el cerco?
Sintió arrogante el coloso
centellear su cerebro,
y vió al fulgor de su idea
dilatarse el firmamento.
—«¡Guerra! clamó enardecido
arrastrando á sus guerreros;
mis plantas en qué apoyarse
requieren dos hemisferios.
No habrá nacion que no rinda
dócil el erguido cuello;
y medirán los humanos
á mi albedrío su fuero;
y les daré por atarles
á mi diestra en nudo férreo,
monarcas de mi linaje
y nobles de mis pecheros.»
Y del simoun en alas
vuela al africano suelo:
qué mucho, pues, que el triunfo
vincule á su audaz esfuerzo,
si en la sollamada arena
probó fulmíneo el acero.
A las ateridas zonas
vuela despreciando riesgos:
¡lleva la muerte á su empresa

sometida como dueño!
Y los baluartes rompe,
y arrolla pueblos y pueblos,
y de su poder juguete
las razas hace y los cetros.
Nada resiste al empuje
de su acometer frenético:
señálanse su carrera
con un profundo sangriento,
¡la hendidura de su planta
en el sepulcro de un reino!

. . . . . .

. . . . . .

. . . . . .

¡Ah! la magnífica patria
de la nobleza y del genio,
la que jamás sufrió el yugo
de usurpador ó estranjero,
y el panteon de la gloria
con la suya hizo pequeño;
la que sin par en valía
vino á declinar, haciendo
las giras de sus banderas
banderas de cien imperios,
¿no correrás generosa
al clamor del universo,
que cifra en tí la esperanza
de encadenar al soberbio?
¿No miras que ya el coloso

se atreve á rasgar tu seno;
él, que se brindó tu amigo
para dominarte pérfido?
Alzate, ardiente matrona,
entónese el himno bélico:
¡Guerra! las corrientes todas
ríndanse al mar repitiendo.
¡Guerra! murmure irritada
la caudalosa del Ebro;
y dilatándose ¡guerra!
en las ráfagas del viento,
imperativa retumbe
del hogar bajo los techos;
y los animosos siempre
y leales, dejando férvidos
por la espada el curvo arado,
la oliva por el trofeo,
truequen del francés altivo
en túmulo vil el suelo.

II

Pagados de su arrojo los valientes
de Jena, de Austerlitz y de Marengo,
sobre la fiel Gerona se arrojaron
ganosos de botin y de trofeos.
Y al contemplar, fiados en su fuerza,
el muro endeble del humilde pueblo

¿resistirán, decian, al empuje
del valor indomable? Mas el eco,
desatándose en lenguas vibradoras
llena con un pregon el universo:
«¡Ah del tirano! á su sangrienta gloria
una tumba dará el hispano esfuerzo,
y esos breves collados que profana
cerrarán de sus águilas el vuelo.
Hoy que la pátria en su defensa inveca
el honor, patrimonio de los buenos,
como tales salgamos á la lucha
á vengar los ultrajes con el hierro.
De mil hazañas la memoria viva
fuerzanos á seguir un alto ejemplo;
¿nos harán menos grandes esas huestes
que á Sagunto y Numancia otras hi-
[cieron?
Huya quien mas valore la existencia
uncida la cerviz al cautiverio
que con la frente libre y engarzada
en laureles, alzarse al mausoleo.
No son de tolerar en españoles
torpes querellas que arrebata el miedo:
¡en la cuna del Cid y de Pelayo
los que lo quieren solo son pequeños!
A cañonazos, que el honor lo exige,
los mensages de paz rechazaremos,
y morirá quien á decir se atreva
de capitulacion ó rendimiento.»

Así Alvarez de Castro el gran patricio
digno responde al adversario reto,
y sus palabras vuelan á incrustarse
de la fama en los mármoles eternos.
Acaso de Guzman los sacros manes
Alvarez contempló romper el vuelo
y en la esfera inmortal del heroismo
grabar su nombre con buril de fuego.
¿Qué semejarse puede á la bravura
que logró despertar hasta en los menos
esforzados, aunque él ya de la vida
la fatigosa cumbre iba subiendo?
Mas no la nieve cubre la cimera
del monte y un volcan cierra en el seno?
Y el sacerdote y la doncella pura
aun mas que de la aurora el rayo tré-
[mulo
antes de matizar el árdua cima,
y el que se encorve de la edad al peso,
hasta la tierna y candorosa infancia
como el brotar, tan tímida de un pétalo,
á la defensa todos se lanzaron
heridos de patriótico ardimiento.
Y todos de los lauros inmortales
las sublimadas sienes se ciñeron:
por mucho que esforzarse un pueblo
logre
nunca superará tanto denuedo.
Y el caudillo francés que entre dos soles

de la ciudad juzgara hacerse dueño,
sin parar que no trueca en formidable
al pecho el muro sino al muro el pecho,
vió tres partes de un año ya apuradas
sin romper aquel círcu'o de hierro.
Y vió en escombros la batida plaza
y en triturado polvo de los vientos
á merced los hogares, y ninguno
teníanse de pié los parapetos.
Y vió por los valientes defensores,
agostada la flor de sus ejércitos;
sobre cada monton de sus cadáveres
de gerundenses cuenta solo un muerto.
¿Qué fué de la embestida tan terrible?
¿El valor y la fuerza qué se hicieron?
ante un puñado de valientes roto,
sin brillo el estandarte del imperio.
Que si llega á ondear sobre Gerona
no fué de timbres, de ignominia lleno.
¡Salve! el famoso de feliz renombre,
de los heróicos grande! Salve! oh, pueblo:
La noble, y rica con tu gloria, España
erígete sarcófagos soberbios
y esculpe en ellos su epitafio el mundo:
«El hambre le rindió, nunca el acero.»

III

¡Alvarez el gran patricio!
si hasta el alcázar supremo

donde los mártires moran
llega el entonar del plectro,
y la magnánima frente
te es dado inclinar al suelo,
atiende como resuena
tu nombre de estremo á estremo
y cual de entusiasmo ricos
á tu glorioso recuerdo
palpitan los corazones
con santo estremecimiento.
¡Mártires que lanza al mundo
con mano próbida el cielo!
¿cómo os negarán los hombres
ferviente un culto y eterno
si llegais á ser la egida
en la causa de los buenos?
Descubrid los de grandeza
y de fé, sagrados tiempos,
á los que en deliquio miran
su lábaro decayendo,
descubrid libre á los ojos
el no apurado secreto.
¿Qué mucho que un alma ardiente,
falta de luz y de aliento,
quiera beber á raudales
en un corazon de fuego?
Y solícito se encumbra
en éxtasi el pensamiento
á contemplar del pasado

reanimarse el esqueleto.
Y á descubrir se le alcanza,
roto el embozado velo,
los palpitantes colores
de un cuadro..... ¡cuadro siniestro!
Desmaya al dolor la lira
y anuda en tan triste estremo
al arrebato de un himno
un melancólico treno.
Cierra el fuerte de Figueras
en un recóndito estrecho
al defensor memorable
de Gerona en cautiverio.
¿Pudo jamás el destino
estremarse en el tormento
que palpitando á la vida
en el cóncavo de un féretro?
Moribundo sufre Alvarez
en el granítico lecho,
cíñenle sus miembros todos
con ligaduras de hierro.
Por grande le daba el mundo
en Gerona resistiendo;
¿cuanto mas no le apreciara
verle animoso y sereno
acercarse al infinito
con la cruz del sufrimiento?
Que ya el déspota sañudo
por vengar su roto imperio

en hecatombe le muestra
de sus rencores sangrientos.
Dice en mengua de la fama
el sacrílego decreto,
y con alevosa mano
hiere el infame instrumento.
Empaña la muerte impía
con el enturbiado aliento,
el rostro limpio y augusto
del venerable indefenso.
Murmura apenas cortados
algunos tíbios acentos,
pátria..... libre..... se sucede
un funerario silencio.....
¡Se han roto las ligaduras
que atan á un alma y á un cuerpo!
Y resuena en el recinto
dos veces un golpe seco
¡dos veces que la cabeza
hirió sobre el pavimento!
¡La del héroe, y la del mártir
dos coronas..... fama..... cielo.....
pocos hallaran mortales
mas del dolor, ni mas premio.
¡Como á los ojos gustaran
en su funerario lecho
los desgarrados girones
del imperial paramento!
¡Quién sabe si en la escondida

huesa, los humanos restos
han venido á reclinarse
en las reliquias de un cetro!
¡Alvarez, alma divina
templada en el pátrio fuego!
pues las legítimas glorias
se agigantan con el tiempo,
siempre durará tu nombre,
que son laureles eternos
laureles que vivifica
la santidad del derecho.

N. M.

UNA AVENTURA
DE OLMEDO

ROMANCE HISTÓRICO

(1620 á 1630.)

I

Entre aplausos y requiebros
gozando está en Talavera
Luisa Robles la fortuna
de ser hermosa y discreta.
Fueros de primera dama
en los corrales sustenta,
y bien puede en los estrados
pasar por dama primera,
que es mas honrada que quieren
los muchos que la requiebran.
Cobrador es su marido,
y aun añaden malas lenguas
que el afan de la cobranza
le cuarteó de manera,
que no pondria reparo

en cobrarse de cabeza
una entrada mas confusa
que la entrada de una escuela.
Muchos le tienen por malo
cuanto á la Robles por buena
y dicen que de advertido
nunca regaña con ella.
Ve que la siguen galanes:
ve que la mandan esquelas,
y ve por fin cuanto pasa
puesto que cobra á la puerta,
mas no hay miedo que se enoje
pues la estima por Lucrecia,
y tiene en poco á los celos
porque de gorra se asientan.
Entre enamorados pajes,
el del conde de Oropesa
por la dama anda perdido,
tan saturado en comedias,
que en la casa donde sirve
parece paje de pega,
y solo en el corral tiene
todo el gusto de sus fiestas.
De linajudos abuelos
corre la sangre en sus venas,
y por honrarla se ajusta
la ropilla y la conciencia.
Con aliento de soldado
tiene ínfulas de poeta,

y un corazon tan fogoso
que hace humos á la cabeza.
Desde que á Luisa conoce
hace de amor penitencia,
y en lugar de aloja y vino
bebe los vientos por ella.
Mas gasta el amor en balde,
que aunque la dama le atienda,
y le mire con regalo,
y le hable sin aspereza,
guarda la honra de modo
que á ser la Cava tan cuerda
no dejara junto al Tajo
una memoria tan negra.
El pobre Alonso de Olmedo
se pierde en esta tormenta
que aunque ciego, asoma un ojo
por debajo de la venda,
y ve que su Luisa guarda
tierno corazon de cera
dentro del muro de un pecho
que la honra en diamante trueca.
Llega el dia, ó mas bien dicho,
la noche en que á Talavera
la compañía abandona
por ir mas allá una legua.
En el meson donde habitan
mueven animada gresca
las damas, en sus jamugas

para el camino dispuestas,
los galanes á pié firme,
los barbas en la carreta,
entre chismes y tramoyas
de su solar claro emblema,
y el autor pagando en voces
al huésped picos de cuentas
porque tomarle no quiere
sobre Melilla unas letras.
Uno gruñe: el otro amaga:
dá gritos la mesonera:
corre el mozo á buscar trunca
que dirima la contienda,
y cerrara de seguro
un mal temporal de piedra
si el paje Alonso de Olmedo
no apareciese en la puerta.
—Ténganse al rey—dice á todos,
mostrándole en la moneda,
y obtienen las armas reales
una victoria completa.
Entónces al autor busca,
su ajuste con él concierta
de galan, pues acredita
que sabe serlo de veras,
y sale la comitiva
con mucho aplauso y gran fiesta
de los que van sin chichones
y los que pagados quedan.

II

Entre triunfos y percances
caminan de pueblo en pueblo
galanes, damas, apuntes
y otras partes de por medio.
Mucha fama logra Alonso,
porque pinta con tal fuego
sus amores á la dama,
que parecen verdaderos,
y aun hay graciosos que dicen
á los que quieren saberlo,
que jamás galan se ha visto
que trabaje con mas celo;
que en los caminos la sirve
diciéndole en prosa y verso
mas flores que Mayo pinta
en las faldas de los cerros;
que en todos los malos pasos
sale á quitarla el tropiezo,
aunque con tan poca suerte
que á veces suele ponerlo;
que anda estudiándola el gusto,
tan hostil con su dinero,
que ahorrar no puede una blanca
aunque vive como un negro,
y en fin, que si algun cuitado

llega á hablarla sin respeto,
ya tiene de cardenales
seguro acompañamiento.
Bien la dama se le inclina,
pues tal vez sin conocerlo,
con sus lisonjas se emboba
y se aflige con sus celos.
Cuando imagina un peligro
le pide ayuda y consejo
y cuando rie se rie
solamente para Olmedo.
El cobrador, su marido,
hace alarde de discreto
guardando amistad estrecha
con el pródigo mancebo,
y si alguno le pregunta
la razon de su sosiego,
con tal arte le contesta
que al fin le impone silencio.
Dice que mujer querida
honra á su marido, haciendo
notar que tuvo buen gusto
y dicha segura en serlo;
que como los dos son uno,
querer á cualquiera de ellos
es aficion admisible,
porque hace en los dos efecto:
que si á la mujer regalan
goza el cónyuge el obsequio

de ahorrar un gasto seguro
ó de aumentar un provecho;
y si la sirven, y sufren,
y defienden sus derechos,
el marido es quien escusa
servicios y sufrimientos;
que todo está en ser honrada
la mujer, pues si por medio
hacen entre dos el gasto
él goza su gusto entero.
De pasar á Vélez-Málaga
toman un dia el acuerdo
y estiman prudente que uno
haga el ajuste primero.
Para lograrlo es preciso
que lleve poderes plenos,
y que por mar adelante
gastos, molestías y tiempo.
El cobrador, que imagina
sin duda lucrar el riesgo,
y ve ocasion en el trato
de poder dársele bueno,
con la comision se queda
y se embarca sin recelo,
fiado en que en su cabeza
no puede caber mareo.
Mas el diablo, resentido
de que burlase su empeño
y no mirara á la costa

donde eran los moros ciertos,
hizo que en una fragata
vinieran á sorprenderlo
y á su tierra lo llevasen,
que fué llevarle al infierno,
pues bajo la media luna
es puntiagudo el tormento.

III

Han pasado algunos años;
Alonso y Luisa en Granada
son representando, amantes,
mujer y marido en casa.
Del cobrador indagaron
la suerte, y no habiendo trazas
de acudir á su rescate
por no haber dejado blanca,
esperaron su regreso
haciendo su ausencia honrada,
pagándose con halagos
de posibles esperanzas.
Compañeros del cautivo
trageron nuevas muy claras
de que pagó en los infiernos
la letra de sus cobranzas.
Hubo duelo, despues boda,
luna de miel acabada,
que lo que se ansía mucho

antes logrado se gasta,
y al cabo de los tres años
piensan solo en hacer casa
reponiendo bolsa y vida
para la edad de las canas.
Hablando están de su hacienda
en una apartada estancia
cuando un fuerte aldabonazo
suspende á los dos el habla.
—¿Quién es?—Un pobre cautivo—
les contesta una voz ágria,
y el uno al otro se miran
y el uno al otro se espantan.
Hasta el zaguan bajan juntos:
Olmedo lleva la espada,
abren, y lanzando un grito
quedan como dos estátuas.
Es el marido de Luisa,
el mismo en cuerpo y en alma
tan vivo y tan verdadero
como no hay otro en Granada
Hoja corta de Albacete
lleva en las manos crispadas
y la sangrienta pupila
fija en la Robles su llama.
Mas Olmedo se repone,
cubre á Luisa puesto en guardia
y así al cautivo le dice
con voz firme y sosegada:

—No busqueis la parte débil
porque mi pecho la guarda
y podeis en el camino
hallaros una estocada.
Vuestra mujer no he tomado
que ella os honró las espaldas
y solo en lutos de viuda
favor logré de palabra.
Bendiciones de la iglesia
nuestros lazos aquilatan
y la dí de esposa nombre
sin que tuviera el de dama.
Ved si en paz vais á admitirla
puesto que os la vuelvo honrada
con la mitad de la hacienda
que para vivir os basta.
De otra manera yo juro
sobre la cruz de mi espada
hacer su viudez tan cierta
que no volvais á negarla.—
Mohino le oye el cautivo,
que es en verdad cosa amarga
tomar mujer que otro tuvo
sin ser viuda ni liviana,
y hacerse atras no es posible
que por sus pecados se halla
colocado en grave aprieto
entre la Luisa y la espada.
La pobre mujer sin culpa

gime, llorando más agua
que por valles y praderas
arrastran Duero y Jarama.
Con dos maridos se encuentra
en ocasion tan aciaga,
que el mejor se la despide
y el peor la juzga mala.
Solo Alonso satisfecho
feliz solucion aguarda
del lance, llevando pruebas
tan gustosas como estrañas.
En fin el primer marido
piensa las cosas con calma
y encuentra venirle ancho
el cobro de las ganancias.
Inclinando la cabeza
con voz ténue y apagada
otorga el recibimiento
de la mujer que lo abraza,
y Olmedo á caballo sale
por las puertas de Granada
viudo y soltero, pensando
en lo que deja á la espalda.

J. R.

EL SOPLO DE LA MUERTE

ROMANCE HISTÓRICO-TRADICIONAL

(1539.)

I

Camino va de Granada
lucido y grave cortejo,
que maravilla á los campos,
y preocupa á los pueblos.
Y no es que España se asombre
de su grandeza, que há tiempo
que ve pasar por sus calles
muchas que parecen sueños.
De Cristóbal Colon vive
en su memoria muy fresco
el triunfo con que á palacio
llevó un mundo por trofeo.
Aun vé la gallarda sombra
de aquel Francisco, el primero
de Francia, que entró en Castilla
como el último del reino.

Nada sus ojos deslumbra,
que á nadie lo propio es nuevo,
y diz que el sol no se pone
nunca en los estados nuestros.
Si tiene Italia señores,
de Cárlos V son siervos,
si es grande Alemania, él lleva
la diadema del imperio,
y porque Africa no escuse
rendir á sus glorias feudo,
de sus ardientes arenas
guarda laureles eternos;
los que estas hazañas logran,
los ojos que vieran esto
nunca rinden vasallaje
de la grandeza á los fueros.
Si camino de Granada
les preocupa un cortejo,
no es por la fúnebre pompa
con que conducen un féretro,
es porque en el van las dichas
del César, es que en su seno
la virtud lleva á la tumba
lágrimas de todo el reino.
La emperatriz ya no existe:
guarda el ataud sus restos;
del alma el cielo dispuso,
Granada espera su cuerpo.
De su custodia encargado

va el mas gentil caballero
de Castilla, á quien el César
mas estima como bueno.
Marqués de Lombay le llaman
por razon de su derecho,
y tal vez por recordarle
las hazañas de sus deudos;
porque tiene enmohecido
de sus armas el acero
y su corcel nunca rije
en las lides y torneos.
En vano en sus galas buscan
emblemas de un galanteo,
que el amor viste colores
y su color es el negro.
Que á la virtud rinde culto
afirman los más discretos:
algunos hay que sospechan
oculta grave misterio,
y no falta quien afirma
que dá resplandor siniestro
de cierta pasion menguada
el bien combatido fuego.
Sus ojos ardientes lloran
alguna vez en secreto,
palidecen sus megillas,
y se consume su cuerpo.
Dicen que del sólio emana
el móvil de su tormento,]

que solo hablara á la Reina
la vista inclinando al suelo,
hábito equívoco que unos
tradujeran por respeto,
y otros por cuerda cautela
de quien tiene al mirar miedo;
mas nadie al Marqués acusa
de desleal caballero,
si es verdad que sufre y calla,
calla y sufre como bueno.
Don Cárlos, que leer sabe
de los hombres en el pecho,
con su amistad honra al jóven
sin doblez ni fingimiento;
ó lo de su amor es fábula,
ó su noble triunfo es cierto:
virtud que combate y triunfa
honra es delante del cielo.
Hé aquí el interés que ofrece
aquel fúnebre cortejo
que camina hácia Granada
acercando en lazo estrecho
por órden de Cárlos V,
del corazon un misterio,
con una cruz y un cadáver,
bajo un sudario de hielo.

II

Noche oscura y tormentosa
se anuncia en el firmamento:
solo el huracan ataja
la furia del aguacero.
Ninguna cercana aldea
brinda un albergue; á lo lejos
solo muestra el horizonte
un torreon sobre un cerro.
A él llega la comitiva
presa de cansancio y sueño,
y halla harto mal acomodo
porque es su recinto estrecho.
Desmantelado y ruinoso
está el castillo; su dueño
allí aposentó un criado
para cuidar de un leñero.
En la más decente estancia
bajo artesonado techo
que una lámpara ilumina
con vacilantes reflejos,
el ataud se coloca
por el Marqués con respeto.
Manda que descansen todos,
él solo á velar dispuesto,
y aparentando obediencia
van desfilando contentos.

Detrás del último gira
la puerta; sus goznes viejos
lanzan áspero chirrido
que repiten muchos ecos
en las bóvedas vecinas
y van lejanos muriendo.
Solo de Francisco late
el corazon allí dentro;
su rostro ocultan las manos,
toca su rodilla el suelo.
¿Reza, ó llora? ¿Qué le oprime?
¿Es rudo dolor ó miedo?
No es temor. No se da cuenta
del ruido estridente y seco
con que las ventanas gimen
azotadas por el viento.
De la lámpara no escucha
el leve chisporroteo,
ni ve su luz que agoniza
ahogada en círculo estrecho,
ni cómo las sombras crecen
llenas de horror y silencio.
Y sin embargo le agita
nervioso sacudimiento,
é insistente, febril, loco
se encoje y dilata el pecho.
Ruda batalla sostiene
con un tenáz pensamiento,
al nacer fútil antojo,

al crecer torrente fiero.
Ver el cadáver quisiera,
mas védaselo el respeto...
¿Y á quién? ¡Si no ven sus ojos!
¡Su corazon esta yerto!
Su majestad ya no existe
porque se pierde en muriendo!...
Mas Dios la guarda, el sudario
de la eternidad es sello,
levantarle equivaldria
á profanar sus misterios.
¡Jamas!... Loca fantasía
da á los escrúpulos cuerpo:
ver, solo ver, no es delito,
acaso sea remedio,
que enseñanzas de la muerte
hacen eterno el provecho.....
Mas ¿y la fé prometida?
¿Es de leal caballero
hacer lo que á otros impide
la custodia en que le han puesto?...
Y la soledad convida,
la falta amengua el secreto....
No, no está solo. A Dios oye
en su conciencia, en el trueno,
que hace temblar al castillo
sobre sus flacos cimientos.
Un sonido imperceptible
que ahogado nace en el féretro

corta el curso de sus dudas,
su indecision resolviendo.
A informarse del oido
acude, pálido y trémulo....
¡No es ilusion! ¡Se renueva
del ataud en el seno!
¡Allí hay vida; no hay sonidos
en donde no hay movimiento!
Abre en fin..... y retrocede
con semblante descompuesto.
Aquella brillante antorcha
que ornato fué del imperio,
aquella majestad digna
de Cárlos, aquel portento,
es hediondo cadáver
que á la piedad pide un velo.
Vidriados no están los ojos
porque ojos no hay en sus huecos;
rotas tiene las arterias,
todo es ruina y desconcierto.
¿A qué seguir si la muerte
puso en afearla esmero?
Ni aun describir sus horrores
puede el humano concepto.

III

Como las olas se apagan
en las arenas del puerto,

como en el espacio agota
bravura y fuerzas el viento,
así del Marqués se aquietan
los vehementes pensamientos,
calma que siembra la muerte
y brota firme en el pecho.
¿Qué es la hermosura? Una gasa
que engalana un esqueleto
y en mil pedazos se rompe
al primer soplo del cierzo.
¿De qué la grandeza sirve
si es impotente un imperio
para impedir un instante
que se desmorone un cuerpo?
¿Qué es la vida? Leve pompa
de jabon que en su reflejo
púrpura y oro parece
y que se extingue en naciendo.
¿Así es todo lo creado?
¿No hay nada firme y eterno?
¿Ha de ser todo tinieblas
en este triste destierro?
La luz cárdena de un rayo
iluminó el aposento
diciendo al pasar: observa,
yo soy luz, nací en el cielo.
Majestuoso estampido
los valles va recorriendo,
voz sublime que recuerda

que es infinito un acento,
y tras muy breves instantes
la ténue luz de un lucero
dice: yo soy la esperanza
gozosa de un dia nuevo.
La aurora vierte sus perlas
en las faldas de los cerros...
¡El dia!...¡El sol!...¡Otra vida!
¡Y todo viene del cielo!

.....

Al penetrar en la estancia
unos cuantos caballeros,
ante el Marqués sorprendidos
quedan en mudo silencio.
Que pasó un siglo parece
sobre sus ojos de fuego.
Como las marchitas plantas
estan lácios sus cabellos;
de cera y mármol las tintas
tiene su rostro sereno;
pero su voz vibra pura,
late tranquilo su pecho,
reza... sobre la materia
levanta el alma su vuelo:
la podredumbre del mundo
es el crisol de los buenos.

.....

Ya el ataud en Granada
descansa en marmóreo lecho.

Cárlos paga con sus brazos
del Marqués los sufrimientos.
Toma su mano, y no tiembla;
sus ojos estudia atento,
y dícele: la paz tienes
contigo. Dime qué has hecho
para encontrar lo que busco
inutilmente en el suelo.—
Oid, Señor, de la muerte
sentí en el alma el aliento;
puso en mi sus frios lábios
y en Dios mi ventura tengo.
Pensativo queda el César,
y al cabo de corto tiempo
entre sí murmura: «En Yuste
volveré á pensar en esto.»

J. R.

EL
PRÍNCIPE D. CÁRLOS

ROMANCE HISTÓRICO

(1568)

I

A grandes pasos midiendo
la estancia régia y severa
pálido el rostro, la frente
que no agobió la diadema,
por hondo pliegue surcada,
y en la mirada siniestra
de la entornada pupila
revelando con fiereza
todo un mundo de rencores,
el rey Felipe se encuentra.
Negra ropilla de paño
cubre la persona excelsa
del gran monarca: de negro
colgada la estancia régia
está tambien; negro el cielo
presagiando la tormenta;

negra del rey la conciencia;
negros son los pensamientos
que agitan su mente inquieta.
Tras el mármol de su frente,
que adivinar nunca deja
de su pensamiento oculto
ni la emocion mas pequeña,
de mil afectos distintos
se traba ruda contienda;
y allá en el fondo del alma
ruje la borrasca fiera
cuyas olas espumosas
rompen la cárcel estrecha
del corazon, invadiendo
la inteligencia serena....
y cabeza y corazon,
cual dos gigantes atletas,
se retuercen, gimen, luchan
con rudo afan, se golpean,
y el padre y el rey en tanto
con una calma siniestra,
sin que nada á los estraños
diga el semblante de cera,
á este combate invisible
que sus horas envenena
asiste mudo y sombrío
como una estátua de piedra.
Del cariño paternal
la afeccion sublime y tierna,

el dulce amor de la esposa
que es angelical y bella,
altas razones de Estado,
deberes de una fé ciega
que hácia el católico culto
el rey don Felipe muestra...
ódio, temores, y celos,
todo en confusion revuelta
dentro de su sér se agita
¡y aquel coloso no tiembla!

II

¿Qué se murmura en Palacio?
¿Qué estrañas historias cuentan?
Dicen que el Principe Cárlos
con una intencion perversa,
con los rebeldes de Flandes
que audaces alzan bandera
contra el Papa y contra el rey
se liga en union secreta.
Y dicen tambien, muy bajo,
moviendo apenas la lengua
con el terror en el rostro
y con la mirada inquieta,
que es Isabel de Valois
por demás cándida y bella,
que al príncipe prometida
para que su esposa fuera

un tiempo estuvo, que Cárlos
sintió del amor la flecha
clavarse en mitad del alma
por la hechicera princesa,
y añaden que el rey lo sabe,
pues la córte lo sospecha,
y una víctima señalan
á la justicia severa
del rey Felipe Segundo
que no perdona una ofensa....
¿Será verdad, ó calumnia
lo que en palacio se cuenta?

III

Oyese á poco en la estancia
sordo rumor, y en la puerta
la ropa talar vistiendo
un clérigo se presenta.
—Adelante, cardenal,
dice el rey, y su eminencia
el cardenal Espinosa,
que es lumbrera de la iglesia
é inquisidor general,
dando de respeto muestras
avanza grave hasta el rey
que humilde su mano besa.
—¿Don Cárlos?....
—Señor, muy mal:

en su rebelde conciencia
ni hallaron eco mis frases
ni tiene entrada la enmienda. —
—Es decir?.....
—Todo es inútil.
¡Rogad á Dios por su alteza!
Vuestro médico Olivares,
que es un portento de ciencia,
desconfia y vé la muerte
ya del enfermo muy cerca!
Calló el cardenal. El rey
la frente inclinó á la tierra,
y con pavoroso acento
y la voz queda, muy queda,
al cardenal Espinosa
fué hablando de esta manera.
—¿Es decir que quedo absuelto;
que el tribunal de conciencia
que vos habeis presidido,
al condenar á su alteza,
absuelve al padre y al rey
que su castigo tolera?
¡Solo el servicio de Dios
y el de mis reinos, pudiera
hacerme padre insensible
y rey justiciero! En prueba
de mi dolor, yo perdono
los crímenes de su alteza
y lloro sus desventuras

al llegar su hora postrera!
¡Sangre del Gran Cárlos Quinto
tiene el príncipe en sus venas,
sangre, que es tambien la mia,
y que en esta horrible prueba
dejo sangrar sin espanto
por la pátria y por la iglesia!
Dios me absolverá en el cielo
cual vos lo haceis en la tierra,
nada temo, estoy tranquilo,
como lo está mi conciencia!
Apenas estas palabras
el rey pronuncia, en la puerta
con el rostro descompuesto
Olivares se presenta.
—¿Qué ha sucedido—afanoso
el rey pregunta.
—Su alteza,
contesta el doctor temblando,
vá á morir, y antes desea
ver á su padre!
—Pues vamos,
dice el rey con entereza,
y el cardenal y el doctor
obedientes á una seña
van siguiendo del monarca
entrambos á dos las huellas.—
.....
.. ..

¡Que está absuelto dice el rey!
y es que insensato no cuenta
que el tribunal de la historia
para juzgarle le espera!
.....

IV

En una estancia sombría,
en un lúgubre aposento
por negra sombra invadido,
sin aire, sin luz, sin fuego,
el príncipe Carlos gime
agonizando en su lecho.
La muerte pálida y triste
señala ya con su dedo
aquella frente preñada
de ambiciones y recuerdos.....
gira la pupila ansiosa
rodando en los ojos ciegos,
y un estertor pavoroso
se escapa rompiendo el pecho....
¡Todo está en calma profunda!
¡Nada interrumpe el silencio
de la transicion sublime
del ser al no ser! Gimiendo
pero ahogando los sollozos,
está con valor supremo
don Rodrigo de Mendoza,

el cumplido caballero,
el servidor mas leal
que le queda al pobre enfermo.
Perdido entre la penumbra,
y en un ángulo desierto,
del salon, el ojo fijo,
y el oido muy atento
se divisa un bulto, inmóvil,
callado, grave, y austero.
Es el de Évoli, magnate
que espera el postrer momento,
para dar aviso al rey
de la *conclusion de aquello.*
De pronto, como vision
evocada del averno,
en el marco de la puerta
se destaca un bulto negro,
mas negro que la penumbra
que domina el aposento.....
avanza con paso tardo
y en cauteloso silencio,
¡es el rey! ¡mármol parece
su rostro triste y severo!
Sin pronunciar una frase
se acerca impávido al lecho,
y al ver la muerte pintada
con su fatídico sello
en la frente de su hijo,
súbito se aparta... el miedo

se retrata en su semblante ...
¡Tal vez el remordimiento!
Va á salir.... y al tiempo mismo
se escucha el acento trémulo
del moribundo, una frase
resbala en sus lábios secos,
y —¡padre!—dice en su angustia
y ¡padre! repite el eco.
Dobla el rey la altiva frente,
estiende el brazo con miedo....
y el moribundo se agarra
á su diestra con anhelo.
Se acercan los cortesanos
y el rey con adusto ceño
de su lado les aparta
imponiéndoles silencio.
—Soy inocente—murmura
el príncipe en tanto.—Muero,
porque habeis pensado.....
—¡Calla!
dice Felipe, temiendo
que el eco de aquellas frases
puedan vender un secreto....
—Vuestro perdon necesito,
soy cristiano.... y caballero...
si de ambicioso.... he pecado.....
¡me arrepiento.... me arrepiento!—
Calló el Príncipe rendido
por aquel postrer esfuerzo,

un gemido prolongado
lanzó en su postrer aliento,
¡y se convirtió en la nada
como de la nada hecho!
.....
Inclinó el rey la rodilla,
quitóse en calma el sombrero,
y con voz lenta y serena,
y con reposado acento,
comenzó el rey don Felipe
una oracion por el muerto.
.....
Tenáz, inflexible y duro,
el misterioso proceso
de don Cárlos, llevó el rey
á tan desgraciado término.
La historia imparcial señala
un verdugo con el dedo....
sombras impalpables velan
el fatídico suceso....
¿Mató por razon de estado?
¡Quizá! —¿Le mató por celos?
¡Ninguno precisa el móvil
del drama, pero es lo cierto
que el drama fué! ¡Quién se atreve
á penetrar los misterios
de aquella conciencia negra,
de aquel corazon de hielo!

E. N. y G.

¿CONTRA DIOS Ó CONTRA EL REY?

ROMANCE HISTÓRICO

(1577)

I

Al pié de la altiva sierra
cuyas cumbres azuladas
el horizonte limitan
de la capital de España,
entre jarales y bosques
ricos en arbustos y aguas,
una fábrica jigante
sienta la atrevida planta;
y aunque no está concluida
es tan hermosa y bizarra
que, honra de un siglo y de un pueblo,
será de Europa envidiada.
Al rey Felipe Segundo,
á quien menguando su fama
hace tres siglos que estudia
sin comprenderle su pátria,

se debe aquel monumento
que al viäjero anonada
como de Ilion el recuerdo
como las ruinas del Asia.
Aquellos soberbios muros
con elocuencia entrelazan
de San Quintin y Lepanto
las increibles hazañas,
tumba de reales cenizas
las glorías del héroe hermanan
con el buril y el escoplo,
con la paleta y la escuadra.
Todo es piedra, todo es bronce
como el pecho del monarca
para gobernar el mundo
que vió rodar á sus plantas.
Una obra es una victoria
rudamente conquistada
al arcano de la ciencia,
á la materia, ó al alma,
por eso cuanto es más grande
más viva lucha reclama,
y obras hay que al hombre exigen
por cada paso una hazaña.
Tal es la del monasterio:
con obstáculos batalla,
que afrontarlos pueden sólo
prodigios de la constancia.
Voy á narrar el más leve;

sus proporciones fantásticas
muestran que en aquel recinto
parece un mundo una nada.
Con insistencia se dice
que cuando la noche avanza
se oye el pavoroso estruendo
de unas cadenas que arrastran.
A veces terrible ahullido
la sangre en las venas pára,
lamento semeja á veces
como ¡ay! de un dolor que acaba.
El hecho afirman los monges
y no conciben su causa,
testigos son los obreros
y cuantos la noche pasan
en el cláustro, ó de la sierra
en la pintoresca falda.
Más de un soldado atrevido
tomólo á cuento y patraña
por la tarde, y santiguóse
contándolo á la mañana.
En Madrid los descontentos
dicen que el cielo rechaza
altar que con privaciones
de los pueblos se levanta;
que bien dicen las cadenas
cuánto oprimen á la pátria,
y que el ahullido es del pueblo
que agobian las alcabalas.

Así se van formulando
murmuraciones livianas,
llevando en su seno el gérmen
de una insolente amenaza,
leve rumor que se estiende
y por doquier se propaga
como una niebla impalpable
que al reino envuelve en sus gasas.
El rey medita estas cosas
afectando despreciarlas
que es pensador por carácter
frio y severo por maña.
En las versiones medita
con que los suyos recatan
si no un proyecto, una idea
cuya concepcion le agravia.
Contra Dios ó contra el rey
juzga que siembran cizaña,
y ántes que brote pretende
estar dispuesto á arrancarla.
Si es contra Dios son herejes
que el fuego tan solo acalla,
si es contra el rey son traidores
y piden soga ó mordaza.

II

La noche envuelve en sus sombras
la sierra del Guadarrama

de las estrellas velando
la luz vacilante y pálida.
La mole del monasterio
negros contornos destaca
y entre ellos una luz ténue
ilumina una ventana.
Es la luz del santuario,
es el emblema del alma,
que ante su Dios encendida
sus resplandores irradia.
Todo en el cerro es silencio,
todo es en el valle calma,
solo en el templo resuenan
ecos de amor y alabanza.
Los monges están en coro:
en él las grandezas cantan
del Dios que cuenta los astros
y por su nombre los llama.
¡Cuánta paz! ¡Cuánta ventura
en los semblantes retrata
dulce soledad que llenan
las oraciones sagradas!
Si de fray Julian de Tricio
causan respeto las canas
y el báculo en cuyo estremo
rugosa mano descansa,
fray Julian de San Jerónimo
no menos la atencion llama,
que escrita se ve en su frente

ciencia divina y humana.
Con estas nobles figuras
la de otro monge contrasta,
Villacastin, el obrero,
bien ostenta en su mirada
la actividad incansable
con que su génio batalla
con obstáculos que á Herrera
mas de una vez acobardan.
De pronto un ruido estridente
turba del cláustro la calma,
ruido es como de cadenas
que un sér invisible arrastra.
Un temblor imperceptible
anuda aquellas gargantas
y en los cánticos sagrados
imprime huella marcada,
y de un eco indefinible
modulaciones extrañas
á veces fingen lamentos,
á veces gritos de rabia,
ecos de un sér que agoniza,
ecos de un sér que amenaza,
que en algo humanos parecen
sin tener de humanos nada.
Muy poco á poco los monjes
la voz en el coro bajan,
hasta que muere en sus labios
el eco de sus plegarias,

y al cabo de breve instante
se ve en las figuras pálidas
el cabello todo enhiesto,
todas las manos crispadas.
Villacastin y otro monge
son los únicos que callan
escuchando sin pavura
del ruido la expresion varia.
Con paso firme y seguro
Villacastin se adelanta
hasta el prior y así dice,
con voz que el miedo no empaña:
—Padre, si es Dios con nosotros,
contra Dios no pueden nada,
ni los planes de los hombres
ni del averno las trazas.
Si de un lamento es el eco,
y acusa pena en un alma,
la caridad nos ordena
acudir á remediarla.
En fin, si me da licencia
saldré á ver esa nonada,
que no es digno de nosotros
sufrirla sin verla en casa.
Sano volveré á decirle
quién es y de qué se trata;
si no volviere... una herida
no es obra de una fantasma.
Contra Dios ó contra el rey

se encaminará la farsa,
y yo moriré contento
por mi Dios ó por mi patria.
—No irá solo, que yo tengo
la misma intencion honrada,
dice el otro monje, y juntos
los dos la licencia aguardan.
Para hablar no tiene fuerzas
el prior, mas los abraza,
los bendice, y con la mano
el camino les señala.

III

Los bultos no se aperciben
de los dos monjes que marchan
por el jardin ocultando
el ruido de sus pisadas.
Solos hallaron los cláustros
y las obras solitarias,
ni un sér viviente se esconde
del jardin entre las ramas;
pero el eco pavoroso
sigue insistente á sus plantas,
parece que de las bóvedas
nace en las frias entrañas.
Bajando sus escalones
van á tiento y con tal pausa
que ni áun percibirse puede

su respiracion ahogada.
Prudencia inútil, los ecos
acreditan viva alarma
y más cerca se repiten,
y más la cadena arrastra.
En medio de las tinieblas
ven el fulgor de dos ascuas,
y un bulto negro... los monjes
prorumpen en carcajadas.
¡Era de un perro el ladrido
de tanto terror la causa!
¡De su collar la cadena
los ecos férreos formaba!
Súbenle al jardin á punto
de clarear la mañana,
y por el collar descubren
que es del marqués de las Navas.
—¿Qué haremos? el uno dice.
Es prenda de noble casa
y tratarle con regalo
será prudencia estimada.
—Antes pienso, le replica
Villacastin, hallar traza
de ahogar las murmuraciones
que ocasiona esta garganta.
—Harános el marqués ruido.
—Con este esotro se apaga,
y la verdad se acredita,
que á Dios y al rey eso basta.

Dentro de breves instantes
el sol que los cláustros baña,
el enigma pavoroso
públicamente declara.
Pendiente de un antepecho
está la negra fantasma,
ántes motivo de espanto,
ahora de risa y de lástima.
.....
.....
Al saber el desenlace
el caviloso monarca
mirando á los descontentos
dijo con solemne pausa:
—Villacastin es un sábio,
pues á merced de su audacia
de sola una cuerda penden
un perro y una enseñanza.
Contra las grandes empresas
siempre se riñen batallas,
y á veces el fundamento
estriba en que un perro ladra.
Bien muerto está, y me parece
que será cosa acertada
que se guarde aquella cuerda
por si volviere á hacer falta.

J. H. G.

LA MUERTE
DE ESCOBEDO

ROMANCE HISTÓRICO

(1578)

A la córte don Juan de Austria
hizo venir á Escobedo
auxilios para la guerra
á su hermano y rey pidiendo.
Crece el temor en España
de que más pudieron serlo
para realizar sus planes
de próximo encumbramiento.
Murmúrase que don Juan,
para entretener el tiempo,
enamora á una princesa
dando á un favorito celos,
y que han jurado su muerte
unos labios hechiceros
que dicen que el secretario
no guarda bien los secretos.

Ha dias que envenenarle
en un banquete quisieron,
y desde entónces le acosan
horribles presentimientos.
Aislado del mundo vive;
para evitar todo riesgo
solamente le acompañan
sus armas y sus recelos.

I

En sombras está la villa;
el oscuro firmamento
la tempestad y la noche
visten con ropajes negros.
Solitaria está la calle
en donde mora Escobedo:
reina en torno de su casa
el más tranquilo silencio.
Una imágen de la Vírgen
alumbran tibios reflejos
de un farol, en el recodo
que hace la calle á un extremo,
y un círculo luminoso
de límites muy estrechos,
forma en la tapia vecina
que cerca un inculto huerto.
....
Alguien el callejon cruza

pues se oyen pasos muy quedos
hácia la esquina avanzando
con sigilo y con misterio.
En el muro iluminado
reflejáronse un momento
dos negros bultos informes
cual oscilantes espectros.
Uno en hombros de otro sube;
con vista y oido atentos,
asegúrase en el muro
con una mano; y abriendo
el farol agonizante
domínalo con esfuerzo:
se oye un débil soplo, queda
todo en sombras, suena luego
el crugido de una llave
y ábrese un postigo estrecho.
—Es don Juan,—dice en voz baja
uno de los encubiertos,
y ambos se ocultan al punto
de ancho porton en los huecos.
En el abierto postigo
apareció un caballero,
que por todas partes mira
vil asechanza temiendo.
Impaciente y temeroso
cierra el postigo y, atento
á todo rumor, deslízase
junto á la tapia del huerto.

Párase á veces y escucha...
y en el profundo silencio
un leve rumor traduce
por un peligroso encuentro.
La calle de la Almudena
gana con paso ligero,
en la esquina un hombre estaba
amante cita fingiendo.
Llegó á la de los Autores:
tocó en un porton secreto
con el puño de su espada,
brilló un relámpago en esto;
y atrás volviendo la vista
vislumbró de trecho en trecho
gente inmóvil... parecian
estátuas de mármol negro.
Se abrió la mezquina puerta;
franqueó su dintel estrecho;
el ruido que hizo al cerrarse
se ahogó en el rumor de un trueno;
y cual infernal aviso
tras de sus últimos ecos
un silbido penetrante
llevó en sus alas el viento.
Entónces aquellas sombras
moviéronse al mismo tiempo
y frente al porton se juntan
por donde se entró Escobedo.
—¿Nadie falta? ¿estamos todos?

dijo una voz con imperio.
—Todos,—los enmascarados
sordamente respondieron.
—¿Le habeis conocido?
—Sí.
—Parece que tiene miedo.
—Pues si se muere del susto
habrá que trabajar ménos.
—Asuntos en que andan tuertas
tienen que salir derechos.
Todos tras estas palabras,
esquivando el aguacero,
en opuestas direcciones,
por la calle se esparcieron.
A intervalos, un relámpago
los alumbraba un momento,
cual si la traicion y el crímen
se complaciesen en verlos.

II.

Doña Ana Mendoza se halla
en su estancia más secreta,
donde los amores finge
y las traiciones concierta.
Sus inmóviles facciones
son de una hermosura enérgica,
jamás se cubrió la infamia
con tan preciosa careta.

Sentado junto á doña Ana,
fijos sus ojos en tierra,
el privado Antonio Perez
muy abstraido se encuentra.
.....
—Sombrío andais.
—¡Ah! señora,
cruzan ideas siniestras
por mi mente, y está el rostro
del color de mis ideas.
—¿La licencia de Escobedo
firmó el rey?
—Sí: mucha fuerza
tuve que hacer, pero al cabo
aquí teneis su licencia.
Mañana saldrá de España...
—Mañana... ¡que Dios lo quiera!
Su licencia el rey le otorga
pero aún le falta la nuestra.
—¡Pobre Escobedo!
—Tardasteis
en poner freno á su lengua
y hoy que habló al rey es preciso
que tenga su recompensa.
Venid junto á este balcon:
¿veis al lado de la iglesia
un hombre?
—Sí.
—Junto al arco,

¿qué veis?
—Otra sombra negra.
—A recibir el despacho
que alcanzó vuestra influencia
vendrá esta noche Escobedo.
—¡Qué vais á hacer!
—¿Qué os inquieta?
—Si alguien la traicion vislumbra...
—Está la noche muy negra
para vislumbrar traiciones...
—Si el rey...
—Alejad sospechas.
Y al tiempo que esto decia
una sonrisa siniestra
vagó infernal por los labios
de la villana princesa.
Callaron ambos; oyóse
con monotona firmeza
el choque del aguacero
contra los muros de piedra.
Un silbido agudo y largo
resonó luego muy cerca.
Palideció Antonio Perez,
con rapidez y con fuerza
empujóle doña Ana
hácia una estancia secreta.
Alzóse el tapiz del fondo,
con agitacion inmensa
entró don Juan de Escobedo

sin poder hablar apenas...
Adelantóse doña Ana
á su encuentro con sorpresa
fingiendo emocion al verle
con afectuosa impaciencia.
—¿Qué os pasa, don Juan? le dijo,
sentaos... la mano os tiembla.
—Señora, por Dios, señora,
dadme al punto esa licencia;
quiero apenas raye el alba
partir... partir de esta tierra
donde asesinos infames
por todas partes me acechan.
¿Y mi despacho?
—Firmado
por el rey aquí os espera.
—¡Oh! gracias.
—En este asunto
trabajo de propia cuenta.
Vos contasteis mis amores
al rey... no mostreis sorpresa...
y que no sigais contándolos
comprended que me interesa.
Que Dios os guie, Escobedo.
—Con él quedad; mas quisiera
sincerarme...
—Teneis prisa...
y os quiero evitar molestias.
¡Feliz viaje!

Don Juan
haciendo una reverencia
salió guardando el despacho
tembloroso en su escarcela.
Le vió doña Ana alejarse...
y al volver su faz serena
halló la de Antonio Perez
lúgubre cual su conciencia.
—Huid tambien vos.
—Llamadle.
—No es hora ya de clemencias.
—Si me encuentran soy perdido.
—Tomad por la otra escalera.
Vióle salir doña Ana
y dijo con voz incierta,
—¡Me faltaba un asesino
y es justo que tú lo seas!
Se animó su rostro frio
con satánica fiereza,
corrió al balcon... parecia
el ángel de la soberbia.
Entró de pronto en la estancia
agitada una doncella:
—Señora: el rey,—dijo y fuese
con misterio y ligereza.
Se abrió el secreto postigo;
salió don Juan; con cautela
cruzó la tranquila calle
creyéndola ya desierta.

Se oyó silbar levemente;
tres hombres la esquina dejan
siguiéndole á poco trecho
con marcha uniforme y lenta.
Llegó al callejon sombrío,
atravesó la plazuela
y vió cerrándole el paso
moverse tres sombras negras.
Nervioso esgrime su espada
y con increible fuerza
contuvo el ataque brusco
que á un tiempo le dirigieran.
Los que tras don Juan seguian
paráronse; con prudencia
adelantóse uno de ellos
y al lado de don Juan llega.
No se sienten sus pisadas,
no se le distingue apenas,
como una sombra impalpable
entre las sombras se mezcla.
Ya casi su espalda toca...
alza su traidora diestra
y con el hierro homicida
un golpe mortal le asesta.
—A... mi... ¡socorro..! ¡asesinos!
con voz angustiosa y trémula
grita Escobedo, reuniendo
sus ya vacilantes fuerzas.
Quiso en vano sostenerse...

dió un gemido, cayó en tierra....
y los villanos huyeron
por torcidas callejuelas.
Un cuadro de luz formando
en medio de las tinieblas,
se abrió un balcon; en el fondo
apareció la princesa:
detrás un bulto encorvado
cual una aparicion tétrica
confundido en la penumbra
inclinábase hácia fuera.

.....

A poco junto al cadáver,
rondas y curiosos llegan,
hácense mil comentarios,
y se habla de una órden régia.
Murmuran de Antonio Perez...
Razon tuvo la princesa:
para vislumbrar traiciones
era una noche muy negra.

J. C. Y S.

EL CABALLERO DE GRACIA

ROMANCE TRADICIONAL

I

Quien en contínuos festines,
de bacanales en torno,
desliza sus breves dias
sin darse cuenta á sí propio;
quien nunca halló una mirada
que no rindiera orgulloso,
y burlador de doncellas
es de casadas antojo;
hoy en su mente acaricia
los pensamientos más hondos:
hoy no es Jacobo de Gratis
el seductor victorioso.
Dos meses há que navega
de una ilusion en el golfo,
y ya dos meses, que, en vano,

discurre planes diabólicos.
Ante una virtud de hierro
de nada sirvió su arrojo;
pero áun el crímen le ciega,
áun no se abate del todo,
que una palabra empeñada,
y un mal reprimido encono,
con bulliciosos latidos
le están hiriendo en el rostro.
Allí está; tras de una esquina
ocúltase silencioso;
enfrente de él se dibuja
de un edificio el contorno.
Cuantos le encuentran al paso
le observan mudos y atónitos,
que es doña Elvira una joya,
que desconocen muy pocos.
Y saben que ama al de Silva,
y es rica en virtud y en oro,
y que por nada del mundo
podrá faltar á su esposo.
No de otra suerte comprende
tambien su suerte Jacobo;
por eso triste sonrisa
asoma á sus lábios rojos;
por eso en traidores lazos
se fija impaciente y loco;
por eso todas las noches
acecha su presa el lobo.

Mas de una mujer la sombra
se vé en la calle; de pronto,
á una señal convenida
contesta el eco monótono.
Y tras de breves instantes,
de aquella calle en el fondo,
se escucha en frases sencillas
un diálogo misterioso.
—Buenas noches.
—Buenas noches.
—¿Nos miran?
—Estamos solos.
—¿Traerás la llave?
—La traigo.
—Pues venga.
—Esperad un poco.
—Mal tus palabras se avienen
con lo que expresan mis ojos;
¡Oh, ya veremos quién lucha
con un valor más heróico!
—¿Y no temeis?
—Ni al infierno.
—Mirad que puede el demonio...
—A los demonios se compra.
—¿Con qué?
—Como á tí te compro,
El oro es gran elemento.
¿No es verdad? ¿Te gusta el oro?
Pues suelta la llave y toma.

—¡Doscientas doblas!
—¿Es poco?
—¡Señor!
—Mañana otro tanto
si sirves del mismo modo.
Un elocuente silencio
siguió al infernal coloquio;
ambos cruzaron la calle
con aparente abandono,
y en direcciones contrarias
se encaminaron ansiosos,
con realidades la una,
con esperanzas el otro.

II

En un sofá reclinada
se encuentra la bella Elvira:
la blanca luz de la luna
alumbra su faz divina.
Sobre el dintel de una puerta
se vé una imágen purísima,
sus más preciados colores
dejó en el lienzo el artista.
Ni un eco turba el reposo
de aquella mansion tranquila,
sombras á sombras suceden
en silenciosa armonía,
y vaga un ambiente puro

vertiendo aromas y vida,
y el melancólico sueño
con blandas alas se agita.
Lejos, allá junto al fondo
un encubierto se mira;
inmóvil, como una estátua
clava en la hermosa su vista.
Febril entusiasmo anuncia
con sus miradas altivas.
¿Quién es, que á tanto se atreve?
¿Quién es, que tanto confia?
Un paso dá; las distancias
un poco más se limitan;
al leve ruido que se oye
despierta azorada Elvira,
y al descubrir con sus ojos
lo que su embargo motiva,
parece que se sacude
de una tenaz pesadilla.
—¿Qué ruido es ese?
—Silencio.
—¿Quién me habla?
—Quien noche y dia
piensa en vos, y en vos espera
la realidad de su dicha.
—¡Jacobo!
—El mismo, señora.
—¿Y os atreveis?...
—¡Por mi vida!

dejad á un lado desdenes,
que más á amaros me obligan.
Vos sois hermosa, entre hermosas,
vos sois la esperanza mia;
arde mi pecho en amores;
amores, pues, necesita.
Si vos, cariñosa y tierna,
quereis mostraros benigna,
vereis lucir en mis ojos
el fuego que me aniquila.
—¡Infame!
—Amar no es infamia.
—A mí, sí.
—¡Quién lo diria!
—Quien tenga un alma más noble,
que el alma que en vos se abriga.
—Si mi pasion os disgusta,
si llama de amor me inspira,
culpad á vuestros encantos,
culpaos más á vos misma.
—Vuestras audaces palabras,
ni debo, ni quiero oirlas.
Salid al punto.
—Imposible.
—Lo mando.
—¡Necia porfía!
—Antonia, Antonia...
—¡Insensata!
—Antonia!

—¡Si estás vendida!
—¡Vendida! Ah, ¿con que en vano
me esfuerzo?
—Sí, en vano gritas.
—En vano, no; aquella imágen
me salvará... ¡Vírgen mia,
Vírgen de amor... protegedme!
—Ya es tarde.
—No; quita, quita.
Tendió sus brazos Jacobo,
huyó colérica Elvira,
y hácia una próxima estancia
corrió á refugiarse tímida.
Con ambas manos, la puerta
quiso cerrar en su huida,
y al brusco golpe cediendo
el lienzo que estaba encima,
entre la virtud y el crímen,
entre la fé y la perfidia,
con majestad, se interpuso
aquella Vírgen purísima.
Quedó un instante en suspenso
quien en la audacia vivia,
fijóse luego en el cuadro,
miró sus mágicas tintas,
y fascinada su mente
por una ilusion divina,
moverse vió la figura
y adelantarse á su vista.

—¡Perdon! exclamó Jacobo,
retrocediendo enseguida.
—¡Yo imploro vuestra clemencia!
¡Perdon, perdon, Madre mia!
Y ante la imágen, doblando
con humildad la rodilla,
de una oracion, nació un voto;
de un voto, un alma tranquila.

III.

Cruzó la noche azarosa,
el sol extendió sus galas:
de tan extraña aventura
por todo Madrid se habla.
Y miéntras muchos el lance
de varios modos detallan
y pocos son los que dicen
que desconocen la causa,
quien es objeto de hablillas
quien hoy á la córte embarga
con lento paso discurre
por una lujosa estancia.
De vez en cuando sus ojos
en una puerta se clavan
como el que aguarda impaciente
y de impaciencia se cansa.
Tras largo rato, se escucha
el ruido de unas pisadas,

un servidor aparece
y al punto un diálogo entablan.
—Señor...
—¿Cumpliste mi encargo?
—Dejé en palacio la carta.
—¿Y nada más?
—El portero
que se encargó de entregarla
me dijo que sorprendido
quedó al abrirla el monarca;
que la leyó várias veces
con atencion bien marcada,
y al fin, murmuró:—¿Una audiencia
se solicita con ánsia?
Decidle, pues, que la otorgo
al Caballero de Gracia,
que estoy ganoso de oirle,
que el Rey á las dos le aguarda.
—Corriente, vete.
El silencio
volvió á desplegar sus alas;
una hora después, Jacobo
pisaba la régia cámara.
. . . . . .
Pasaron algunos años,
vendió el de Silva su casa,
y artífices ingeniosos
la hicieron mansion sagrada.
Allí entre dulces halagos,

en brazos de la esperanza,
vivió Jacobo de Gratis
en la oracion y en la calma.
Aun se conserva la iglesia,
áun una calle la ampara,
y áun ambas llevan el nombre
del *Caballero de Gracia.*

A. B. Y C.

LA ARGANZUELA

ROMANCE TRADICIONAL

En una humilde alquería,
no muy lejos de la puerta
de la Latina, pasado
un portillo de madera,
vivia un pobre alfarero
con extremada miseria.
Llamábanle el tio Daganzo,
y acariciaba con pena
en sus hijos el recuerdo
de mujer honrada y bella.
Entre todos era de años
y cuerpo, la mas pequeña
Sanchica, pobre muchacha
de tez pálida y morena,

de dulce mirar tan lleno
de sentimiento y tristeza,
que asomarse parecia
tras de ellos un alma enferma:
sus descoloridos labios
no sonreian apenas,
y entre los sedosos rizos
de su rica cabellera
no habia flores ni adornos
de juvenil gusto muestra.
Tratábanla sus hermanos
con irritante dureza,
y el Daganzo muchas veces
las manos ponia en ella
porque prestándole ayuda
en su ordinaria tarea
rompia muchos cacharros
por la escasez de sus fuerzas.
Destinóla á subir agua
del rio, con mucha mengua
de su salud quebrantada,
y la pobre Daganzuela
quebraba la cantarilla
con dolorosa frecuencia.
Burlaronsela por esto
las convecinas mozuelas:
paró en juguete de chicos,
y hasta en blanco de sus piedras
Un dia la suerte quiso

que la Católica reina,
la que abrió con sus alhajas
del Nuevo Mundo las puertas,
la que conquistó á Granada,
Doña Isabel, la primera
de su nombre y de sus hechos
entre las nacidas reinas,
encaminase el paseo
á Manzanares, y cerca
pasara de la alquería
hallándose Sancha en ella.
Tomó á Isabel el antojo
de beber las aguas frescas
del rio, y un caballero
entró á pedir con presteza
un búcaro nuevo y fino
diciendo para quien era.
Corrió Sancha al Manzanares
con estraña diligencia
y sirviendo á su señora
la dijo de esta manera:
«Bebed, mi reina, de esta agua
dulce, tranquila y serena
como esa frente tan digna
de la corona que lleva,
si no es que cansado el rio
de mis importunas quejas
arrastra ya su amargura
entre las aguas envuelta.»

Contó tras esto sus cuitas
á Isabel, que dando muestras
de llorar, á un escudero
dijo así: «Volvedme llena
esta vasija tres veces,
con fino chorro vertella
mientras andais, y el terreno
que señale, dote sea
que quiebre la pesadumbre
de la gentil alfarera.
Amor he visto en sus ojos,
virtudes en su modestia:
merecimientos más cortos
hallé con más recompensa.»
La órden se cumplió, y de Sancha
cesó la fortuna adversa.
Esposo tuvo; fué madre
siempre virtuosa y tierna,
y al cabo de largos años
finalizó su existencia,
despues de llorar la muerte
de sus amorosas prendas,
en el sagrado recinto
de la humilde Orden Tercera.
Diz que en labrar su capilla
gastó parte de su hacienda;
que el campo que llevó en dote
se llamó de la Arganzuela,
su nombre dando á la calle,

que aquel terreno sustenta,
y que mudarse no puede
porque un hecho nos recuerda
de Isabel, y honra á Castilla
enaltecer á esta reina.

J. H. G.

ÍNDICE

DE LOS

ROMANCES CONTENIDOS EN ESTE TOMO

	Págs.
El mejor premio del arte.....	1
La victoria de Lepanto.....	12
El Cristo del Socorro.....	24
Jaque al rey.....	35
El mulato de Murillo.....	46
Muerte de Lope de Vega.....	57
El laurel de la Zubia.....	69
Doña Juana la Loca.....	80
El tributo de las cien doncellas....	91
Zaragoza.....	102
La perla de Avila....	113
La conquista de Málaga.	124
El rastro.....	135
Villamediana.....	147

ÍNDICE.

	Págs.
El suplicio de D. Alvaro de Luna..	158
Bailén.....	168
Justicia del rey D. Pedro.....	179
Alvarez de Castro.....	191
Una aventura de Olmedo.....	202
El soplo de la muerte.....	213
El príncipe D. Cárlos.....	224
¿Contra Dios ó contra el Rey?....	234
La muerte de Escobedo.....	244
El caballero de Gracia.....	255
La Arganzuela.....	265

248